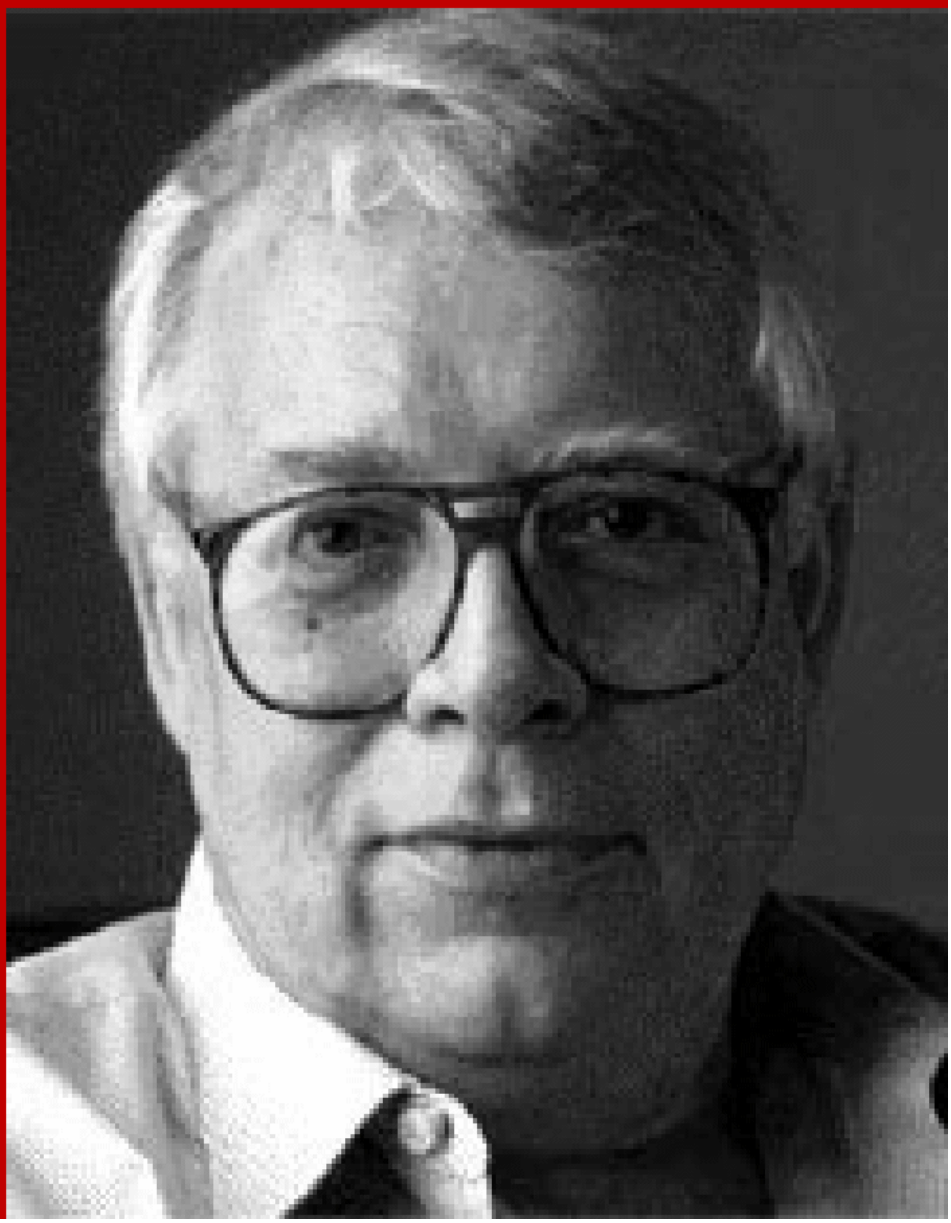
ALGIS BUDRYS
DIMENSIÓN INESPERADA

DIMENSIÓN INESPERADA

ALGIS BUDRYS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

EL FINAL DE VERANO

I

El aeropuerto de América no había variado desde la ultima vez que lo había visto. Estaba situado tan lejos de toda otra área civilizada como era posible, para que ningún avión, por muy descarriado que anduviera, pudiese equivocar el campo de aterrizaje y estrellarse contra una vivienda. Excepto por la ringlera de rectos bordes de la carretera que conducía al sur, estaba completamente aislado si uno olvidaba la casi desierta estación del metro. Su extremidad estaba punteada de hangares y algunas oficinas, pero el edificio terminal era pequeño, y estrictamente funcional. Macizo con raso de hormigón, aséptico con acero y aluminio en un lugar gris y desabrigado en el yermo

Kester Fay se alegraba tanto de verlo que brincó impaciente desde el ascensor para pasajeros del gran avión a reacción. Sabía que era objeto de miradas curiosas por parte de la dotación del campo, agrupada alrededor de la nave de inmaculado acero, pero Fay apenas le dio importancia, pues había visto el coche aparcado que le esperaba junto al edificio de la administración. Atravesó rápidamente el campo a un paso que todavía atrajo más la atención del personal, pues estaba impaciente para ser despachado en el puesto de aduana y largarse.

Hizo girar inquieto la cúpula de «recuerdo» de la cadena en su manguito elástico, mientras el oficial de despacho de desembarcos revisaba y marcaba su pasaporte Pero se veía que el hombre se alegraba demasiado de ver a alguien que no fuese del pequeño círculo del personal de la línea aérea. Se demoraba sin fin, y aun cuando Fay tenía por cierto que su vida, fuera de allí, sería muy aburrida, se le hacía más y más difícil resignarse y tener paciencia, a medida que pasaba el tiempo

-Christopher Jordán Fay - leyó el hombre en voz alta, buscando una nueva oportunidad para entablar conversación -. Bien, señor Fay, no lo habíamos visto aquí desde 1753 ¿Disfrutó de su estancia?

-Sí - respondió Fay, tan brevemente como le fue posible.

¿Había disfrutado de ella? Bien, si, suponía que sí, pero era difícil sentirlo de ese modo, pues había manipulado sus viejos recuerdos americanos en volumen aumentado durante todo el vuelo a través del Atlántico. Dios Santo, pero estaba cansado de Europa en este momento; hastiado de serpentinas y herbosas sendas que serpenteaban con clásica regularidad entre arroyos y a lo largo de riachuelos, bajo añosos e imponentes árboles - Era bueno estar de vuelta a un lugar donde un hombre podía estirar las piernas; pese a todo.

-Apuesto a que es así ¿Piensa quedarse mucho?- dijo el oficial riendo entre dientes cortésmente, mientras ponía los sellos

Para siempre, si puedo, pensó Fay, primero. Pero luego sonrió tristemente. Su vida había demostrado con creces que para siempre era mucho tiempo.

-Por algún tiempo, de cualquier modo - respondió con creciente impaciencia, mientras pensaba en el coche, de nuevo. Arrastró los pies por la endurecida superficie del suelo.

- ¿Hago preparativos para su transporte a Nueva York?

-No para mí - dijo Fay, moviendo la cabeza -. Pero el hombre que condujo mi coche es posible que sea cliente.

El oficial arqueó las cejas y Fay de repente recordó que América, con sus actitudes sociales más liberales, podía tolerarle más de lo que había hecho Europa, pero aún así había muchos conservadores acogidos bajo la misma bandera.

En realidad, debiera haberse dado cuenta de que el oficial era, ante todo, un miembro del cuerpo nacional; un hombre del servicio público.

Hasta con una docena de lugares seguros con que contar, de fácil alcance, parecía, sin embargo, no fiarse mucho. Las propias cejas de Fay se elevaron y una expresión de gozo brilló en sus ojos.

- ¿Va a seguir adelante en su coche? - preguntó el oficial, mirando a Fay con una mezcla de respeto, envidia y desaprobación.

-Está sólo a mil quinientas millas - dijo Fay con cuidadosa indiferencia.

De hecho, estaba muy seguro de que iba a estrangular al hombre si no lo dejaba salir de aquí pronto para situarse detrás del volante. Pero no serviría mostrarse más que molesto en frente de un miembro del cuerpo nacional.

-Espero recorrer esa distancia en unos tres días - añadió, casi bostezando.

-Sí, señor - dijo el hombre, envolviéndose instantáneamente en un manto de fría cortesía, pero musitando « ¡Haragán!», casi de un modo perceptible.

Fay le hería en lo vivo con esa determinación. Probablemente, el hombre nunca había puesto los pies en un automóvil. Seguro que consideraba una mentira desvergonzada que nadie intentara alcanzar un promedio de cincuenta millas por hora en un día de marcha. Cómodos coches con buenos neumáticos y provistos de cojines eran su diligencia, ¡y él, un empleado de una línea aérea!

Fay se apresuró a contenerse. Todo el mundo tenía derecho a vivir como quisiera, se recordó a sí mismo.

Pero no pudo reprimir una efervescente mueca ante la repentina desviación del hombre hacia una actitud de alejamiento y de agraviado.

-Está bien, señor - dijo secamente el oficial, devolviendo el pasaporte a Fay -. Aquí lo tiene. Ningún equipaje, por supuesto.

-Por supuesto - dijo conformado Fay, y si esa observación había sido hecha como un reparo hacia la gente que viajaba ligera y de prisa, había resultado floja. Agitó alegremente la mano mientras se desviaba, al tiempo que el oficial lo miraba ásperamente.

-Lo volveré a ver, imagino - le dijo.

-Temo que no, señor - respondió el hombre con una pizca de malevolencia -. La United States Lines suprime el servicio de viajeros el primero del decaaño que viene.

-Oh. Es una pena - dijo Fay vacilando, momentáneamente confundido -. No tiene ningún objeto continuar ya este servicio, ¿verdad?

-No, señor. Creo que usted fue nuestro primer viajero en un hectoaño y medio - observó el oficial. Muy obviamente consideraba eso como una marca de Caín, tanto cuanto era necesario.

-Bien... debe ser aburrido aquí fuera, ¿eh?

Fay agitó una satírica mirada al hombre y se fue, riendo entre dientes por ese notable golpe, mientras la maciza puerta de salida giraba pesadamente y se cerraba detrás de él.

El conductor del coche era, por lo visto, un operario que había aceptado la tarea porque necesitaba dinero para algún desconocido proyecto de trabajo.

Fay arregló el asunto en el tiempo más breve posible, contando billetes de cien dólares con un rápido movimiento de los dedos. Añadió otro billete como medida conveniente, y alejó al hombre con un gesto, apretando la palanca de marcha de manera vibrante. ¡Estaba de regreso, estaba en su país! Inspiró profundamente, respirando el aire libre.

Encarrujado alrededor de montes y arrastrado suavemente a través de valles, el camino hacia el estado de Nueva York era un gozo. Fay lo recorría con una ligera y apreciativa sonrisa, guiando el coche briosamente, sus músculos en estrecha comunión con la donosura y energía del automóvil, mientras su cuerpo respondía a cada represada vuelta, a cada impulso de aceleración después de la inclinada cima de una colina. No había nada parecido a esto en Europa, nada. Allá, no dejaban espacio para los de su clase, entre su soberbia gente.

Había casi olvidado lo agradable que era sentarse bajo, detrás del parabrisas de un coche de dos asientos, y escuchar las danzantes detonaciones del motor libre. Era excelente estar de regreso, aquí en este camino abierto y magnífico sin nada delante o detrás, excepto hormigón suave como el raso, y montes verdes apilados a ambos lados.

Estaba solo en el camino, pero eso le tenía sin cuidado. Había muy pocos que llevaban su clase de vida. Ahora que su primera impaciencia había pasado, sentía no haber podido hablar con el piloto del avión de reacción. Mas eso, por supuesto, había sido algo en lo cual no se debía pensar. Aun con todos los mecanismos de seguridad, había el peligro de que en un momento de distracción pudiera ocurrir un accidente.

Por tanto, Fay había pasado el viaje entretenido en considerar el excelente equipo del avión, solo en el cómodo pero pequeño compartimiento de más allá de la gran cámara de carga de la nave.

Se encogió de hombros mientras empujaba el coche en derredor de una curva del valle. No podía remediarse. Era una vida solitaria, y eso era todo lo que había en ello. Deseaba que hubiera más gente que comprendiera que esa era la única vida, la única solución al problema que los había fragmentado en tantos tipos sociales. Pero no la había. Y, suponía, todos ellos eran igualmente solitarios. Los miembros de los cuerpos nacionales, los operarios, los estudiantes y los instructores. Hasta, concedía, los saltamontes. Él mismo se había dedicado a estos quehaceres en otro tiempo, como un experimento. Había sido una vacía e histérica experiencia.

El camino se desencorvaba y, a alguna distancia al frente, vio transformarse la blanca superficie en el oscuro macadam de un distrito urbano. Fue más despacio, por réplica, considerando la conveniencia de manipular los mecanismos de seguridad, y juzgó que era innecesario hasta ahora. No le gustaba no ser más que un guisante dentro del cesto de un resguardado coche, impotente para hacer nada excepto estar sentado con las manos y los pies frente a los frenos. No; por otro momento, quiso estar libre para acercar más el coche a la parte saliente del monte y conducir a través de la sombra del denso matorral y los colgantes árboles. Respiró hondamente la tenue fragancia del aire y otra vez se dijo a sí mismo que ésta era la única manera de vivir, la única manera de hallar alguna proporción de vitalidad. ¿Un haragán? Sólo en los celosos vocabularios de los miembros de los cuerpos nacionales, por tanto tiempo atados a sus conejeras y a sus costumbres, el alcance del pensamiento y la sensibilidad se había reducido para acomodarse a su microcosmos.

Luego, sin aviso, todavía en la blanca superficie de camino abierto Una oscura sombra salió velozmente de los arbustos y se lanzó a las ruedas del coche, ladrando chillonamente.

Fay trató de apartar de golpe el coche del camino, de repente turbado y con el rostro pálido, pero el perro se movía de un modo incierto, con un bronco aullido de dolor, más fuerte que el chillido de los frenos del coche. Fay sintió el ligero topetazo, y en seguida su pie se apartó de un brinco del embrague y el coche se movió convulsivamente. Ni siquiera con el motor inactivo y el coche inmóvil, oyó ningún nuevo sonido del perro.

Luego vio al muchacho del cuerpo nacional que corría hacia él camino arriba, y la expresión de su rostro se transformó de horrorizado disgusto en compungido sentimiento. Suspiró y salió del coche zafiamente, procurando pensar en algo que decir.

El muchacho subió corriendo y se paró junto al coche, mirando camino arriba con el rostro lleno de llorosa ira.

- ¡Usted ha atropellado a Brownie!

Fay miró al muchacho con aire apenado, con gesto indicador de lo irremediable de la situación.

-Lo siento, hijo - dijo tan suavemente como pudo. No podía pensar en nada realmente significativo para decirle. Era una difícil situación -. No, no debiera haber estado conduciendo tan aprisa.

El muchacho corrió hacia el arrebujado bulto junto al margen del camino y lo cogió en sus brazos, sollozando. Fay lo siguió, pensando que diez mil años de experiencia no bastaban, que un centenar de siglos de saber y de adquisición de superficial madurez eran todavía insuficientes para proteger las emociones encerradas en el cuerpo de un muchachito, totalmente en poder de su sistema glandular, bajo una desazón como ésta.

- ¿No podía usted verlo? - suplicó el muchacho.

-Salió de los arbustos... - dijo Fay, moviendo rígidamente la cabeza.

-Usted no debiera haber estado conduciendo tan aprisa. Debiera haber...

-Lo sé - dijo Fay.

Y miró inútilmente atrás camino arriba; los árboles eran de un verde brillante al sol, y el cielo azul.

-Lo siento - volvió a decir al muchacho. Buscaba desesperadamente algo, algún modo de compensación -. Desearía que no hubiese ocurrido - pensó en algo, finalmente -. Sé... sé que no sería lo mismo, pero tengo un perro mío propio, un sabueso de buena casta. Está viniendo de Europa en un buque de carga. Cuando llegue aquí, ¿te gustaría tenerlo?

- ¿Su propio perro? - por un momento, los ojos del muchacho se serenaron, pero luego movió la cabeza sin esperanza -. No daría resultado - dijo simplemente, y en seguida, como si fuera consciente de culpa por siquiera considerar que cualquier otro perro pudiese sustituir al suyo, estrechó al examine animal en sus brazos.

No, no había sido una idea tan buena, Fay se daba cuenta. Si no hubiese estado tan lleno de remordimiento y confusión, habría percibido eso. Ugly era su perro y no podía separarse de él, o él de Ugly. Se daba cuenta aún con mayor intensidad de lo que justamente había hecho el muchacho.

- ¿Ocurre algo? Oh... - el hombre del cuerpo nacional que había subido camino arriba se paró junto a ellos, con el rostro serio. Fay lo miró con alivio.

-Tenía los automáticos fuera - explicó al hombre -. No lo habría hecho si hubiera sabido que había una casa alrededor de ahí, pero no vi nada. Lo siento terriblemente por el... por Brownie.

El hombre volvió a mirar al perro, examinó en los brazos del muchacho y retrocedió. Luego suspiró y se encogió de hombros con impotencia.

-Supongo que forzosamente tenía que ocurrir alguna vez. El perro debiera haber estado atado con una correa. Hay todavía una ley de promedios.

El puño de Fay se cerró a su espalda, fuera del alcance de la vista. Las gastadas palabras hicieron honda mella en la misma base de su vitalidad, y su ánimo se encabritó, pero en otro momento el espasmo del reflexivo temor había pasado, y se alegraba de que hubiese tenido este inocuo desagüe para sus emociones. Además, el hombre tenía razón, y en este momento Fay estaba obligado a ser suficientemente sincero para consigo mismo para reconocerlo. Había todavía una ley de promedios, le gustase o no a Fay y a los de su clase,

-Retírate a casa, hijo - dijo el hombre con otro suspiro -. No hay nada que podamos hacer por Brownie. Lo enterraremos luego. Ahora mismo debieras lavarte bien. Vendré en seguida.

Era del modo que lo dijo - la fatalista aceptación de que sea lo que fuere lo que la gente honrada hiciese, algún desatinado y atolondrado aficionado iba a frustrarlos - que azotó las emociones de Fay.

El muchacho asintió mudamente, todavía gimoteando, y empezó a marcharse sin mirar a Fay de nuevo.

Pero Fay no podía dejar que se fuera. Como un hombre que se arranca una brizna, no podía dejar pasar esto tan sencillamente.

-¡Aguarda! - dijo urgentemente.

El muchacho se detuvo y lo miró estúpidamente.

Entonces se expresó Fay:

-Sé... sé que no hay nada; quiero decir - tropezó Fay -, que Brownie era tu perro y no puede haber otro como él. Pero viajo mucho - se detuvo otra vez, sonrojándose ante la inteligente mirada del hombre del cuerpo nacional, luego prosiguió descuidadamente -. Veo a mucha gente - dijo -. Procuraré encontrarte un perro que no haya pertenecido a nadie. Cuando lo consiga, te lo traeré. Le prometo.

El labio del muchacho se crispó, revelando de repente lo que diez mil años le habían

enseñado.

-Gracias, .señor - dijo medio desdeñosamente, y se fue, cuneando el perro.

No lo había creído, por supuesto. Fay, de repente, se dio cuenta de que nadie creería jamás a un haragán, estuviese diciendo la verdad o no. Se dio cuenta, también, de que había hecho todo lo que podía, y aún así fallado. Miró sentidamente al muchacho que se alejaba.

-Usted no tenía que hacer eso - dijo blandamente el hombre, y Fay notó que parte de su reticencia y su medio desdeñosa cortesía, habían desaparecido -. No sé si creerle o no, pero tenía que hacer eso. De cualquier modo, borraré el perro de los recuerdos del muchacho esta noche. Mi esposa y yo limpiaremos bien la mansión y el pequeño no advertirá nada - se detuvo, reflexionando con los ojos ensombrecidos -. Supongo que Madge y yo lo arrancaremos de nuestros propios recuerdos, también.

Fay cerró los dientes con repentino disgusto. Nadie creía jamás a un haragán.

-No - dijo -. Desearía que usted no hiciese eso. Pretendía lo que dije - movió la cabeza otra vez -. No me gustan las borraduras. Siempre hay un lapso en alguna parte, y entonces uno conoce que tiene un hueco en la memoria, pero no se puede recordar qué era.

-Es extraño que lo diga uno de su clase - observó el hombre, mirándolo curiosamente -. Siempre oí decir que ustedes favorecían las borraduras en gran manera.

Fay impidió que su rostro mostrara sus pensamientos. Ahí estaba otra vez esa básica falta de comprensión y una completa repugnancia a revisar los relatos de segunda mano. La misma esencia de su clase de vida era que ningún recuerdo, ningún incidente, fueran vividos y guardados. Además, siempre había oído decir que eran los miembros de los cuerpos nacionales que tenían que borrar hectoaños enteros para impedir enloquecerse de fastidio.

-No - se contentó con decir -. Usted nos está confundiendo con los sementeros. Ellos son los que intentarán algo.

El hombre frunció el labio a esa alusión, y Fay consideró que la presentación de un común extraño parecía ser útil en circunstancias como ésta.

-Bien... quizás tenga usted razón - dijo el hombre, aún no completamente confiado, pero dispuesto a correr el albur.

Dio a Fay su nombre, Arnold Riker, y su dirección. Fay metió cuidadosamente la tira de papel en su pequeño estuche.

-Cuando pierda eso, habré perdido mi recuerdo también - comentó.

-Más probablemente se acordará de olvidarlo esta noche - dijo el hombre, haciendo una torcida mueca; parte de su recelo retornaba ahora, a la vista de las ovilladas tintillas.

Fay aceptó eso sin protesta. Suponía que Riker tenía derecho a tener esa vaga convicción,

- ¿Puedo llevarlo hasta su casa?

El hombre lanzó una expresiva mirada a lo largo de la extensión del coche y movió la cabeza.

-Gracias. Iré a pie. Hay todavía una ley de partes proporcionales.

Y uno puede coger esa frase y grabarla en la lápida mortuoria de la humanidad, pensó amargamente Fay, pero no replicó.

Se metió en el coche, dio ligeramente a los automáticos y quedó quieto, completamente inmóvil, por arraigado hábito que era el único modo de evitar el descuidado movimiento que pudiera abrir el conmutador de seguridad. Ni siquiera volvió la cabeza para mirar al hombre que dejaba atrás, mientras el coche se ponía en marcha lentamente, ni captó más de un momentáneo vislumbre de la casa donde el muchacho y su perro habían vivido juntos durante diez kilo años.

Preservamos nuestra inmortalidad tan cuidadosamente, pensó. Sí, muy cuidadosamente. Pero hay todavía una ley de partes proporcionales.

II

Perversamente, condujo más de prisa que lo normal durante el resto del viaje. Acaso estaba procurando restaurar su vitalidad. Acaso estaba huyendo. Tal vez estaba intentando reducir el tiempo transcurrido entre las poblaciones, donde los automáticos lo enhebraban a través del ligero tráfico pedestre y lo enviaban más lejos carretera abajo, con cada nuevo punto de peligro felizmente detrás de él. De cualquier modo, llegó a su apartamento de Manhattan mientras era todavía de día, saliendo del ascensor de impulsión continua con algo de satisfacción. Pero en sus ojos había cierto descontento.

El apartamento, por supuesto, estaba exactamente como lo había dejado dos hectoaños atrás. Los semirrobots lo habían mantenido sellado y germicida hasta la llegada de su aviso de regreso de ayer.

Podía imaginar la actividad que había seguido, pues los libros y las cintas registradoras de música estaban sacadas de sus casillas inundadas de helio, los tapetes y los accesorios estaban despojados de su funda, aireados y colocados en su lugar. De alguna parte habían llegado nuevos equipos y colocados en los viejos receptáculos, y reciente licor puesto en el compartimiento. Habría vituallas en la cocina, ropa en los armarios - vestidos de la última moda, por supuesto, comprados con créditos contra el abandonado ropaje de dos hectoaños antes - y había las mismas, viejas y familiares pinturas en las paredes. Realmente antiguas, no exactamente chismes de tipo de producto accesorio.

Sonrió afectuosamente mientras miraba alrededor de él, gozándose en la oleada de emoción que sentía ante la confortable intimidad del apartamento. Sonrió otra vez, brevemente, al pensamiento de que debía algún día idear un modo de quedarse en un apartamento sellado - llevando encima del cuerpo algo parecido a un artefacto de buzo, quizás - y observar a los semirrobots en su operación de restauración. Debía ser un fascinante espectáculo. Algún día lo haría.

Pero su mirada se había posado en el estuche de reminiscencias que había desprendido de la cadena y colocado encima de una mesa de café. El estuche le hacía frente con el no envejecido y mudo requerimiento pintado en cada uno de sus lados: MANÉJAME, y debajo de esto el bloque de más pequeña inscripción que Fay, como todos los otros, sabía de memoria:

Si sus alrededores parecen ser poco familiares, o usted tiene cualquier otro motivo para sospechar que sus cercanías y su situación no son comunes, solicite inmediata ayuda de cualquier otro individuo. Está obligado por estricta ley a encaminarlo a la más cercana cabina autónoma pública de operación, donde usted encontrará nuevas instrucciones. No se inquiete, y siga estas instrucciones sin cavilación, aun cuando le parezcan extrañas. En situaciones extremas, estése quieto y no se mueva. Mantenga este estuche en frente de usted con ambas manos. Esto es una señal de apuro universalmente reconocida.

No deje que nadie le quite este estuche, sea cual fuere la excusa ofrecida.

Se preguntó momentáneamente qué había hecho que lo advirtiera; lo conocía tan bien que el tipo de letra de imprenta hacía mucho tiempo era no más que un entrevisto modelo con un valor de reconocimiento tan alto que había perdido toda significación verbal.

¿Era alguna especie de aviso subconsciente? Revisó sus recuerdos apresuradamente, pero se sosegó cuando no halló ninguna de la indicadora vaguedad de detalle que significara que era hora de dejar que toda otra cosa esperase y ponerse en camino de un puesto de operación lo más de prisa posible. Se había refrescado la memoria tempranamente esta mañana, antes de empezar el último trecho de su corto viaje, y ello pareció beneficiar por varias horas más a lo menos.

¿Qué era, pues?

Frunció el entrecejo y se dirigió a la vitrina del licor, preguntándose si algún orden de ideas había sido puesto en marcha por el accidente y estaba llamando su atención hacia sí mismo. Y cuando se hundió en un sillón unos minutos después, con una bebida en la mano y los ojos todavía acariciando la inscripción del estuche, se dio cuenta de que su segunda conjetura había sido la verdadera. Como de costumbre, un plano de su mente había estado activo rumiando, mientras que la superficie se agitaba en aparente confusión.

Sonrió tristemente. Quizás no tenía tanto de haragán como parecía y hubiera gustado de creer. Sin embargo, un hombre no podía vivir diez mil años y no juntar unas cuantas cosas en su cabeza. Tomó un sorbo de la bebida y miró afuera por encima de la ciudad en el creciente crepúsculo. En alguna parte del elegante mobiliario detrás de él, un relai fotoeléctrico sonó con un golpe seco y el aparato de radio «high-fidelity» empezó a tocar la *Missa de Karinius*. El apartamento no había olvidado sus caprichos.

No, pensó, los aparatos nunca se olvidaban. Sólo los hombres lo hacían, y contaban con los aparatos para ayudarlos a acordarse. Fijó la vista en el estuche, y se le ocurrió una familiar argucia.

-Bien - preguntó al estuche que llevaba el letrero MANÉJAME -, ¿cuál es mi cerebro, tú o la masa gris de mi cabeza?

Esperó, en vano, esta vez.

La respuesta dependía de sus estados de ánimo y de sus diversos auditorios. Esta noche, solo, de un variable talante, no obtuvo ninguna respuesta.

Echó otro trago y se reclinó, frunciendo el entre cejo.

Supuesto lo mejor, había ofrecido al muchacho un falso sustituto. Aun suponiendo que el paso de los kiloaños hubiera de algún modo dejado todavía algún recuerdo para un perro sin amo, el animal tendría que familiarizarse con el muchacho de nuevo por lo menos una vez o dos al día.

¿Por qué? ¿Por qué los perros que siempre habían tenido el mismo amo lo recordaban sin ninguna dificultad, aun cuando parecían tener que volver a explorar sus alrededores periódicamente? ¿Por que Ugly, por ejemplo, lo recordaría gozosamente cuando llegase su nave? ¿Y por qué tendría Ugly que familiarizarse de nuevo con este apartamento, en el cual había vivido con Fay, con intermitencias, por todo este tiempo?

El perro de Kinnard, cuyo amo insistiera en la necesidad de construir cada nueva casita dentro de un remedo de la anterior, no tuvo en ninguna parte tanta turbación. ¿Por qué?

Había oído rumores de que algunas pe[r]sonas estaban registrando los recuerdos caninos en diminutas cintas, pero esa clase de historia era generalmente clasificada con los chistes acerca de la vieja doncella que hacía girar estuches de recuerdos en compañía de su núbil sobrinita.

Sin embargo, y a pesar de todo, pudiera haber algo en eso. Tendría que preguntarlo a Monkreeve. Monkreeve era el Gran Anciano de la chusma. El hombre tendría recuerdos en los cuales el resto de ellos ni siquiera habían pensado hasta ahora.

Fay vació el vaso y se levantó para mezclar otra bebida. Estaba pensando con más ahínco de lo que lo había hecho durante mucho tiempo, y no podía menos de percibir que estaba haciendo un papel ridículo. Ningún otro había hecho jamás preguntas como ésta. Donde otros podían oírlas, de cualquier modo.

Volvió a sentarse en el sillón, con los dedos ajustados alrededor del vaso, mientras que la *Missa* terminaba y la suite *Liutenant Kije* alcanzaba el tiempo sobre la ciudad a medida que ella se avivaba bajo una abundancia de neón.

MANÉJAME. Igual que una cinta de música, el estuche de los recuerdos mantenía su vida estrechamente enlazada con los alojados carreteles de luciente e indestructible cintilla.

¿Qué ocurriría, se preguntó de repente, si no lo manipulara esta noche?

«Si sus alrededores parecen ser poco familiares, o usted tiene algún otro motivo para sospechar que sus cercanías y su situación no son comunes...»

«Obligado por estricta ley a encaminarlo...»

«No se inquiete...»

¿Qué? ¿Qué estaba detrás de las susurradas historias, de los chismes?

« ¿Qué dijo la muchacha del puesto de música al joven que entró por equivocación?»

« ¡Hombre, éste ha sido el más activo veintisiete de julio!» (Risas).

Fay se puso caviloso.

Le ocurrió la idea de que pudiera haber toda clase de información escondida en su fondo de conversación de tertulia.

«Si quiere ir al cielo, manténgase a distancia del veintisiete.»

Y ahí estaba otra vez. Veintisiete. Veintisiete de julio, ahora aglomerado con una colgante referencia a la religión. Y eso era interesante, también. El hombre tenía religiones, por supuesto; sectas de sello cismático que no ofrecían ninguna recompensa universalmente atrayente para hacerlas realmente populares. Pero debieron haber sido verdaderamente grandes, a juzgar por la señal que habían dejado en los juramentos y las expresiones idiomáticas. ¿Por qué? ¿Qué tenían? ¿Por qué dos mil millones de personas integraron en el lenguaje palabras como «Cielo», «Dios, el Señor» y «Jesucristo», tan enteramente que habían durado diez kiloaños?

El veintisiete de julio. ¿De cuándo? ¿De qué año?

¿Qué le ocurriría si no hiciera caso del MANÉJAME justamente en este tiempo?

Tenía la sensación de que sabía todo esto; de que lo había aprendido al mismo tiempo que había aprendido a peinarse y cortarse las uñas, a tomar duchas y a cepillarse los dientes. Pero hizo todo eso más o menos automáticamente entonces.

Quizás era hora de que reflexionara acerca de ello.

Pero ningún otro lo hizo. Ni siquiera Monkreeve.

Así, ¿qué? ¿Quién era Monkreeve, realmente? El hecho mismo de que no lo hubiera considerado, ¿no lo hacía satisfactorio? Esa era la base sobre la cual juzgaban toda otra cosa, ¿no era cierto?

Ese muchacho y su perro habían realmente empezado algo.

Se dio cuenta de varias cosas simultáneamente, y puso el vaso sobre la mesa con un vivo golpe. No podía acordarse del nombre del perro. Y estaba determinadamente dejando que el simple problema de seguir a su conciencia - y a su herido orgullo - lo metiera en aguas intelectuales mucho más profundas de las que ningún muchacho con un perro tenía derecho a reclamar.

Sus mejillas se enfriaron mientras trataba de recordar el nombre del hotel de esta mañana, y tembló violentamente. Miró al estuche con la inscripción MANÉJAME.

-Sí - le dijo -. Sí, ciertamente.

III

Fay despertó en una resplandeciente y risueña mañana. La fecha de su reloj calendario era el 16 de abril de 11958 e hizo una mueca al marcador del tiempo mientras quitaba los contactos del estuche de los pelados espacios de su pericráneo. Observó que todos los recuerdos que había traído de Europa habían sido registrados de nuevo para la caja de repuesto del apartamento y que la circulante cintilla había adelantado la reluciente muesca necesaria para registrar ayer.

Miró a esa muesca y frunció el entrecejo. Se parecía a una borradura, y lo era. Estaba siempre ahí, todas las mañanas, pero Fay sabía que no abarcaba más que la normal pausa traumática entre el registro y la reproducción sonora. Le habían dicho que eso era el único recuerdo que nadie quería conservar, y ciertamente nunca había omitido borrarlo - o, por supuesto, recordado haberlo hecho -. Era una normal parte del patrón de acción hipnótica establecido por el aparato registrador guiar a Fay cuando él lo manipulaba para pasar del registro a la reproducción sonora, su mente virtualmente vacía a la sazón.

Nunca había visto una cinta registradora, fuere de quien fuere, que no llevase esa determinada raya para marcar cada día. Se enorgullecía del hecho de que muchas cintas fueran hechas de tal modo picadillo e impregnadas de tal sentimentalismo que eran casi pura ficción. No había estado mintiendo al padre del muchacho, y advertía la presencia de ese recuerdo con la mayor satisfacción; tenía una impetuosa y básica necesidad de verlo todo, oírlo todo, sentir al máximo el fluir de cada día y sus acaecimientos, y recordarlos con viva y perfecta claridad.

Se rió del estuche mientras lo cerraba de un puntillazo camino del cuarto de baño.

-No hasta esta noche - dijo la inscripción MANÉJAME, y entonces se balanceó por un desalentado momento mientras pugnaba por recobrar el equilibrio. Puso el pie en el suelo con una risotada, sus ojos centelleantes.

¿Quién necesita un coche para vivir peligrosamente?, se preguntó. Pero se devolvió el recuerdo del muchacho, y sus labios se estrecharon. Sin embargo, era un hermoso día, y el básico abatimiento de ayer había desaparecido. Pensó en todas las personas que conocía en la ciudad, una de las cuales, al menos, tendría seguramente un contacto en alguna parte u otra que le resolviera su problema.

Tomó vorazmente el desayuno, estando en remojo por una hora dentro del sensual agarro del amorfo embalse de la bañera mientras sacaba con cuchara el vigorizador potaje. Luego, encogiendo los hombros, se puso encima una fuerte bata de baño y empezó a llamar a la gente por teléfono.

No se había dado cuenta de cuánto tiempo había estado ausente, consideró, después de que Vera, terminada la bienvenida a su apartamento, lo había dejado allí con una bebida mientras ella se alejaba. Era, por supuesto, muy natural que algunos de la vieja chusma hubieran modificado sus costumbres o ellos mismos salido a viajar durante su ausencia. Sin embargo, se sentía todavía un poco desconcertado ante los antiguos números del teléfono que no eran ya válidos, o la realmente asombrosa cantidad de gente que parecía haberle borrado de su memoria. ¡Kinnard, él más que todos! Y Lorraine.

De algún modo, nunca hubiera creído que Lorraine fuese de esos.

- ¿Listo, Kes?

Vera llevaba un vestido realmente pasmoso. Evidentemente, América había retrocedido hacia el moderantismo, como pudiera haberlo adivinado por su propio

guardarropa.

Vera, igualmente, había cambiado de alguna manera; demasiado sutilmente para que él lo descubriera, aquí en contornos donde nunca antes la había visto. ¿No había sido siempre resistente al capricho de retocar los apartamentos cada setenta años? Fay parecía recordarlo de ese modo, pero aun con las cintillas registradoras la evidencia de la vista siempre tomaba prioridad sobre el ligero toque del recuerdo. Sin embargo, Vera al menos sabía dónde estaba Monkreeve, lo cual era algo que no había podido descubrir por sí mismo.

-Uh-uh. ¿Adonde vamos?

Vera sonrió y lo besó en la punta de la nariz

-Sosiégate, Kes. No te opongas.

Solteros.

-Langostas como algo distinto de hormigas, gente inclinada al baile y a similares ocupaciones alegres, o aficionada a los estimulantes - garló Monkreeve, accionando extravagantemente -. Escoja uno las derivaciones. - Tragó una píldora de alguna especie y se animó teatralmente -. He renunciado a la etimología. ¿Cómo ha dicho que se llamaba usted?

Fay hizo una mueca. Tenía aversión a los saltamontes y a sus tertulias; particularmente en este caso. Deseaba sinceramente que Vera le hubiera explicado lo que había acaecido con Monkreeve antes de que lo trajera aquí.

Captó un vislumbre de Vera en el centro de un histérico corrillo de ociosos, danzando con sus siete enaguas mantenidas en alto.

- ¡Brrr! - prorrumpió Monkreeve, hallando los efectos de la píldora entre las otras explosiones de su sistema.

Fay le dirigió una escrutadora mirada y juzgó, por el tamaño de sus pupilas, que el hombre podía quizás haber producido en él ese mismo estado con píldoras como sustento diario, y era más que probable que fuera así.

-Tiene un problema, ¿eh, muchacho? - preguntó desatinadamente Monkreeve -. Tiene un problema perruno. - Se metió el dedo en la boca y parodió el pensamiento -. Tiene un perro, tiene un problema; tiene un problema, tiene un perro - cantó -. ¡Diablos! - prorrumpió -, vaya a ver al viejo Williamson. El viejo Williamson lo sabe todo. Pregúntele cualquier cosa. Ciertamente - dijo, dando risotadas -*;* pregúntele cualquier cosa.

-Gracias, Monk - dijo Fay -. He tenido mucho gusto en conocerlo - añadió en la aceptada forma cortés entre los de su clase, y se dirigió hacia Vera.

-Sin duda alguna, sin duda alguna, muchachito. Igualmente y basta. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

Fay simuló estar fuera del alcance del oído, rozado por una pareja que estaban bailando en un estrecho círculo sin música en absoluto, y se metió entre el gentío cerca de Vera.

-¡Eh, Kes! - exclamó Vera, levantando la vista y riendo -. ¿Te ha dado algunas indicaciones Monk?

-Monk tiene un mono a su espalda, cree - dijo brevemente Fay, con una nauseabunda sensación en la garganta.

-Bien, ¿por qué no ver experimentalmente cuánto puede tolerar el hombre? Pudiera gustarle un cambio - dijo Vera, riendo de nuevo. De repente le vino una inspiración y empezó a cantar.

-¿Oh dónde, oh dónde ha ido mi perrito? ¿Oh dónde, oh dónde puede estar?

El resto del corrillo cogió la tonada. Vera debió haberles informado de la búsqueda de Fay, porque la cantaban con bullanguero placer.

Fay giró sobre sus talones y salió.

Los pasillos de la biblioteca de la Universidad eran de un gris oscuro, emborrados con

esponja de plástico, torciéndose suavemente sin agudos esconces. Unas puertas hendían las paredes, la esponja apagaba el sonido, y Fay llevaba ropa de confección, dentro de la cual le había sido permitido pasar sólo los artículos personales que no podía quizá suprimir o arrancar. Hasta su estuche había sido cerrado dentro de un globo de celuloso plástico de esponja, y el guía se mantenía cuidadosamente a distancia de Fay por si acaso éste cayera o tropezase. El guía llevaba una caja de pronto socorro, y como todos los del cuerpo de la biblioteca, era un atestiguado doctor en medicina teórica.

-Éste es el gabinete de entrevistas del doctor Williamson - el guía dijo quedito a Fay, y apretó un botón oculto bajo la esponja.

La puerta retrocedió con un suave deslizamiento, y Fay penetró en el emborrado interior de la cámara, dividida hacia el medio por una plancha de claro y macizo plástico. No había mobiliario con que chocar, por supuesto. El guía se aseguró de que Fay estaba suficientemente dentro, fuera del carril de la puerta, y la cerró cuidadosamente después que hubo salido.

Fay se detuvo en el blando pavimento y estuvo esperando. Empezó a preguntarse qué le había acaecido al viejo grupo, pero apenas había tenido tiempo de comenzar cuando se abrió la puerta del otro lado de la división y entró el doctor Williamson. De un modo bastante extraño, su edad fisiológica era menor que la de Fay, pero el hombre se movía como un viejo, y su entero aire transmitía la misma sensación.

-Saltamontes, ¿no? - el doctor Williamson dijo a Fay, mirándolo desabridamente -. ¿Qué está usted haciendo aquí?

-No, señor - repuso Fay, poniéndose de pie -. Haragán, si usted quiere, pero no un saltamontes.

Viniendo tan pronto después de la alegre reunión, la observación de Williamson mordía sumamente.

-Seis por un lado, media docena por el otro, a tiempo - dijo brevemente Williamson -. Siéntese. - Él mismo se bajó despacio, tentando cada nuevo ajustamiento de sus músculos y huesos antes que efectuase el siguiente. Retrocedió ligeramente cuando Fay se dejó caer en el asiento con desafiadora negligencia -. Bien... prosiga. Usted no estaría aquí si en el escritorio delantero no creyeran que su búsqueda era por lo menos interesante.

Fay examinó a Williamson cuidadosamente antes de que respondiera. Luego suspiró, se encogió de hombros mentalmente y empezó.

-Necesito encontrar un perro para un muchachito - dijo, sintiéndose más que necio.

-¿Qué lo lleva a creer que esto es la ASPCA? - resopló Williamson.

-¿La ASPCA, señor?

Williamson elevó cuidadosamente las manos hacia el cielo y resopló de nuevo. Al parecer, todo lo que Fay dijo sirvió para confirmar algún juicio sobre la humanidad por su parte.

Williamson no lo aclaró, y finalmente Fay juzgó que el hombre estaba esperando. Hubo una pausa momentánea, y en seguida Fay dijo torpemente:

-Supongo que eso es alguna clase de albergue de animales. Pero eso no serviría a mi propósito. Necesito un perro que... recuerde.

Williamson juntó las puntas de los dedos y frunció los labios.

-Bien. Un perro que recuerde, ¿eh? - miró a Fay con una atención considerablemente mayor, la expresión de sus ojos haciéndose severa.

-Usted se parece a cualesquiera otros tontos mequetrefes - consideró -, pero al parecer queda un poco de materia gris en su artificiosamente adornado cráneo al fin y al cabo.

Williamson era parcialmente calvo.

-¿Qué diría usted - continuó Williamson - si ofreciera dejarle matricularse aquí como aprendiz de bibliotecario?

-¿Hallaría el modo de conseguir esa clase de perro?

Una vacilante llama de impaciencia pasó por el rostro de Williamson.

-Con el tiempo, con el tiempo. Pero eso está fuera de la cuestión.

-No... no tengo mucho tiempo, señor - dijo Fay, vacilando.

Obviamente, Williamson tenía la respuesta a su pregunta. Pero, ¿se desharía de ella? Y si iba a hacerlo, ¿por qué esta jerigonza?

-El tiempo es insignificante - dijo Williamson, accionando con ansiosa impaciencia -. Y especialmente aquí, donde evitamos casi enteramente la ley de las partes proporcionales. Pero hay varios usos para el tiempo, y concibo unos mejores que éste. ¿Quiere matricularse? ¡Rápidamente, hombre!

-Doctor Williamson, le estoy agradecido por su ofrecimiento, pero... pero ahora mismo todo lo que quisiera saber es la manera de conseguir un perro.

Fay era consciente de una creciente impaciencia suya propia.

Williamson se puso de pie cuidadosamente y miró a Fay con apenas reprimida ira.

-Joven, usted es una viviente prueba de que nuestro básico plan de acción es acertado. No confiaría a un tonto como usted la información requerida para degollarlo.

»¿Se da cuenta de dónde está? - e hizo gestos hacia las paredes -. En este edificio está el mayor depósito de saber del mundo. Durante diez mil años hemos estado acumulando conceptos y nuevos datos teóricos sobre todas las conocidas teorías científicas y artísticas existentes en 1973. Poseemos datos que facilitarán al hombre dirigirse a los astros, recorrer el fondo de los océanos y explorar a Júpiter. Tenemos aquí la materia prima de sinfonías y sonatas que hacen parecer a sus corrientes inclinaciones algo así como el violín de hojalata de un mendigante. Tenemos el germen de pinturas que lo harían a uno esparcir blanqueo sobre las mamarrachadas que atesoran, y poesía que lo volvería a uno loco. ¡Y usted quiere que le encuentre un perro!

Fay se había puesto de pie también. La ira de Williamson lo bañaba con batientes olas, pero una cosa permanecía clara, y se adhirió a ella obstinadamente.

-No quiere informarme, pues.

- ¡No, no quiero hacerlo! Creí por un momento que usted se había de hecho arreglado para percibir algo de su cercanía, pero usted ha probado mi error. Está despachado.

Williamson se volvió y con cuidadoso pateo salió de su mitad de la cámara de entrevistas, mientras que la puerta se abría detrás de Fay.

Sin embargo y a pesar de todo, había aprendido algo. Había sabido que había algo importante tocante a los perros que no recordaban y tenía un período: 1973.

Estaba sentado dentro de su apartamento, con los ojos otra vez fijos en la inscripción MANÉJAME, y puso un pensamiento a prueba: 27 de julio de 1973.

Tenía más sentido de esa manera del que tenía cuando las dos partes estaban separadas, lo cual no podía significar nada por supuesto. Las fechas eran como los grabados pegados sobre cartulinas y recortados en irregulares partes (diseños elaborados para niños de cuatro años): encajaban independientemente de cómo fueran juntadas las piezas.

Así era.

¿Cuándo había dejado la raza humana de tener hijos?

La idea lo hizo ponerse enhiesto en su asiento de un tirón, derramando la bebida.

Nunca había pensado en eso. Ni una vez siquiera había examinado el hecho de que todos se detenían en alguna edad fisiológica, aparentemente arbitraria. Había aprendido que tal y cual combinada configuración anatómica y psicológica era indicativa de una edad fisiológica, que una diferente configuración indicaba otra. Pero, ¿era cierto? ¿No podía adivinar instintivamente, o, más bien, no podía considerarlo como si la palabra «edad» fuera aplicable a los humanos tan bien como a los objetos inanimados?

Un menor pensamiento siguió de cerca el rastro del primero: exactamente lo mismo podía decirse de los perros, o canarios, o periquitos, tan bien como del ocasional gato que no se había vuelto montuno.

¿«Vuelto» montuno? ¿No habían sido siempre montunos la mayor parte de los gatos?

Exactamente, ¿qué recuerdos estaban enterrados en su mente, en ocultación? O más

bien, ya que era fundamentalmente sincero consigo mismo, ¿qué recuerdos se había enseñado a sí mismo a pasar por alto? ¿Y por qué?

Sintió un hormigueo en la piel. De repente, su cuidadoso mundo florido estaba enlazado alrededor de él, pardo, raso, y quedaban en pie unos tocones severamente mellados. El muchacho y su perro habían sido aguas profundas de veras, pues la tentativa punta de su pie había azuzado a un monstruo de continuas y crecientes preguntas que la agarraría con hileras de peligrosas respuestas.

Se sacudió y echó otro trago. Miró a la inscripción MANÉJAME y discernió dónde debían estar las peores respuestas.

IV

Despertó y había unos objetos adheridos a sus sienes. Los soltó de un tirón y se incorporó, fijando la vista en los accesorios y el aparato que descansaba junto a la cama, arrastrando hilos metálicos.

Las luces estaban encendidas, pero la iluminación era tan enteramente difusa que no podía hallar su origen. El mobiliario estaba lejos de lo radical en el trazo, y Fay ciertamente nunca había usado pijama para la cama. Lo miró desdeñosamente y gruñó.

Volvió a mirar al aparato y se palpó las sienes en donde habían reposado los contactos. Sus dedos se retiraron, pegajosos, y frunció el entrecejo. ¿Era alguna especie de encefalógrafo? ¿Por qué?

Miró alrededor otra vez. Había una tenue posibilidad de que se estuviera restableciendo con tratamiento psiquiátrico, pero esto no era ciertamente ninguna habitación de un sanatorio.

Había un blanco cartel al otro lado del cuarto, con alguna clase de impresión en él. Puesto que ese cartel ofrecía la única fuente de información posible, Fay escapó de la cama cautamente y, hallando que no sentía desvanecimientos o debilidad, atravesó la habitación con dirección a él. Se paró allí mirándolo, con los labios fruncidos y la frente arrugada, mientras se abría camino a través de la algo simplificada ortografía:

> «Chistopher Jordán Fay:
>
> Si sus alrededores parecen poco familiares, o usted tiene cualquier otro motivo para sospechar que sus cercanías y su situación no son comunes, no se inquiete, y siga estas instrucciones sin cavilación, aun cuando le parezcan extrañas. Si halla que no puede hacerlo, por cualquier motivo que sea, sírvase regresar a la cama y leer las instrucciones impresas en el aparato que está junto a ella. En este caso, la más cercana «cabina autónoma pública de reproducción» es el suplementario estuche que usted ve construido dentro de la cabecera de la cama. Abra las portezuelas y lea las suplementarias instrucciones impresas en el interior. En todo caso, no se inquiete, y si no puede o está mal dispuesto a efectuar cualquiera de las operaciones pedidas arriba, simplemente llame al «0» en el teléfono que usted ve al otro lado de la habitación.»

Fay miró alrededor aún, identificó los diversos objetos y continuó leyendo:

> «Al operador, igual que todos los vecinos, se le exige por estricta ley que le proporcione a usted ayuda.
>
> Si, por otra parte, usted se siente bastante tranquilo o es proporcionadamente cuidadoso, sírvase seguir estas instrucciones:
>
> Regrese a la cama y reponga los contactos en los sitios donde estaban prendidos. Haga girar el disco marcado con la inscripción «Registro - Reproducción - Registro auxiliar» hasta la posición de «Registro auxiliar». Entonces tendrá tres minutos para poner su antebrazo derecho sobre la parte acanalada de encima del aparato. Asegúrese de que su brazo se acomode bien;

la acanaladura está formada de modo que acoge su brazo perfectamente en una posición tan sólo.

Finalmente, acuéstese de nuevo y sosiéguese. Todas las otras operaciones son automáticas.

Para su información: usted ha sufrido pérdida de la memoria y este plan se la devolverá.

Si usted estuviera dispuesto a seguir las instrucciones antes citadas, sírvase aceptar nuestras gracias.»

La lengua de Fay combó su mejilla izquierda, y él reprimió una mueca. Al parecer, su generador había sido un completo éxito. Miró a la impresión otra vez, sólo para estar seguro, y verificó la sospecha de que había sido hecha por su propia mano Luego, como una comprobación decisiva, rondó por el cuarto en busca de un calendario. Finalmente localizó el reloj-calendario, torpemente escondido en un cajón de la cómoda, y miró la fecha.

Esa fue su única sorpresa verdadera. Silbó chillonamente al ver la fecha, pero finalmente se encogió de hombros y repuso el reloj. Se sentó en un cómodo sillón y reflexionó.

El generador estaba obrando justamente como había esperado: la señal saltando fuera de la capa de la atmósfera que refleja de nuevo las ondas sonoras, sin perceptible pérdida de energía, y recorriendo el contorno de la Tierra. En cuanto a lo que podría ocurrir cuando él agotara su combustible radiactivo en otros cinco mil años, no tenía ninguna idea, pero imaginaba que sencillamente lo aprovisionaría otra vez. Al parecer, todavía tenía mucho dinero, o cualquier medio de cambio que existiera después de esto. Bien, se prepararía para ello.

Era interesante cómo su mente seguía insistiendo en que era el 27 de julio de 1973. Esta tendencia a considerar la actual fecha como «la futura» podía ser perturbadora si no la tenía en consideración.

Realmente, tenía unos diez mil treinta y ocho años de edad, más bien que los treinta y siete en que insistía su mente. Pero sus recuerdos lo llevaban sólo hasta el 1973, si bien, fuertemente sospechaba, el Kester Fay que había redactado ese ingenuo mensaje tenía recuerdos que empezaban poco después de eso.

El generador emitía una señal que permitía que las células del cuerpo se restaurasen con un ciento por ciento de perfección, más bien que con la usual imperfecta proporción de los organismos vivientes. El resultado era que ninguno de los superiores organismos envejecía en ningún respecto. Sólo los superiores, afortunadamente, o no habría ni siquiera derivados de fermento para comer

Pero, por supuesto, eso incluía las células del cerebro también. La memoria era una operación de deterioro de las células cerebrales tanto como una punta registradora de fonógrafo deterioraba un disco de registro en blanco. Para hacer revivir la memoria, el organismo tenía sólo que «tocarla» *de* nuevo, como se toca un disco. Excepto que, mientras que el generador continuaba enviando la señal, las células cerebrales, además, se restauraban completamente. No en seguida, por supuesto, porque el cuerpo necesitaba un poco de tiempo para obrar. Pero nadie podía posiblemente dormir desde el principio hasta el fin de una noche y recordarse de todo lo del día anterior. La amnesia era el precio de la inmortalidad.

Se levantó, se dirigió a la vitrina de licores que había localizado en su búsqueda, y mezcló una bebida, advirtiendo de nuevo cuan poco, realmente el mundo había progresado en diez mil años. Parálisis de la cultura, más que probable, bajo el impacto de dos billones y medio de individuos, cada uno tratando de hacer su avenencia con el fundamental aburrimiento de una vida perpetua.

La bebida era muy buena. El «whisky» mejor que ninguno de la clase a que estaba acostumbrado. Se envidió a sí mismo.

Finalmente se había vencido a la amnesia, como imaginaba que la raza humana lo

haría. Probablemente escribiendo notas para sí mismos al principio, mientras que el pánico y el histerismo embozaban el mundo y el 27 de julio marchaba a través de las estaciones y los astrónomos se enloquecían.

Las estimuladas células, por supuesto, no reparaban el daño hecho a ellas antes de que el generador entrara en funcionamiento. Tomaban como modelo lo que ya tenían, y se adherían a ello furiosamente.

Hizo una mueca. Su perfeccionado encefalógrafo probablemente almacenaba tanta información y tan de prisa que los artificiales recuerdos apagaban la relativamente pequeña cantidad de información que las células habían adquirido hasta el 27. O, algo más probablemente, el período de pánico había sido tan dañoso que rehuían escudriñar más allá de él. Si eso era un encefalógrafo de cinta registradora, la borradura sería fácilmente posible.

-Sospecho - dijo en voz alta - que lo que estoy recordando ahora es parte de una vasta y extinguida área de mi propia memoria.

Rió entre dientes al pensamiento de que su vida entera había sido un vacío para él mismo y terminó la bebida.

Y lo que estaba experimentando ahora era un intento por su propia parte para poner ese vacío período en cinta, entrampando a los censores que le impedían hacerlo cuando tenía su entera memoria.

Y eso requería valor. Mezcló otra bebida y brindó por sí mismo.

-A tu salud, Kester Fay. Me alegro de saber que tengo ánimo. El «whisky» era extremadamente bueno.

Y el hecho de que Kester Fay hubiera sobrevivido al traumático vacío entre el veintisiete y el tiempo que obtuvo su memoria artificial era prueba de que *ellos* no habían llegado hasta él antes del derrumbe.

¿Era paranoico?

Había parado la apresurada carrera hacia la Guerra Total, ¿no?

No habían podido pararlo a él, eso era cierto. Había preservado la raza del hombre, ¿no era verdad?

¿Psicótico? Terminó la bebida y rió entre clientes. Intelectualmente, tenía que reconocer que cualquiera que impusiese le inmortalidad a todos sus semejantes sin pedirles permiso estaba poniéndose bajo tal clasificación.

Pero, por supuesto, sabia que no era psicótico. Si lo fuera, no sería tan insistente respecto al uso del nombre inglés «Kester» por apodo con preferencia al americano «Chris».

Depositó el vaso sentidamente. Ah, bien; tiempo para devolverse a sí mismo todos sus recuerdos. ¿Por qué era tan fuerte su brazo derecho?

Se acostó en la cama, repuso los contactos y sintió salir la aguja de su retiro en el seno del antebrazo y penetrar en una vena.

Un derivado de escopolamina de alguna especie, juzgó. El aparato zumbaba y sonaba con golpes secos en los compartimientos de la cabecera de la cama; y un cartel de cinta en blanco se ajustó dentro de la caja con un chasquido, la cual reposaba sobre un soporte de especial construcción contiguo a la cama.

Complicado, pensó oscuramente mientras sentía que la droga entraba a borbotones en su sistema. Probablemente podría reducir su intensidad de un modo considerable y hacer que fluyera más regularmente.

Halló tiempo para pensar otra vez en su básico valor. Kester Fay debía ser todavía un lozano y desenfrenado individuo, hasta en su estancada y conservadora civilización de diez mil años de peso.

Al parecer, nada podía modificar su carácter fundamental.

Se sumió en un letargo con una tenue sonrisa.

El control de volumen de la caja en el ciclo de reproducción sonora estaba puesto en

la «Sobrecarga de necesidad urgente». Los recuerdos lo golpeaban cruelmente, destruyendo tejido cerebral, esculpiendo nuevos canales a través del apretado aluvión de restauración, espumando, hirviendo, silbando con devoradora energía y quebrantador ímpetu.

Su rostro pasó por penosos cambios durante su sueño. Fay manoseaba insegura y débilmente hacia los contactos adheridos a su pericráneo, pero el vital mecanismo continuaba su obra. No los alcanzaba, aun cuando se esforzaba, y, fallando, se esforzó sin cesar desde el principio hasta el fin de la larga noche, mientras el sudor corría por su rostro y empapaba la almohada; y Fay gemía, mientras que las tintillas del aparato hacían tic-tac y rodaban, una tras otra, y le devolvían el pasado.

Era el 27 de julio de 1973, y Fay temblaba de frío, mirando, sin comprender, la blancura de hielo de las vidrieras, con la nota fechada el 7/27/73 en la mano.

Era el 27 de julio de 1973 y estaba desmayado de hambre mientras trataba de alcanzar las luces para trabajar. Al parecer, no había corriente. Encendió un fósforo y miró con asombro la serie de notas, algunas de ellas ensuciadas de mucho manoseo no recordado, todas fechadas el 27 de julio de 1973.

Era el 27 de julio de 1973, y los hombres que trataban de explicarle que era realmente el otoño de 1989, agrupados alrededor de su cama en la atestada sala de un hospital, estaban mintiendo. Pero le dijeron que sus básicas patentes sobre la dirigida radiactividad artificial habían hecho posible impulsar el complicado mecanismo que le estaban enseñando a usar. Y aun cuando, por algún motivo, el dinero como un medio acumulador de interés no era ya válido, le dijeron que en su especial caso, en agradecimiento, arreglarían las cosas de un modo que hubiera una serie de derechos de privilegio y retribuciones facultativas, las cuales serían abonadas en sus cuentas automáticamente. Ni siquiera tendría que revisarlas, o saber específicamente de dónde procedían. Pero la parte importante vino cuando le aseguraron que el mecanismo - el «estuche» y las «cintillas», fueren lo que fueren, curarían su desazón -.

Quedó agradecido por eso, porque había temido por largo tiempo, que estaba perdiendo el juicio. Ahora podría olvidar sus aflicciones.

Kester Fay arrancó los contactos de su frente y se incorporó para ver si había una borradura en la cinta.

Pero, por supuesto, no había ninguna. Lo sabía antes de que hubiera levantado la cabeza una pulgada, y casi se desvaneció, sentándose en el borde de la cama con la cabeza entre las manos.

Era su propio monstruo. No tenía ninguna idea de lo que significaban la mayor parte de las palabras que había usado en esos recuerdos, pero aun mientras estaba sentado ahí podía sentir que su mente, de un modo vacilante, estaba haciendo las conexiones y fijando rótulos a los mezclados conceptos y las aterradoras raciocinaciones que él había ya recordado.

Se levantó cuidadosamente y vagó por la habitación, poniendo en orden los cajones que había desordenado durante su período amnésico. Se acercó al vacío vaso, lo miró con ceño, se encogió de hombros y mezcló una bebida.

Se sintió mejor después, el vivo calor de la graduación 100 penetrando en su sistema. Los efectos no durarían, por supuesto - el entusiasmo era un resultado de deterioro de las células cerebrales -, pero el primer puntillazo era bastante real. Por otra parte, eso era todo a lo que se había acostumbrado durante los pasados diez kiloaños, lo mismo que los sementeros podían narcotizarse perennemente

Diez mil años de poseer una nueva personalidad parecían haber curado la psicosis que había sufrido con la vieja. No sentía absolutamente ningún deseo de transformar el mundo solo.

¿Lo sentía ahora? ¿Lo sentía? ¿No era ser un aficionado el resultado de una interior convicción de que uno era demasiado sobresaliente para el vivir rutinario?

¿Y no quería apartar el generador, ahora que sabía lo que el aparato hacía y dónde

estaba?

Terminó la bebida e hizo saltar el vaso en la palma de la mano. No había nada que dijera que tenía que llegar a una decisión en este mismo momento. Había tenido diez kiloaños. Ello podía esperar un poco más.

Se bañó con acompañamiento de pensamientos que siempre antes había descuidado; pensamientos sobre cosas que no eran su problema, entonces. Como incubadoras llenas de infantes de diez kilo-años de edad, y mujeres encinta y paralíticos.

Contrapesó eso con las bombas de hidrógeno y, sin embargo, los platillos de la balanza no se inclinaban.

Luego añadió algo que nunca antes había conocido, pero que conocía ahora, y comprendió por qué nadie se atrevió jamás a atravesar el Veintisiete, o a recordarlo aun cuando él lo hubiera hecho. Por un momento, también, se estuvo quieto en el baño y pensó arrancar el recuerdo de las cintillas registradoras.

Añadió la Muerte.

Pero sabía que estaba perdido ahora. Para mejor o para peor, el agua se había juntado por encima de su cabeza, y si borraba el recuerdo ahora, lo buscaría de nuevo algún día. Por un momento se preguntó si eso era justamente lo que había hecho innumerables veces antes. Lo abandonó. Ello podía esperar... si él permanecía cuerdo. De todos modos, sabía cómo conseguir al muchachito un perro ahora.

Construyó un generador de señales para anular el efecto del grande, que ronroneaba implacablemente en su astil, enviando su incesante e inexorable señal. Cubrió una habitación de su apartamento con la onda anulativa y añadió seis meses a su edad, permaneciendo dentro de ella por horas durante los dieciocho meses que le llevó aparear a Ugly y hacer surgir el mejor cachorro, porque la onda estimulante era la réplica a la esterilidad también. Los fetos no podían desarrollarse.

Se apartó del tumulto del Haragán, lo que quedaba de él, y crió al cachorro. Y fue más de seis meses que añadió a su edad, porque todo ese tiempo pensó y ponderó, y recordó.

Y cuando estuvo listo, aún no sabía lo que iba a hacer tocante al más grande problema. Sin embargo y a pesar de todo, tenía un nuevo perro para el muchacho.

Metió el anulativo generador y el perro dentro de su coche, y subió de nuevo por el camino que había llegado.

Finalmente, llamó a la puerta de Riker; el perro debajo de un brazo, el generador debajo del otro. Riker contestó a la llamada y le miró curiosamente.

-Soy... soy Kester Fay, señor Riker - dijo Fay, vacilando -. He comprado a su muchacho el perro que prometí.

Riker miró al perro y al voluminoso generador que Fay llevaba debajo del brazo, y Fay transfirió la carga torpemente, la bamboleante caja impidiendo sus movimientos. Por muy ligera que fuese, la caja era una abultada cosa. - ¿No me recuerda?

Riker pestañeó de un modo pensativo, su frente formando nudos en arrugados flecos. Luego movió la cabeza.

Dijo:

-No... creo que no, señor Fay.

Y miró suspicazmente a la ropa de Fay, que hacía tres días no había sido mudada. Luego hizo una seña afirmativa.

-Oh... lo siento, señor, pero creo que debo haber borrado el recuerdo - sonrió con turbación -. Pensando en ello, me he preguntado si no tuvimos un perro en algún tiempo. Espero que eso no era demasiado importante para uno.

Fay lo miró. Halló imposible pensar en algo que decir. Finalmente, se encogió de hombros.

-Bien - dijo -, su muchacho no tiene un perro ahora, ¿no es cierto?

-No - dijo Riker, moviendo la cabeza -. Usted sabe... es una cosa extraña, en parte por el olvido y lo demás, pero él conoce a un muchachito que tiene un perro, y a veces me incomoda mucho para que le consiga uno - y se encogió de hombros -. Usted sabe cómo son los niños.

- ¿Quiere aceptar este? - Fay ofreció el retorcido animal.

-Ciertamente. Muy agradecido. Pero creo que los dos sabemos que esto no saldrá demasiado bien

-Riker alargó la mano y cogió el perro.

-Este aparato sin duda alguna será satisfactorio

-dijo Fay. Y entregó el generador a Riker -. Sólo abra esta llave y manténgalo así por algún tiempo en la misma habitación con su hijo y el perro. No hará ningún daño, mas el perro recordará.

Riker lo miró escépticamente.

-Pruébelo - dijo Fay; pero los ojos de Riker se estaban estrechando, y éste devolvió a Fay el perro y el generador.

-No. gracias - dijo Riker -. No pruebo nada semejante a eso de un hombre que aparece de repente en la mitad de la noche.

-Por favor, señor Riker. Le ofrezco...

-Compañero, usted está traspasando los límites. No sacaré más que la mitad de un hectoaño si lo aporreo.

-Está bien - suspiró Fay; sus hombros se hundieron, y se volteó. Oyó que Riker cerraba de golpe la maciza puerta tras él.

Pero mientras caminaba con trabajo paseo abajo, sus hombros se alzaron, y sus labios formaron una apretada línea.

Ha de haber un término en alguna parte, pensó. Toda cosa ha de terminar, o no habrá sitio para los comienzos. Se volteó para estar seguro de que nadie de la casa estaba observando, y soltó el perro. Le encontrarían por la mañana y las cosas quizá serían diferentes entonces.

Penetró en el coche y se alejó aprisa, dejando el perro atrás. En alguna parte fuera de la población, echó el anulativo generador afuera, en la calzada de hormigón, y oyó que se rompía. Desencadenó su estuche de recuerdos, y lo tiró, también.

Había de haber un término. Hasta un término para las noches estrelladas y para el ruido de un potente motor. Un término para el recuerdo de una puesta de sol en la Piazza San Marco, y el espectáculo de la nieve en Chamonix. Un término para el buen whisky. Para él, había de haber un término - para que otros pudieran venir después. Dirigió el coche hacia el sitio donde estaba el generador, y consideró que le quedaban veinte o treinta años, de cualquier modo.

Dobló el brazo, singularmente ligero ahora.

EL DISTANTE RUIDO DE MAQUINAS MOTORES

-Len. Lenny - el aterrador hombre de la contigua cama - estaba tratando de despertarme.

Reposaba en la oscuridad, las manos detrás de la cabeza, escuchando la circulación que pasaba por el lado del hospital. Aún a una hora avanzada de la noche - y lo era siempre que el hombre de la cama contigua osaba hablarme - el tráfico afuera era cabalmente denso porque la calzada atravesaba la población en línea recta. Eso había sido una afortunada cosa para mí, porque el servidor de la ambulancia nunca había podido detener el flujo de sangre de mis piernas. Otra media milla, otros dos minutos, y yo habría estado tan seco como una abandonada piel de serpiente.

Pero estaba bien, ahora, excepto que el cortante camión había cercenado mis piernas bajo el guardabarros. Estaba vivo, y podía oír los camiones pasando por el lado toda la noche. Los largos, largos trenes de carruaje; semirremolques, tándems, rizadores... subiendo por la costa desde Charleston y Norfolk, prosiguiendo hacia Nueva York... bajando desde Boston, de Providence... Hombres que yo conocía, conduciéndolos. Jack Biggs, Sam Lasovic, Tiny Morrs, con el dedo anular de su mano derecha perdido en el primer enganche. Yo era uno que estaba a la altura de Tiny, de seguro.

Te está esperando trabajo en el despacho del expedidor, Lenny, me dije a mí mismo. No más sudor. No más café malo, noches frías, ojos como papel de lija. Te estás volviendo un poco viejo para la carretera, de cualquier modo. Treinta y ocho. Ciertamente.

-Lenny...

Lo más que el hombre de la cama contigua solía hacer era susurrar. Yo me preguntaba si no era simplemente temeroso. Temía hablar por cierto durante el día, porque las enfermeras sencillamente lo pinchaban con una nueva aguja cada vez que hacía ruido. La clavaban en un fino sitio de los vendajes, ciertamente, y se iban de prisa. A veces erraban el pinchazo, y a veces sólo parte de la morfina llegaba más abajo de la piel, de modo que únicamente su brazo quedaba entumecido. El hombre de la cama contigua se jactaba las veces que eso ocurría. Trataba de hacer que erraran el pinchazo, moviendo los brazos un poquito. Algunas veces las enfermeras lo notaban, pero más frecuentemente no.

No quería la aguja, el hombre de la cama contigua. La aguja quitaba el dolor, y sin el dolor, con vendajes por todo su rostro, no tenía ciertamente ninguna prueba de que estaba vivo. Era un hombre obstinado y astuto, que daba golpe por golpe de ese modo, porque había desarrollado un anhelo de la cosa, aún no siendo como usted y yo. Quiero decir, de algún lugar diferente.

-Lenny...

- ¿Eeh? - dije, oscureciendo la voz.

Siempre le hacía esperar. No quería que supiera que yo permanecía despierto toda la noche.

- ¿Has despertado?

-En este momento.

-Lo siento, Len.

-Okay - dije prontamente. No quería que se sintiera obligado conmigo -. Está bien. Tengo muchas ocasiones para dormir durante el día.

-Len. La fórmula para superar la velocidad de la luz es... Y comenzó a darme las cifras y letras.

Anoche habían sido las exactas proporciones de los metales en una aleación resistente a las altas temperaturas; las técnicas de fusión y vaciamiento para ello; la operación de endurecimiento. La noche anterior, especificaciones sobre los cascos de los buques. Escuché hasta que el hombre hubo terminado.

- ¿Has entendido eso, Lenny?

-Ciertamente.

-Descíframelo de nuevo.

Trabajé en un coche restaurante tres años, en otro tiempo. Podía recordar todo lo que cualquiera me pidiese - no me importaba cuan complicado fuera - y servírselo inmediatamente. Es un ardid; uno limpia la mente, se destapa los oídos, y adentro viene: «Dos porciones de queso asado para acompañar; tocino con tomate, tostada blanca, sin salsa mayonesa. Tres cafés; uno solo, sin azúcar; uno ligero y dulce; uno regular. «Uno abre la boca, se dirige hacia el hombre de los sándwiches, y lo suelta: «G. A. C. para dos, en la costa. B. T. abajo, sin mayo.» Uno se dirige hacia las tazas de café y saca las manos. Los dedos agarran las tazas, y va hacia la espita de la máquina. Uno oprime la manija del jarro de la leche tres veces por encima de una taza, dos por encima de la otra. La tercera taza se ajusta automáticamente. La parte importante de su mente está a un millón de millas de distancia. Uno deposita los cafés, y su mente borra esa parte de lo pedido. El hombre de los sándwiches le entrega a uno dos cuadrados envueltos con papel de cera y un plato con el B. T. Uno los presenta a los clientes, y su mente borra el resto de ello. Ha desaparecido, se ha consumido, y todo el tiempo la parte importante de su mente está a un millón de millas de distancia.

Oía los trenes de carruajes subiendo una cuesta en mixtura. Pittsburgh, Scranton, Philadelphia... Washington, Baltimore, Camden, Newark... Un Diesel pasó por el lado - un vehículo de fondo plano, con vigas por carga - mientras yo estaba descifrando de nuevo la última parte de lo que el hombre me había revelado.

-Exacto, Lenny. ¡Exacto!

Suponía que lo era. En un coche restaurante, uno *come* las cosas que le piden los clientes, amontonadas en revoltijo en su mente.

- ¿Más aún esta noche? - le pregunté.

-No. No, eso basta. Voy a tomarme un poco de descanso, ahora. Me volveré a dormir de aquí a poco. Gracias.

-Ciertamente.

-No, no seas tan indiferente. Estás haciendo una gran cosa para mí. Es importante para mí entregaros estas cosas a vosotros. No voy a durar mucho ya.

-Ciertamente, vas a vivir mucho todavía.

-No, Lennie.

-Avanza.

-No. Me estaba consumiendo mientras me rendía. ¿Recuerdas la alternativa radical de la ecuación que te di la primera noche? El campo estaba falseado por el sol, y el generador reorganizaba el...

Prosiguió, pero no recuerdo lo que dijo. Habría tenido que recordar la primera ecuación para que ello tuviera algún sentido para mí, y aun cuando la recordara habría tenido que entenderla. Es cuestión de repetirle las ecuaciones, veamos... eso era un ardid. ¿Quién quiere recordar cuántos sándwiches de queso asado para acompañar vendió durante el día? Un juicioso sujeto me pidió algo en una ambigua habla, una vez. Le repetí lo pedido como un

hombre que hiciera correr una tira de cinta a través de una aparato registrador, y yo ni siquiera estaba escuchando.

-... Así, tú sabes, Lenny, no voy a vivir. Un hombre en mi estado no sobreviviría ni siquiera a mi tiempo y lugar.

-No tienes razón, compañero. Te sacarán del trance. Conocen su oficio en este lugar.

- ¿Lo crees realmente, Lenny? - El hombre lo susurró con una triste risa, supuesto que ustedes saben lo que quiero decir.

-Ciertamente - dije.

Estaba escuchando el ruido de un tanque de depósito que pasaba por el lado, procedente del norte. Podía oír el retintín de la cadena estática.

Habían recogido al hombre de la cama contigua de lo que se figuraban fue un verdadero incendio de un avión particular. Decían que algún labrador lo había visto desprenderse, como si hubiera saltado sin paracaídas. No habían podido identificarlo todavía, ni hallar el avión, y el hombre no quiso dar ningún nombre. Las primeras dos noches no había dicho una palabra, hasta que de repente preguntó:

« ¿Está alguno escuchando? ¿Hay alguien ahí?»

Yo había hablado en voz alta, y el hombre me había preguntado acerca de mí mismo; cómo me llamaba, cuál era mi aflicción. Quería saber el nombre de la población, y del estado, y la fecha: el día, mes y año. Se lo dije. Lo había visto con los vendajes, durante el día, y con un hombre con un aspecto como ese, uno no discute tocante a sus preguntas. Las contesta. Y se alegra por la ocasión de hacerle un favor.

Era un hombre listo, además. Hablaba una cantidad de idiomas aparte del inglés. Probó a hablarme en húngaro por algún tiempo, pero lo sabía mucho mejor que yo. Hace mucho tiempo que dejé a los parientes en Chicago.

Dije a la enfermera, el día siguiente, que el hombre me había estado hablando. Los médicos trataron de averiguar quién era y de dónde venía, pero el hombre no les habló. Los convenció, creo, de que había vuelto a sumirse en un letargo de nuevo; no me habían creído mucho cuando dije que él había hablado juiciosamente por cierto. Después de eso, yo estaba demasiado bien informado de los hechos y era demasiado discreto para contar nada a nadie. Si el hombre quería las cosas a su modo, estaba autorizado. Excepto que descubrió, como he dicho, que si hacía algún ruido durante el día, le meterían otra aguja. Uno no podía censurarlos. Era su manera de hacerle un beneficio.

Me tendí de nuevo, y observé que el techo empezaba a recibir luz del primer contacto del día más allá de las ventanas. El tráfico se estaba reanimando afuera, ahora. Los trenes de carruajes pasaban por el lado uno tras otro. Productos de la tierra, por lo regular, camino del mercado. Lechuga y patatas, naranjas y cebollas; podía oír los canastos meneándose unos encima de otros sobre las cajas de gruesas estacas, y el crujido de las cuerdas de ligazón.

- ¡Lenny!

Contesté en seguida.

-Lenny, la ecuación para coordinar el espacio-tiempo es... - El hombre evidentemente tenía prisa.

-Sí.

Dejé que ello se esponjara en la esponja de artificio de mi mente, y cuando el hombre me pidió que lo descifrara de nuevo, lo exprimí desecado otra vez.

-Gracias, Lenny - dijo el hombre.

Escasamente pude oírle; comencé a usar el pulgar, para tocar el timbre de llamada nocturna anexo al cordón colgado por encima de la cabecera de la cama.

Al día siguiente había un hombre distinto en la cama contigua. Era un cazador - un joven, de Nueva York - y tenía puesta una carga de perdigón por todo su muslo derecho. Pasó un par de días antes de que quisiera hablar, y yo no llegué a conocerlo mucho.

Creo que fue la segunda o tercera tarde después de que el otro hombre hubo entrado, cuando mi médico se enderezó y tiró la sábana hacia atrás por encima de mis muñones. Me

miró de un modo raro, y dijo, de repente:

-Le digo el qué, Lenny. Supongamos que lo enviamos abajo a la sala de cirugía y quitamos un poquito más de cada uno de esos... ¿eh?

-Tonterías, doctor; yo puedo percibirlo, también. ¿Por qué molestarse?

No teníamos mucho más que decirnos el uno al otro. Permanecí tendido allí pensando en Peoría, Illinois, lo cual era más divertido de lo que había sido últimamente - por los camiones, quiero decir - y en St. Louis, y Corpus Christi. No estaba satisfecho ya con sólo la costa oriental, Sacramento, Seattle, Fairbanks y esa lastimosa y larga carrera por la Alean Highway...

Mediada la noche, estaba todavía recordando. Podía oír los trenes de carruajes afuera en la calle, pero realmente estaba escuchando el ruido que hace un Cummins entrando en uno de esos prolongados declives de desvío en las Montañas Rocosas, y de repente volví la cabeza y susurré al nuevo hombre de la cama contigua:

¡Compañero! Eh, compañero... ¿está despierto? - ¿Qué? - le oí gruñir. Parecía incomodado. Pero estaba escuchando. - ¿Conduce usted alguna vez? Quiero decir, si alguna vez baja a New Jersey en su coche. Bien, mire, si alguna vez necesita una reparación de neumáticos o una batería, pare cerca de la Jeffrey's Friendly Gas and Oil, en la vía 22 de Darlington, y dígales que lo envía Lenny Kovacs. Pero tenga cuidado; hay una trampa de velocidad justamente fuera de la población, durante el verano... Y si quiere una buena comida, pruebe el Strand Restaurant, calle abajo allí. O si va en la otra dirección, arriba hacia New England, coja la carretera Boston Post Road y pare cerca de... ¡Compañero! ¿Está escuchando?

NO NOS VOLVEREMOS A VER

La brisa susurraba por entre los tilos. Era caliente y suave mientras coma a lo larga de la avenida. Tiraba de los vestidos de las chicas que se paseaban con sus jóvenes compañeros y agitaba su cabello, cortado conforme a la moda. Ponía en batimiento las banderas de encima de los edificios del Gobierno, y traía consigo el zumbido de un avión de reacción - un «Heinker» o un «Messerschmidt» - que ascendía hacia el cielo desde el aeródromo de Tempelhof. Pero cuando ella aguijoneó al profesor Kempfer en su asiento traía sólo la fragancia de los perfumes parisienses y el espectáculo de vestidos de alegres colores meciéndose alrededor de las largas y fuertes piernas de las muchachas.

El doctor profesor Kempfer desencorvó sus postrados hombros y levantó su maciza cabeza. Sus hundidos y forzados ojos pugnaban por vencer su actualmente habitual mirada desvaída.

Era primavera de nuevo, se dio cuenta con tenue sorpresa. Las lindas muchachas estaban tomando el desayuno apresuradamente otra vez, para que ellas y sus jóvenes compañeros pudieran pasearse a lo largo de la Unter Den Linden, y los jóvenes de las chaquetas de anchos hombros tenían los ojos claros y estaban llenos de su propia y despierta energía.

Y por supuesto el profesor Kempfer no llevaba abrigo hoy. No era absolutamente el gracioso pedante que llevaba sus polainas al sol. Era sólo que se había olvidado, por el momento. La tensión de estos últimos días había sido muy grande.

Todos estos meses - estos años - había estado haciendo su trabajo de investigación subvencionado por el Gobierno y lo otro, también. Cuatro o cinco horas para el gobierno, y después un día entero para la mucho más importante cosa de la cual nadie tenía conocimiento. Doce, dieciséis horas al día. Y a casa, a su primorosa vivienda del gobierno, donde Frau Ritter, la ama de llaves, tenía la cena preparada. Tomada la cena, a la cama. Y por la mañana: bebida de cacao, unas pastas, y al trabajo. Al mediodía solía salir del laboratorio por un ratito, para venir aquí y comer la rebanada de pan negro y queso que Frau Ritter había envuelto con papel encerado y metido en su bolsillo antes de que el profesor Kempfer saliera de la casa.

Pero eso había acabado, ahora. No la sinecura del gobierno; eso era sólo acabado trabajo para el viejo sabio que, al fin y al cabo, poseía la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro por su trabajo con respecto al detector de radar antisubmarino. Eso, por supuesto, había sido hacía quince años. Aun cuando no podían absolutamente dejar de darle una pensión, sin embargo nadie esperaba nada de un débil viejo que se ocupaba en el manejo de los aparatos que le habían dado para que se entretuviera con ellos.

Y tenían razón, sin duda. Nunca saldría nada de eso. Pero lo otro...

Eso estaba acabado, ahora. Después de este último pequeño descanso se retiraría a su

laboratorio de la Himmlerstrasse y daría el paso final. Por tanto ahora podía permitirse recrearse y sentir el calor del sol.

El profesor Kempfer sonreía con cansancio a la luz del sol. El bueno y constante sol, consideraba, que da de por sí a todos, sin que tenga importancia quiénes somos o dónde estamos. Primavera... abril de 1958.

¿Habían realmente transcurrido quince años... y dieciséis años, desde la terminación de la guerra? No parecía posible. Pero después un día había sido exactamente igual que otro para él, con sólo una luz eléctrica en el sótano donde estaba su verdadero apresto, una luz eléctrica que nunca le decía si era el mediodía, la mañana o la noche.

¡Me he convertido en un troglodita!, pensó con repentina comprensión. He olvidado pensar en términos de tiempo sucesivo. ¡De qué modo me he engañado a mí mismo!

¿Había realmente estado viniendo aquí, a este escabel, cada distinto día durante quince años? ¡Imposible! Pero...

Contó con los dedos. 1940 era el año en que Inglaterra se había rendido, con su fuerza aérea destruida y la Luftwaffe haciendo volar la protección aérea para la rápida invasión. Había sido enviado a Inglaterra a fines de ese año, para inspeccionar la remesa a su país del radar de onda ultracorta desde la escuela de guerra antisubmarina de la real armada. Y 1941 era el año en que las lanchas U establecieron un firme dominio en el Atlántico. 1942 era el año en que los rusos perdían en Stalingrado. Morían de hambre por millones, y se rendían a una Wehrmacht alimentada con cargamentos de carne de vaca argentina. 1942 fue el fin de la guerra, ciertamente.

Así había sido todo ese tiempo.

Me he convertido en un abstraído viejo, te dijo con atontamiento. Tan atareado conmigo mismo y el mundo ha pasado por el lado, mientras que yo estaba sentado aquí y podía haberlo observado, si me hubiese tomado la molestia. El mundo...

Sacó el sándwich del bolsillo de su chaquet, lo desenvolvió, y empezó a comer. Pero después de los primeros bocados lo descuidó, y lo mantuvo en una mano mientras miraba ciegamente en frente de él.

Sus pálidos y movedizos labios se alinearon en una torcida sonrisa. El mundo, el vigoroso y joven mundo, tan pleno de energía, tan resuelto... mientras yo trabajaba en mi sótano como algún bolchevique soñando en una fantástica bomba que destruiría a todos mis enemigos de un golpe.

Pero lo que poseo no es una bomba, y no tengo enemigos. Soy un respetado ciudadano del más grande imperio que el mundo haya conocido jamás. Hitler hace trece años que murió en un accidente automovilístico, y el nuevo canciller es una diferente clase de hombre. Nos ha prometido no hacer ninguna guerra contra los norteamericanos. Tenemos paz, y triunfo, y estos crean una diferente clase de atmósfera de lo que hacen la guerra y la desesperación. Nos hemos mitigado, ahora. Tenemos el fruto de nuestra victoria; ¿qué no tenemos, en nuestro imperio de mil años? La civilización occidental está salva al fin de las hordas del Este. Nuestro futuro está asegurado. No hay nada, nadie que combatir, y estos jóvenes que pasean por ahí no han conocido nunca la duda de un momento, la interrogación de un instante respecto a su lugar en un mañana perpetuamente brillante. Pronto moriré, y el resto de nosotros que conocieron los viejos tiempos morirán bastante temprano. Todo ello pertenecerá a los jóvenes, todo este mundo perdurable. Les pertenece ya. Es sólo que algunos de nosotros, los viejos, todavía no nos hemos quitado enteramente de en medio.

Miró afuera a los paseantes grupos. ¿Cuántos años pueden quizá quedarme? ¿Tres? ¿Dos? ¿Cuatro? Podría morir mañana.

Se estuvo absolutamente quieto por un momento, escuchando el lento paso de la espesa y vieja sangre por sus venas, el ligero vuelco del corazón. Le dañaba los ojos mirar. Le dañaba la garganta respirar. La piel de las manos era como manchado papel viejo.

Quince años de trabajo. Quince años dentro de un sótano construyendo lo que había construido, ¿para qué? ¿Iba su aparato a transformar nada? ¿Quitaría ni siquiera un ápice de este imperio? ¿Modificaría el modo de vivir de siquiera un solo ciudadano de ese brillante día de mañana?

Este mundo continuaría exactamente como era. Nada se alteraría en modo alguno. Así, ¿para qué había trabajado? ¿Para sí mismo? ¿Para este ajado pellejo de un hombre?

Considerado bajo ese aspecto, se parecía a un hombre muy estúpido. Estúpido, necio... monomaniaco.

Dios mío, pensó con una furia de terrible intensidad, ¿voy ahora a persuadirme, a inducirme a mí mismo a no usar lo que he construido?

Porque todos estos años había trabajado, trabajado diligentemente... sin parar, sin reflexionar.

Ahora, en este primer momento de reposo, ¿iba de repente a desechar todo eso?

Un fornido cuerpo se posó sobre el banco, junto al profesor Kempfer. -Jochim - dijo la complaciente voz. -¡Ah, Georg! - exclamó el profesor Kempfer con turbada risa, levantando la vista - Me ha asustado.

El doctor profesor Georg Tanzler soltó una cordial carcajada.

-¡Oh, Jachim, Jochim! - rió entre dientes, moviendo la cabeza - ¡Qué tipo es usted! Mil veces lo he encontrado aquí al mediodía, y cada vez parece como si ello lo sobrecogiera. ¿Qué está meditando, aquí en su escabel?

-Oh, no sé - dijo suavemente el profesor Kempfer, dejando vagar la vista -. Miro a la juventud. -A las chicas... el codo de Tanzler penetró picaramente en el costado del profesor Kempfer -. A las chicas, ¿eh Jochim?

Se corrió un velo sobre los ojos del profesor Kempfer.

-No - susurró -. Nada de eso. No.

-¿Qué, pues?

-Nada - dijo débilmente el profesor Kempfer - No miro nada.

-Bien - declaró con precisión Tanzler, de repente más serio -. Pensaba que era así. Todos saben que usted está trabajando día y noche, aun cuando no hay ninguna necesidad de ello - y exhumó una risita -. No tenemos ninguna gran prisa ahora. No es como si nos apremiara alguien. Los australianos y los canadienses están cercados por nuestra armada. Los americanos están muy ocupados en Asia. Y su proyecto, sea lo que fuere, no ayudará a nadie si usted se mata con trabajo excesivo.

-Usted sabe que no hay ningún proyecto - susurró el profesor Kempfer -. Usted sabe que todo ello es sólo activo trabajo. Nadie lee mis informes. Nadie revisa mis resultados. Me entregan el equipo que pido, y no prestan atención, mientras no sea demasiado. Usted sabe eso muy bien. ¿Por qué pretender lo contrario?

Tanzler se chupó los labios. Luego se encogió de hombros.

-Bien, si uno se hace cargo, se hace cargo - dijo alegremente.

Luego cambió su expresión otra vez y puso la mano sobre el brazo del profesor Kempfer, de un modo amistoso -. Jochim. Han sido quince años. ¿Debe procurar todavía sepultarse?

-Dieciséis, rectificó el profesor Kempfer, y en seguida se dio cuenta de que Tanzler no estaba recordando el fin de la guerra. Dieciséis años desde entonces, ciertamente, pero quince desde que murió Marthe. ¿Sólo quince?

He de aprender a pensar en términos de tiempo

consecutivo otra vez. Se dio cuenta de que Tanzler estaba esperando una respuesta, y mostró un encogimiento de hombros.

-¡Jochim! ¿Me ha estado escuchando?

-¿Escuchando? Por supuesto, Georg.

-¡Por supuesto! - resopló Tanzler, mientras que sus bigotes se agitaban -. Jochim - dijo categóricamente -, no es como si fuéramos jóvenes, lo reconozco. Pero la vida continúa, hasta para nosotros, viejos gastados - Tanzler era cabalmente cinco años más joven que Kempfer -. Debemos mirar hacia adelante... debemos vivir para un futuro. No podemos sumirnos en el pasado. Tengo por cierto que usted estaba muy encariñado con Marthe. Todo hombre está encariñado con su esposa, eso no hay que decirlo. Pero, ¡quince años, Jochim! Ciertamente, es justo apesadumbrarse. Pero afligirse, de tal manera... ¡esto no es bueno!

Una viva chispa soflamó por entre las quietas barreras que el profesor Kempfer había creído perfectas.

-¿Estuvo usted alguna vez en un campamento. Georg? - demandó, temblando con reprimida violencia.

-¿En un campamento? - Tanzler quedó desconcertado -. ¿Yo? ¡Por supuesto que no, Jochim! Pero... pero usted y Marthe no estaban en un verdadero *lager...* Era apenas un... un... Bien, ¡estaban bajo la protección del Estado! ¡Al fin y al cabo, Jochim!

-Pero Marthe murió - dijo obstinadamente el profesor Kempfer -. Bajo la protección del Estado.

- ¡Ciertamente ocurren estas cosas, Jochim! Al fin y al cabo, usted es un hombre razonable. Marthe, con tuberculosis... hasta las sulfamidas tienen sus limitaciones. ¡Eso podía haberle ocurrido a cualquiera!

-Marthe no tenía tuberculosis en 1939, cuando fuimos colocados bajo la protección del

Estado. Y cuando finalmente dije que sí, que iría a trabajar para ellos, y me entregaron el detector de radar para que me ocupara de él, me aseguraron que Marthe tenía sólo una pequeña congestión de los bronquios y que tan pronto como estuviera bien la traerían a casa. Y la guerra terminó, y no la trajeron a casa. Me concedieron la Cruz de Caballero, que me fue entregada por el propio Hitler, personalmente, pero no trajeron a Marthe a casa. Y la última vez que fui al sanatorio para verla, había muerto. Lo pagaron todo, me dieron este laboratorio, una vivienda, ropa y vituallas, con una excelente ama de llaves, pero Marthe había muerto.

-¡Quince años, Jochim! ¿No nos ha perdonado? -No. Por breve tiempo, actualmente - hace poco - creí que podría. Pero... no.

Tanzler sacó los labios y los agitó con un exhalado soplo.

-Bien - dijo -. ¿Qué va usted a hacernos por ello?

-¿A ustedes? - dijo el profesor Kempfer, moviendo la cabeza -. ¿Qué les haría a ustedes? Los hombres que arreglaron estas cosas murieron todos, o están muriendo. Aun cuando tuviera algún medio para perjudicar al Reich - y no lo tengo - ¿cómo podría hacer caer mi venganza sobre estos niños - y miró hacia los jóvenes transeúntes -. ¿Qué soy yo para ellos, o ellos para mí? No... no, no voy a hacerles nada a ustedes.

-Si no va a hacernos nada a nosotros - dijo Tanzler, arqueando las cejas y juntando las gruesas puntas de sus dedos -, luego, ¿qué va a hacerse a usted mismo? -Voy a marcharme.

Ya el profesor Kempfer se avergonzaba de su estallido. Sentía que había controvertido su carácter esencial. Un hombre de ciencia, al fin y al cabo - un hombre pensador y razonante - no podía permitirse descender a planos sentimentales. El profesor Kempfer estaba turbado, pensando que Tanzler pudiera creer que esta clase de desliz era característico de él.

-¿Quién soy yo - intentó explicar -, para juzgar los méritos de toda una nación, de un imperio? ¿Quién es uno, para determinar el bien y el mal? Miro a estos muchachos, y los envidio de todo corazón. Ser joven; encontrar todo el mundo acondicionado de una ordenada manera para el particular provecho de uno; haber sido colocado sobre una tabla flotante, libre para hender la cresta de la ola para siempre, y nunca tener que nadar en absoluto! ¿Quién soy yo, Georg? ¿Quién soy yo?

»Pero no me gusta esto. Por tanto, me marcho.

Tanzler lo miró enigmáticamente.

-A Carlsbad. Por las aguas radioactivas. Muy saludable. Iremos juntos - empezó a manosear el brazo del profesor Kempfer con gran cordialidad -. ¡Una idea magnífica! Haré reservar los asientos para el tren de la mañana. Gozaremos de unas vacaciones, ¿eh, Jochim?

-¡No! - El profesor Kempfer se puso de pie con forcejeo, quitando la mano de Tanzler de su brazo -. ¡No!

Se tambaleó cuando Tanzler cejó. Comenzó a andar de prisa, más de prisa de lo que hiciera durante años. Miró por encima del hombro, y vio a Tanzler andando pesadamente detrás de él.

Comenzó a correr. Levantó un brazo.

-¡Taxi! ¡Taxi!

Se dirigió hacia la orilla de la acera bamboleando, mientras los jóvenes paseantes lo miraban con asombro.

Atravesó precipitadamente el laboratorio del piso bajo, su corazón latiendo de una manera desatinada. Tenía los ojos fijos en la lisa puerta gris de la escalera de incendios, y tentó en el bolsillo de los pantalones buscando la llave. Tropezó con una banqueta y los aparatos se volcaron con estrépito. En la puerta, se tuvo firme y, usando las dos manos, introdujo la llave en la cerradura. Una vez hubo pasado la puerta, la cerró de golpe y con la llave de nuevo, escuchando el bronco silbido de su aliento en las ventanas de la nariz

Luego, bajó la escalera de incendios con fuertes pisadas, lleno de confusión. Tanzler estaría junto a un teléfono, en alguna parte. Quizás la policía del Estado estaba afuera en las calles, en sus coches, viniendo aquí, ya.

Abrió la puerta del sótano de un tirón, y la acerrojó detrás de él en la oscuridad antes de que encendiera las luces. Con el pecho doliente, se atesó sobre sus separados pies y miró al débil resplandor de amarilla luz sobre los astilleros de vitrinas de metal gris. Se alzaban cerca de él como los bloques de un templo maya, con cuadrantes por entalladuras y luces-piloto por preseas; y anduvo por el estrecho pasillo entre ellas, lenta y quietamente ahora, como un postrero y enervado acólito. Mientras caminaba tiraba varillas, y las vitrinas comenzaron a resonar en coro.

El pasillo lo condujo, irrevocablemente, al punto focal. Descifró lo que los discos del tablero principal le decían, y observó el electrómetro.

-¡Si discurren abrir los corta circuitos del edificio!

¡Si disparan a través de la puerta!

¡Si yo no tenía razón!

En este momento había gente golpeando a la puerta. Desesperadamente, hizo girar el conmutador de incendio.

Hubo un estremecimiento galvánico, medio dolor, medio gozo, mientras el tipo de vibración de los átomos de su cuerpo era alterado en un grado infinitesimal. Luego se halló en densa oscuridad, respirando enmohecido aire, mientras todas las partes de su equipo que habían estado incluidas dentro del campo de operación caían al suelo.

Detrás de él, no dejó nada. Los esenciales resistidores habían, de propósito, salido con él. El recargado apresto del laboratorio del sótano comenzaba a heder y arder bajo la oleada de plena potencia, y a escupirle al rostro a Georg Tanzler.

El sótano en el que estaba no era idéntico a aquel del cual había salido. Eso sólo podía significar que en este Berlín, algo serio había ocurrido por lo menos a un edificio de la Himmestrasse. El profesor Kempfer buscó en la oscuridad con cansada paciencia hasta que encontró una puerta, y mientras lo hacía consideró la idea de que algún cataclismo, producido por el hombre o natural, hubiera terraplenado el terreno por docenas de metros encima de su cabeza, dejando sólo esta cavidad de vacío hacía el interior de la cual le habían desviado sus aparatos.

Cuando finalmente encontró la puerta se apoyó en ella por algún tiempo, y después la abrió suavemente. No había nada excepto oscuridad al otro lado, y a su primer paso resbaló y cayó con brazos extendidos sobre un estrecho tramo de escalera, magullándose una cadena malamente. Encontró su firme posición de nuevo. Con tremulantes piernas subió despacio y tan silenciosamente como pudo, adhiriéndose a la áspera y recién aserrada madera de la baranda. No parecía poder coger el resuello. Tenía que tragar para hacer entrar el aire; y la oscuridad estaba atravesada de rojos torbellinos.

Llegó a la cima de la escalera, y dio con otra puerta. Había una dura luz gris que se escurría alrededor de ella; y escuchó atentamente, teniendo en consideración el ruido de succión y golpes rápidos del pulso en sus oídos. Cuando no oyó nada por largo rato, la abrió. Estaba ahora en el extremo do un largo pasillo guarnecido con puertas, y al final había otra puerta que daba a la calle.

Ansioso de salir del edificio, y sin embargo maldispuesto a abandonar tanto como conocía de este mundo, anduvo pasillo abajo con exagerada cautela.

Era un tosco edificio. La pintura de las paredes era barata, y el linóleo del pavimento se había puesto áspero en la superficie y estaba empandado. Había grietas en el enyesado. Todo era tosco; medio acabado, con pintura pegada encima, todo parduzco. Había números en las puertas, y manchadas esterillas de cuerda en frente de ellas. Era una casa de apartamentos, entonces; pero por la manera en que las puertas estaban apretadas casi la una contra la otra, las habitaciones tenían que ser no más que pequeñas alcobas.

Triste, pensó. Triste, triste... ¿quién vivirla en semejante lugar? ¿Quién acondicionaría una casa de apartamentos para gente de mediocres medios en este vecindario?

Pero cuando llegó a la calle, vio que era desigual, llena de altibajos, y estaba empedrada con guijarros, el empedrado mal apañado, y que todas las casas eran como esta - de aspecto gris, toscas, feas. No había un edificio que reconociera, ni un palo o una piedra de la Himmlerstrasse con su calzada de reciente cemento y sus jóvenes árboles creciendo a lo largo de la acera. Sin embargo sabía que él debía estar en el exacto lugar donde había estado - estaba - la Himmlerstrasse, y no podía comprenderlo en absoluto.

Comentó a andar en la dirección de la Unter Den Linden no estaba, ni mucho menos, seguro de que pudiera llegar hasta ella a pie, en su estado,

pero atravesaría las partes más familiares de la ciudad, y podría quizás tener alguna indicación de lo que había ocurrido.

Sospechaba que el mundo de las probabilidades al cual sus aparatos podrían muy fácilmente ajustarlo sería uno en el que Alemania hubiera perdido la guerra. Esa era una grande y dramática diferencia, y aun cuando había perfeccionado su trabajo tanto como podía, todo primer modelo de cualquier equipo estaba destinado a ser relativamente insensible.

Pero mientras continuaba, quedó pasmado y disgustado por lo que vio.

Nada era igual. Nada. Hasta el equipo de las calles había variado un poco. Había nuevos edificios en todas partes; nuevos edificios de un estilo y una hechura que los habían anticuado en atmósfera el día que fueron acabados Era la clase de total reedificación que él no tenía ninguna duda

de que los constructores obstinadamente proclamaban era «Buena como Nueva», porque decir que era buena como la del viejo Berlín habría sido atraer amargas sonrisas.

La gente de las calles era torva, de rostro gris, y tosca. Lo miraban a él y su traje con ojos faltos de expresión, y una vez una regordeta mujer que llevaba una bolsa de cuerdecita llena de macizos paquetes se volvió hacia su similar compañera y musitó mientras el profesor Kempfer pasaba que el hombre se parecía a un americano con su extravagante ropa.

¿Qué podía significar esto?

La expresión lo asustó. ¿Qué clase de guerra había sido, que todavía hubiera de odiarse a los americanos de Berlín de 1958? ¿Cuánto podía quizás haber durado, para dar razón de tantos viejos edificios desaparecidos? ¿Qué había golpeado a Alemania tan cruelmente? Sin embargo, hasta los «modernos» edificios tenían algunos años de existencia. ¿Por qué esa alusión a un americano? ¿Por qué no un inglés o un francés?

Recorrió las grises calles, mirando con una adormecida sensación de arraigante sobresalto a este torva Berlín. Vio hombres con desproporcionadas gorras de uniforme, pantalones pardos, botas baratas y ligeras camisas azules. Llevaban franjas en el brazo con la inscripción *Volkspolizei.* Algunos de ellos no se habían molestado en afeitarse esta mañana o ponerse nuevos uniformes. Los paisanos los miraban de soslayo y en seguida aparentaban no haberlos visto. Por una indefinible pero bien recordada razón, el profesor Kempfer pasó por el lado de ellos tan furtivamente como le fue posible.

Se agarraba a lo que percibía con los embotados recursos de su excesivamente fatigado intelecto, pero no había ningún punto de referencia con que empezar. Hasta se preguntaba si acaso la guerra estaba de algún modo todavía en desarrollo, con inimaginables alianzas e inconcebibles enemigos, con todos los recursos echados dentro de una cruel y tenaz lucha de la cual hubiera desaparecido toda expectativa de derrota y de victoria, y sólo un continuo y violento esfuerzo asomara desde lo futuro.

Luego dio la vuelta a la esquina y vio el macizo coche militar, y soldados con uniformes en forma de saco y estrellas rojas en los gorros. Estaban agrupados debajo de un letrero desgastado por la intemperie que decía, en alemán, por encima de unas cuantas líneas en indescifrables caracteres del alfabeto cirílico:

¡Atención! Están saliendo de la zona de ocupación de la U. R. S. S. Están entrando en la zona de ocupación norteamericana. Muestren sus documentos.

¡Dios santo! pensó retrocediendo. Los bolcheviques. Y estaba del lado de los soldados en la línea divisoria. Se desvió de rondón, pero no se movió por un momento. La piel de su rostro estaba tiesa. Luego comenzó a andar de prisa, de un modo desatinado, recorriendo de nuevo el camino que había seguido al venir.

No había penetrado en este mundo ciegamente. No se había atrevido a traer ningunos artículos de su vivienda, por supuesto. No, ciertamente, estando allí Frau Ritter para observarlo. Tampoco había esperado que sus reichsmarks sirvieran para nada. Se había preparado para esto llevando dos sortijas con diamantes engastados. Había esperado tener que bajar al distrito de las joyerías antes de que pudiera empezar a establecerse en este mundo, pero no había previsto ninguna nueva dificultad.

Había supuesto que Alemania tenía que perder la guerra. Alemania había perdido otra guerra dentro del curso de su vida, y quince años después se habría necesitado una investigación para que un hombre en su actual situación lo descubriera.

El profesor Kempfer lo había pensado, despacio, sistemáticamente. No había imaginado que un puesto de inspección soviético pudiera estar situado entre él y el distrito de las joyerías.

Estaba aumentando el frío, mientras la tarde se asentaba. No había sido un día tan cálido para empezar, suponía, como lo había sido en su Berlín. Se preguntaba cómo sería, que el perder una guerra Alemania pudiera alterar el tiempo, pero lo importante era que él estaba temblando. Estaba empezando a llamar la atención, no sólo por su traje, sino por su carencia de abrigo.

No tenía ahora ningún lugar para ir, ningún sitio para pasar la noche, ningún medio para conseguir provisiones. No tenía documentos, y ningún conocimiento de dónde obtenerlos o qué clase de manejo se requeriría para mantenerlo libre de prisión. Supuesto que algo pudiera librarlo de ser detenido Por los rusos.

El profesor Kempfer empezó a andar con pasos lentos; su cuerpo estaba combado y entumecido. Cada vez más transeúntes lo estaban mirando vivamente. Pudieran percibir por instinto que era un hombre perseguido. No se atrevía a mirar al ocasional policía.

Era un viejo. Había corrido hoy, y temblando de nerviosa expectación, y puesto fin al trabajo de quince años, y todo ello había sido un angustioso error. Sentía que su corazón comenzaba a latir forzadamente en sus oídos, y percibía unos palpitantes vuelcos dentro del pecho. Se detuvo, y tambaleó, y entonces se violentó para atravesar la acera de suerte que pudiera apoyarse en un edificio. Atesó la espalda y dobló las rodillas un poquito, dejando que las manos colgaran a sus costados.

Le ocurrió la idea de que había un escape para él hacia el interior de un mundo mayor. Sus omoplatos descendieron algunos centímetros raspando contra la pared.

Había gente observándolo. Lo cercaban a una distancia de unos dos metros, mirándolo con casi pueril curiosidad. Pero había algo en ellos que hacía que el profesor Kempfer se extrañara de las circunstancias que podían producir tales criaturas. Mientras pensaba en ellos, consideró que quizás todos querían ayudarlo; eso explicaría que no continuasen, para dirigirse a su trabajo. Pero esa gente no sabía qué clase de complicaciones pudiera acarrearles su ayuda, excepto que habría ciertamente complicaciones. Por tanto, ninguno se acercaba al profesor Kempfer. Se juntaban alrededor de él, observando, en un tropel que momentáneamente atraía un *volkspolizier.*

Los miró mudamente, respirando tan bien como podía, con las palmas de las manos planas contra la pared. Había rechonchas viejas, hombres de anchos hombros, jóvenes de rostros contraídos, y muchachas de una incalculable sapiencia en los ojos. Y había una mujer más vieja, semejante a un pájaro, que avanzaba con presteza a lo largo de la acera, mirándolo singularmente, luego pasando por el lado aprisa, rodeando al gentío...

Había una posibilidad de escape hacia este mundo que el profesor Ketnpfer no se había permitido considerar. Se alejó de la pared, dispersando a la multitud como si hubiera sido impelida por una fuerza física, y se dirigió bamboleando hacia la mujer que pasaba.

-¡Marthe!

La mujer giró, y su bolsa se deslizó al suelo. Acercó una mano a su boca, musitando por entre las junturas de los dedos:

-Jochim... Jochim... - el profesor Kempfer la agarró, y los dos se sostuvieron el uno al otro -- Jochim... los bombarderos norteamericanos te mataron en Hamburgo... ayer mandé dinero para que pusieran flores en tu sepultura... Jochim...

-Fue un error. Todo ello fue un error. Marthe. .. nos hemos encontrado...

De lejos, Marthe no había cambiado mucho por cierto. Observándola andar por el cuarto mientras él yacía, caliente y limpio, terriblemente cansado, en la cama, opinó para sí mismo que su esposa no se había envejecido ni la mitad que él. Pero cuando Marthe se inclinó sobre su marido con la taza de caliente sopa en la mano, él vio las claramente delineadas arrugas de su rostro, alrededor de los ojos y la boca, y cuando Marthe habló, el profesor Kempfer percibió el áspero tono de su voz.

¿Cuántos años?, pensó. ¿Cuántos años de soledad y aflicción? ¿Cuándo habían los norteamericanos bombardeado Hamburgo? ¿Cómo? ¿Qué clase de aviones podían bombardear a Alemania desde bases del hemisferio occidental?

Tenían tanto que explicarse el uno al otro. Mientras Marlhe estaba ocupada en acomodar a su marido, las preguntas pasaban rápidamente entre ellos.

Y el profesor Kempler iba explicándose:

Fue algo que encontré. La teoría de mundos de probabilidades, de universos alternativos. Suponiendo que la característica fuera una diferencia de vibración atómica - pequeña, comprendes; casi infinitamente pequeña - suponiendo que en alguna parte del denso universo tiene que verificarse toda posible variación de todo acaecimiento - luego si se pudiera hallar algún medio para alterar la proporción de vibración dentro de un campo, todo objeto de ese campo se haría automáticamente parte del universo correspondiente a esa proporción de vibración...

»Marthe, puedo aburrirte más tarde. Cuéntame sobre Hamburgo. Explícame cómo perdimos la guerra. Infórmame sobre Berlín.

Escuchó mientras Marthe le explicaba cómo sus enemigos los habían cercado; cómo las vastas y blancas extensiones de Rusia habían tragado a sus hombres, y los incendiarios bombarderos británicos habían matado alevosamente a los niños durante la noche. Cómo la Wehrmacht se batió, sin cesar, y, dando golpe por golpe, aplastó a sus enemigos vez tras vez, hasta que todos los mejores soldados murieron. Y cómo los norteamericanos con sus dólares, habían echado innumerables toneladas de armamento para compensar su incapacidad para batirse. Cómo, al fin, las buitreras escuadras de bombarderos habían atravesado el cielo con estruendo, sin parar, matando, matando, hasta que todos los hogares alemanes y todas las familias alemanas habían sido destruidas. Y cómo ahora los americanos, con su infernal bomba que había matado cien mil paisanos japoneses, ahora

cruzaban el mundo de un tranco y trataban de intimidarlo, con sus bombas y sus dólares, para llevarlo a una final sumisión.

¿Cómo?, pensó el profesor Kempfer. ¿Cómo podía haber ocurrido tal cosa?

Lentamente, juntó los detalles, mortificado por encontrarse molesto cuando Marthe interrumpía con constantes preguntas sobre su Berlín y especialmente sobre su equipo.

Y, juntados los detalles, la cosa todavía se rehusaba a parecer lógica.

¿Cómo podía nadie creer que Goering, frente a todo buen juicio, lanzara a la Luftwafe, en vez de enviarla a destruir las bases de la R. A. F. como habían proyectado primero, a un ridículo ataque sobre las ciudades inglesas? ¿Cómo podía nadie creer que los científicos alemanes expertos en electrónica pudieran porfiadamente negarse a admitir que el radar de onda ultracorta fuera práctico? - negarse a admitido, aun cuando los aviones de caza de los aliados estaban descubriendo submarinos salidos a la superficie, de noche, con terrible exactitud.

¿Qué especie de mundo de pesadilla era este, con Alemania dividida y los rusos con dominio sobre Europa, con dominio sobre Asia, tratando de llegar al Oriente Medio que ningún ruso, ni siquiera los soñantes zares, habla seriamente espejado alcanzar jamás?

-Marthe... tenemos que salir de este lugar. Tenemos que hacerlo. Tendré que reconstruir mi aparato.

Sería increíblemente difícil. Trabajar secretamente como debía hacerlo, amontonar componentes; aun ahora que el trabajo había sido hecho una vez, tomaría varios años.

El profesor Kempfer buscó dentro suyo para hallar la energía que necesitaría. Y no estaba allí. Sencillamente había desaparecido, se había agotado, consumido, gastado.

-Marthe, tendrás que ayudarme. He de tomar una parte de tu energía. Necesitaré tantas cosas... documentos de identidad, alguna clase de trabajo de modo que podamos comer, dinero para comprar avíos... - su voz se apagó. Era tanto, y le quedaba tan poco tiempo. Sin embargo, de algún modo, habían de hacerlo.

Una desesperanza, una sensación de inevitable derrota, lo invadía. Era este mundo. Lo estaba envenenando.

-Cállate, Jochim - dijo Marthe, tocándole la frente con la mano -. Duérmele. No te inquietes. Todo es satisfactoriamente, ahora. ¡Pobre Jochim qué horroroso aspecto tienes! Pero todo irá bien. He de volver al trabajo, ahora. Estoy con horas de retraso ya. Vendré tan pronto como pueda. Duérmete Jochrm.

El profesor Kempfer exhaló el aliento con un largo y fatigado suspiro. Hizo un movimiento y tocó la mano de su esposa.

-Marthe...

Despertó al apacible estímulo de Marthe. Antes de que abriera los ojos había quitado de su hombro la mano de Marthe y la había apretado estrechamente. Martha dejó que el contacto se demorara por un momento, luego lo interrumpió suavemente.

-Jochim... mi superior del Ministerio está aquí para verte.

El profesor Kempfer abrió los ojos y se incorporó.

-¿Quién?

-El coronel Lubintsev, del Ministerio de Gobernación de la nación, donde yo trabajo. Le gustaría hablarte - Marthe tocó a su esposo de una manera tranquilizadora -. No te preocupes. Todo va bien. Le hablé... le expliqué. No está aquí para prenderte. Está esperando en la otra habitación.

El profesor Kempfer miró a Marthe mudamente, y se las arregló para decir poco después:

-Tengo... tengo que vestirme.

-No... no, quiere que te quedes en la cama. Sabe que estás agotado. Me pidió te asegurara que todo iría bien. Permanece en la cama. Lo iré a buscar.

El profesor Kempfer se tendió de nuevo. Levantó la vista hacia el techo sin mirar, hasta que oyó el ruido de una silla que era acercada a su lado, y entonces lentamente volvió la cabeza.

El coronel Lubintsev era un hombre rechoncho y coloradote, con grises cerdas en el pericráneo. Tenía una sonrisa asombrosamente juvenil.

-Doctor profesor Kempfer, me honro en conocerlo - dijo -. Lubintsev, coronel, designado como consejero en el Ministerio de Gobernación de la nación - tendió la mano solemnemente, y el profesor Kempfer la estrechó con un consciente esfuerzo.

-Tengo gusto en conocerlo - masculló el profesor Kempfer.

-No hay de qué, doctor profesor. No hay de qué. ¿Tiene inconveniente en que fume?

-Sírvase hacerlo.

El profesor Kempfer observó al coronel, el cual acercó un encendedor a un largo cigarrillo mientras Marthe prontamente encontraba un platillo para cenicero. El coronel dio las gracias a Marthe con una inclinación de cabeza, dio una chupada al cigarrillo, y se dirigió al profesor Kempfer mientras que Marthe se sentaba en una silla junto a la distante pared.

-He examinado su dosier - dijo el coronel Lubintsev -. Es decir - con una sonrisa -, nuestro dosier sobre su última contraparte. Veo que usted dispone las fotografías tan bien como podía esperarse. Tendremos que hacer una nueva identificación, por supuesto, pero más bien creo que será una formalidad - y sonrió otra vez -. Estoy enteramente dispuesto a aceptar su historia. Es demasiado fantástica para no ser real. Por supuesto, algunas veces los agentes extranjeros escogen sus relatos de primera página con esa idea en consideración, pero no en este caso, creo. Si lo que le ha ocurrido a usted pudiera ocurrirle a algún hombre, nuestro dosier indica que Jochin Kempfer bien podría ser ese hombre - de nuevo, apareció la sonrisa -. Con cualquier contraparte.

-Ustedes tienen un dosier - dijo el profesor Kempíer.

-Oh, ciertamente - las cejas del coronel Lubintsev subieron, con una complacida mueca -. Cuando libertamos a su nación, sabíamos exactamente lo que los científicos se merecían de nuestra ayuda en su trabajo, y donde encontrarlos. Teníamos laboratorios, agendas de proyectos, viviendas - ¡todo! - preparadas para ellos. .Pero he de reconocer, no creíamos» que pudiéramos nunca acomodados a ustedes.

-Pero ahora pueden.

-¡Ciertamente! - otra vez, el coronel Lubintsev sonrió como un muchachito con gran diversión de reserva -. ¡Las posibilidades de su invento son tan infinitas como el universa! Piense en la enorme ayuda a la gente de su nación, por ejemplo, si pudieran proveerse de utensilios mecánicos y avíos de lugares tan variados como ese del que usted acaba de salir - el coronel Lubintsev aguó el cigarrillo -. O si, cuando los americanos nos ataquen, podamos transportar bombas de un mundo donde la revolución es un hecho consumado, y hacerlas aparecer en Norteamérica con esto.

-¡Marthe! - dijo el profesor Kempfer, incorporándose en la cama -. Marthe, ¿por qué me has hecho esto?

-Cállate, Jochim - dijo Marthe -. Por favor. No te fatigues. No te he hecho nada. Tendrás asistencia, ahora. Podremos vivir juntos en una bonita casa de campo, y tú podrás trabajar, y estaremos juntos.

-Marthe...

-Por favor, Jochim - Marthe movió la cabeza, los labios fruncidos remilgadamente -. Los tiempos han cambiado mucho aquí. Expliqué al coronel que tu cabeza probablemente estaba todavía llena de la vieja propaganda nazi. Él comprende. Aprenderás a considerarla por lo que era. Y ayuda, así a reponer a los americanos en su lugar - sus ojos de repente se llenaron de lágrimas -. Todos los años iba a visitar tu sepultura con tanta frecuencia como podía. Todos los años pagué por las flores que mandaba comprar, y todos los años te lloré.

-¡Pero estoy aquí, Marthe! ¡Estoy aquí! No he muerto.

-Jochim, Jochim - dijo suavemente --. ¿He de haber sufrido toda mi aflicción para nada?

-He traído conmigo a un perito técnico - prosiguió el coronel Lubintsev, como si nada hubiera ocurrido -. Si usted quiere decirle qué ayuda necesitará, podemos comenzar el trabajo preliminar inmediatamente - y se puso de pie -. Lo haré entrar. Yo mismo he de irme - apagó el cigarrillo, y tendió la mano -. Ha sido un honor, doctor profesor Kempfer.

-Ciertamente - susurró el profesor Kempfer -. Ciertamente. Un honor - alzó la mano y la empujó hacia la del coronel, pero no pudo sostenerla bastante tiempo para alcanzarla. La mano retrocedió hacia la colcha, torpemente, y el profesor Kempfer no pudo hallar la energía suficiente para impulsarla -. Adiós.

Oyó salir al coronel con unas cuantas susurradas palabras para Marthe. Estaba muy fatigado, y oyó sólo una especie de zumbido.

Volvió la cabeza cuando entró el perito técnico. El hombre estaba lleno de vehemencia, de entusiasmo.

-¡Jochim! ¡Esto es asombroso! Qu[i]zás debiera presentarme a mí mismo. Trabajé con su contraparte durante la guerra; éramos muy buenos amigos. Soy Georg Tanzler. ¡Jochim! ¿Cómo está usted?

El profesor Kempfer levantó la vista. Miró a través de una densa y apretada niebla, y percibió que su corazón se disponía a pararse. Sus labios se encarrujaron.

-Creo que me voy otra vez, Georg - musitó.

UN MUNDO ARDIENTE

I

Pasaron en frente de hileras de abandonadas oficinas del último edificio gubernamental del mundo; dos hombres que parecían ser muy diferentes, pero los cuales tenían decisivas semejanzas.

Josef Kimmensen tenía unos labios llenos, adiestrados para fijarse en una apretada y tenue línea; y unos ojos brillantes e inteligentes. Era alto y parecía delgado, sin embargo no lo era. Tenía casi sesenta años, su juventud y su niñez habían sido tales que actualmente su cuerpo era viejo por sus años y no obstante poseía un sólido y estrechamente ajustado mecanismo de hueso y fibra muscular.

O lo había poseído, hasta hace una hora. Luego le había fallado; y su único pensamiento de ahora era impedir que Jem Bendix adivinara cuan cerca estaba de la muerte.

Jem Bendix era un joven, de unos veinticinco años, con una ancha y afable sonrisa abierta y un paso vivo. Su voz, cuando hablaba, era baja y regulada. Era el hombre que Josef Kimmensen había escogido para sustituirlo como presidente de la Confederación de los Hombres Libres.

El mismo edificio había sido abandonado temporalmente por el antiguo régimen. Era quizás infortunado - Kimmensen frecuentemente, había debatido la cuestión consigo mismo - exponerse a las peligrosas asociaciones que se adherían a este edificio. Pero un edificio es sólo un edificio, y el polvo de los años ahoga el pasado en alto grado. Valía más trabajar ahí que erigir una nueva serie de oficinas. Pudiera parecer un despilfarro abandonar un edificio todavía nuevo, y eso quizás tendería a hacer que la gente se demorara después que sus tareas se hubiesen acabado. La pila de crujientes ladrillos y revestimientos de mármol desconchados estarían cayendo en un montón, pronto, y el reducido cuerpo que todavía trabajaba ahí no podía menos de ser consciente de ello. Era probablemente una influencia muy provechosa.

Atravesaron la rotonda cubierta de cúpulas, con sus columnas, sus resonantes alcobas, y los pedestales de mellada superficie de donde habían sido quitadas a golpes de macho las estatuas del antiguo régimen. La rotonda era sombría, su claraboya oculta bajo el cieno transportado por la lluvia y las apiladas hojas de los árboles de la ladera. Había agua encharcada en el cariado suelo de mármol, debajo de donde la guisa de la claraboya desapareciera.

Kimmensen dejó las cartas del día con el empleado encargado de la correspondencia, y él y Bendix salieron a la plaza, donde estaba preparado su avión. Alrededor de la plaza, la maleza estaba trepando más apretadamente cada año, y las serpas de enredaderas estaban oscureciendo la áspera

precisión del canto de hormigón. A todos lados, los montes se elevaban hacia el pálido sol, con sus escarpados lados encapotados con nieve y macizos herbajes de azulada siempreviva. Había una ligera brisa en la clara atmósfera, y un sabor de savia de abeto.

Kimmensen respiró profundamente Adoraba estos montes Había nacido en las cálidas tierras bajas donde la sanare de un hombre no rebullía tan fácilmente ni fluía tan vigorosamente por sus venas Hasta el aire aquí era aire de libertad.

-¿Ha surgido algo importante en su trabajo, hoy, Jem"? - preguntó mientras subían al avión.

-No sé - dijo Jem, encogiéndose de hombros, inseguro - Nada que sea urgente por el momento Pero pudiera quizá desarrollarse y transformarse en algo de importancia Pienso hablarle de ello después de la cena ¿Le ha informado Salmaggi de que una de nuestras familias fue quemada cerca de la frontera del noreste?

-No - Kimmensen movió la cabeza y apretó los labios - No he tenido tiempo de verle hoy.

Quizá debiera haberlo hecho Pero Salmaggi era e1 inevitable desajustado que de algún modo se desliza dentro de todo cuerpo administrativo Era un hombre bajo de estatura, grueso, tieso y chillonamente discutidor, que se aumentaba de alarmas como un gorrión De alguna manera, por elección tras elección, se las había arreglado para ser elegido como Consejero para el uso de la tierra. Supuestamente, sus obligaciones estaban limitadas a ayudar a los antiguos distritos agrícolas a mudar para alimentos sintéticos Pero esta 1imitación no había cortado su entremetida y chismosa índole Las consultas con él estaban llenas de desviaderos hacia la política, de alarmismos, e hirvientes declamaciones sobre cosas tales como la ocasional familia encontrada quemada.

Kimmensen desesperaba de hacer nunca comprender la nueva sociedad a los tipos políticos chapados a la antigua como Salmaaai Kimmensen, además, podía sentir pesadumbre al pensar en casa solariegas arrasadas, en gente muerta en el medio que habían escogido para construir. Era penoso - terriblemente penoso - pensar en ello; demasiado fácil imaginar que cada una pudiera ser su propia casa. Demasiado fácil encontrarse con los carbonizados rescoldos y sentir que había sido hecha una horrible cosa, sin tomarse tiempo para considerar que quizás esta familia había abusado de su libertad. El sentimiento era lo fácil. Pero la lógica le recordaba a un hombre que alguna gente era pendenciera, que algunas personas se empeñaban en vivir la vida de sus vecinos, que algunas personas eran agresivas.

Había gente con códigos de moral a los que se adherían y conforme a los cuales vivían, gente que daba culto a lo que consideraba ser el único modo ortodoxo, gente que se adhería a alguna idea - a alguna roca en la cual se apoyaban sus vidas. Santo y muy bueno. Pero si trataban de imponer estas reformas a sus vecinos, la paciencia pudiera sólo llegar hasta ahí, y la tolerancia al fanatismo durar apenas hasta ahí, también.

Entonces habría lucha otra vez.

Kimmensen suspiró mientras manoseaba la hebilla del cinturón de su asiento, cerró los contactos de potencia, y acopló unos mecanismos.

-Somos perseguidos por el pasado, Jem - dijo fatigosamente -. Salmaggi no puede abstenerse de pensar como un inspector. No puede aprender que las pendencias entre familias son asuntos de las familias - e hizo una señal cíe asentimiento para sí misma -. Es una cosa difícil de aprender, a veces. Pero si Salmaggi no lo hace, uno de estos días puede ser que no vuelva de sus brincos alrededor de esa área.

-Yo no me inquietaría - dijo Jem, con una señal de conformidad -. Pero Salmaggi me ha hecho saber que hay un sujeto que quiere juntar un grupo de hombres y meter un ejército en el noroeste. Este sujeto - se llama Anse Messer-Schmidt - está diciendo que estas cosas son incursiones de los del noroeste.

-¿Está recibiendo mucha ayuda? - preguntó pronto Kimmensen.

-No lo sé. No parece probable. Al fin y al cabo, los del noroeste son gente como nosotros.

Kimmensen frunció el entrecejo, y por un mal momento se asustó. Recordaba haber visto en su juventud - sólo hacía veintiocho años - a Bausch pavoneándose en frente de las aplaudidoras muchedumbres, vociferando de un modo histérico ante los enemigos que los rodeaban - los ejércitos del pueblo que acechaban al sur, al este, al noroeste; para Bausch, toda dirección de la brújula contenía enemigos. Frente a esos enemigos, debían ser reclutados poderosos ejércitos. Frente a esos enemigos, debía haber mando; firme mando: Bausch.

-¡Ejército sí! - prorrumpió -. El día que los hombres libres se organizan para invadir otra área es el día en que cesan de ser hombres libres. Se convierten en soldados, leales al ejército y a sus generales. Pierden la identificación con sus hogares y sus familias. Llegan a ser una clase aparte; una

armada y organizada clase de especialistas militares a la que ninguna familia puede hacer frente. Y en ese día, la libertad se extingue para todos.

»Usted me comprende, ¿verdad, Jem? Usted comprende cuan peligrosa puede ser un habla semejante a esta de Messerschmidt. - Kimmensen sabía que Bendix comprendía. Pero era doblemente importante estar doblemente seguro, ahora mismo.

Bendix hizo una señal de asentimiento, mientras que su viva y natural sonrisa se extendía por su rostro.

-Opino del mismo modo, Joe.

Y Kimmensen, mirándolo, conoció que Jem no mentía. Había observado a Jem en su desarrollo; había trabajado con él durante los últimos diez años. Pensaban del mismo modo; su lógica seguía los mismos e inevitables caminos. Kimmensen no podía recordar un solo caso en que discreparan sobre nada.

Y era el mejor apoyo para él.

El avión estaba a gran altura en el aire. Debajo de ellos, verdes florestas llenaban los valles, y la nieve de las cimas de los montes era roja a la luz del ocaso. Sobre los lados del este de las faldas, el crepúsculo arrojaba sus sombras. Kimmensen miró abajo a las porciones de abierto terreno, algunas todavía con mieses, otras ligeramente verdes de hierba frente al verde oscuro de los árboles. A distancia en el lejano oeste, el sol estaba medio hundido en el distante océano, y los postreros rayos sesgados de directa luz reflejados por los compactos tejados de las casas se anidaban debajo de los árboles.

«Ahí está el mundo - pensó Kimmensen -. Ahí está el mundo que conocimos en los tiempos anteriores a nuestra lucha por la libertad. Ahí está el mundo que Dubrovic nos dio, trabajando con el frío de su sótano, pareciéndose a un maniático gnomo, con su barba y su largo cabello; juntando circuitos a la luz de una vela, esputando sangre y muriendo de hambre. Ahí está el mundo que Anna y yo vimos juntos.

»Eso fue hace mucho tiempo. Yo tenía treinta y dos años, y Anna sus buenos treinta, con matices de plata en su fino cabello negro, antes de que fuéramos libres para erigir la casa y casarnos. Al fin, no fuimos tan afortunados como pensábamos, habiendo atravesado los años de lucha. Los médicos creían de veras que habían sacado todas las toxinas del cuerpo de Anna, pero, en fin, ella murió.

»Sin embargo, aquí está la cosa, o casi. No es dado a muchos hombres hacer que sus sueños se realicen en el curso de su vida.

La casa de Kimmensen estaba en la ladera de un monte, con su parte trasera al norte y paredes de cristal para captar el sol. Había un patio, y un césped. Kimmensen habla sido el primero en separarse de la vieja vida agrícola en esta área. No había ninguna razón por la cual a un hombre no le pudieran gustar los alimentos sintéticos lo mismo que las variedades naturales. Como tantas otras cosas, el adherirse a particulares combinaciones de los pocos sabores básicos era una cuestión de instrucción y nada más. Con Directa Energía para transformar los productos químicos para él, un hombre no estaba atado a unas vacas y a un arado.

El avión se posó en su sitio junto a la casa, y los dos hombres salieron y atravesaron el patio. Los esmeradamente cuidados pinos y cedros enanos en sus plantíos, eran purpúreas siluetas en frente del cielo. Kimmensen mostró el camino hacia el interior de la estancia, luego corrió el panel de cristal tras ellos.

La estancia estaba sombreada y casi oscura, a pesar del cristal. Kimmensen atravesó la suave y susurrante alfombrilla.

-Al parecer, Susanne todavía no ha vuelto a casa. Me dijo que iba a una tertulia esta tarde - respiró profundamente, con ansiedad -. Siéntese, Jem; le traeré una bebida mientras estamos esperando.

Manoseó el pie de una lámpara en una mesa de un extremo, y la habitación se avivó bajo un suave brillo de luz. El patio se volvió oscurísimo en comparación.

-¿Escocés con agua, Jem?

-Sólo una pizca, Joe - dijo Bendix, levantando un pulgar y dedo índice juntados -. Un poquito me basta con creces, usted sabe.

Kímmensen hizo una señal de asentimiento y entró en la cocina.

Los hornillos estaban reluciendo en la oscuridad, con las luces piloto brillando. Tocó el conmutador de la pared. Surgieron los paneles de luz, y Kimmensen sacó vasos del armario. Abriendo la espita del depósito de agua con hielo, movió la cabeza con resignada impaciencia.

Susanne debiera haber estado en casa. Poner la vianda en los hornillos y ajustar los reguladores no bastaba, por muy buena que fuese la comida - y Susanne era una excelente proyectista de comidas. Debía haber estado en casa, esperando para darles la bienvenida. Él no se habría preocupado tanto, pero Susanne sabía que Jem iba a estar aquí. Si Susanne tenía que acudir a la tertulia de esa muchacha, de Ennerlh, podía haber vuelto a casa temprano. Estaba injuriando a Jem.

Kimmensen abrió el refrigerador y echó cubos de hielo dentro de los vasos. Susanne no se gozaba en las tertulias. Siempre volvía a casa deprimida y callada. Sin embargo iba, malcarada, resuelta.

Movió la cabeza otra vez, y empezó a salir de la cocina. Se paró para mirar dentro de los hornillos, cada uno con su unidad de Directa Energía zumbando suavemente, cada uno haciendo su automático trabajo perfectamente. Una vez los preparados platos habían sido metidos dentro de los reguladores ajustados, podían dejarse que se vigilaran a sí mismos. Una operación seguía perfectamente a otra, con monitores de repuesto de alimentación que cambiaban las temperaturas en el momento en que un plato empezaba a ponerse tostado, con pares de termos y detectores de humedad constantemente alerta, rígidos dentro de un sistema exactamente equilibrado y todo hecho cabalmente de un modo perfecto.

Tocó los reguladores de la temperatura, ajustándolos de nuevo sólo un poquito para asegurarse, y salió, regresando a la estancia. Sacó del aparador la botella de cuidadosamente combinado «whisky» escocés, llenó dos tornasolados vasos, y se dirigió hacia Bendix.

-Aquí está, Jem - dijo. Y se sentó espasmódicamente, cayendo más bien que hundiéndose en el sillón.

Ansiar lo irritaba. No sentía ningún aflojamiento en su mente; su cerebro, estaba seguro, todavía podía rumiar un motivo del modo que siempre lo había hecho. No percibía ningún desecamiento de las células cerebrales, no había fibras mentales que se transformaran en quebradizos cordones.

Había sido afortunado, ciertamente. No muchos hombres habían salido ilesos de los años de lucha. Ahora su suerte se había escurrido, y eso era el fin de ello. Había muchos hombres dignos en toda la extensión del territorio. Ahora se uniría a ellos, no habiendo obrado mal. No había nada de que tuviera que avergonzarse, y una cantidad de posesiones por tranquilo orgullo, si había de ser dicha la verdad. Sin embargo, ello lo enojaba.

-Susanne debiera estar en casa en cualquier momento - gruñó.

-Tómelo con calma, Joe - dijo Jem, sonriendo -. Usted sabe cómo son estas muchachitas. Susanne probablemente tiene que esperar a que alguna otra esté dispuesta a irse, de modo que la muchacha pueda tener quien la acompañe hasta casa.

-Podía haber encontrado una manera para regresar a tiempo - gruñó Kimmensen -. Ofrecí dejarle coger el avión si quería. Pero, no; dijo que daría un paseo, que haría el viaje por carretera.

La confusa ira que siempre sentía para con Susanne hacía que su cabeza estuviera oscilando. La muchacha lo había incomodado mucho tiempo tocante al avión, desde que tenía dieciocho años. Luego, cuando le ofreció su ocasional uso después que hubo alcanzado los veinticinco, Susanne había tenido por regla no cogerlo. Kimmensen, no podía entender a la muchacha. Era viva, inteligente, instruida; era virtualmente todo lo que Kimmensen había tratado de enseñarle que fuera. Pero era voluntariosa, obstinada. Se negaba a escuchar sus consejos. La creciente frialdad entre ellos los dejaba constantemente irritables. Kimmensen se preguntaba a veces si no había habido algo recóndito en la sangre de Anna, alguna indistinta disposición heredada que había salido a la superficie en Susanne y torcido su carácter.

No importaba; era todavía su hija. Cumpliría su obligación para con ella.

-Esto es realmente muy bueno, Joe - observó Jem, sorbiendo su bebida -. Excelente.

-Gracias - respondió distraídamente Kimmensen. Era notoriamente consciente del vacío en lo que debiera haber sido una fluida corriente social de la tarde -. Le ruego que me dispense por la irreflexión de Susanne.

-No hay por qué disculparse, Joe - dijo Jem, sonriendo -. Cuando llegue la hora de que la muchacha cobre juicio, lo hará.

Dígame, Jem.. - empezó torpemente Kimmensen Pero tenía que inquirir -. ¿Le gusta Susanne? Yo creo que sí, pero, dígamelo, de cualquier modo.

-Mucho - respondió Jem con una tranquila señal de asentimiento -. Es caprichosa y también terca. Pero eso se corregirá. Cuando esto ocurra, la pediré.

Kimmensen hizo una seña afirmativa para sí mismo. Otra vez, su opinión de Bendix era

confirmada. La mayor parte de los jóvenes estaban llenos de actividad. Todo tenía que hacerse ahora. No habían vivido el tiempo suficiente para comprender cuántos días de mañana había hasta en la vida más corta.

Pero Jem era diferente. Estaba siempre dispuesto a esperar y dejar que las cosas se desarrollaran por sí mismas, Era cauto y serio en una mayor proporción de lo que podía esperarse en un joven de su edad. Haría el mejor marido posible para Susanne, y un excelente presidente para la Confederación.

-Está bien que tengamos un poco de tiempo -estaba diciendo Jem -. Me estaba preguntando cuánto sabía usted acerca de Anse Messerschmidt.

-¿De Messerschmidt? Kimmensen frunció el entrecejo -. Nada. Y todo. Su clase está toda recortada con el mismo patrón.

-Lo he visto una vez o dos - dijo Jem, con un mohín - Tiene aproximadamente mi edad, y hemos topado el uno con el otro en casas de amigos. Es uno de esos mozos fanfarrones, siempre dispuesto a empezar una discusión.

-Empezará una con creces, un día.

-Lo creo.

Kimmensen gruñó, y volvieron a quedar en silencio. Sin embargo, Kimmensen sentía una rara inquietud. Cuando oyó al otro avión posarse allá fuera, cerca de la casa, asió su anteojo. Fijó la vista en la figura de Susanne que se acercaba a la pared de la estancia y en la delgada sombra detrás de ella. Luego la puerta se abrió, y Susanne y su acompañante salieron de la oscuridad, pasando al interior de la estancia. Kimmensen tomó aliento. Conocía a Susanne, y sabía que hiciera ella lo que hiciera, de algún modo era siempre la peor cosa posible. Una densa y dolorida sombra cruzó su semblante.

Susanne volvió el rostro para mirar al hombre que estaba junto a ella tan quieto como uno de los batidores de la muerte.

-Hola, padre - dijo sosegadamente -. Hola Jem. Quisiera presentaros a Anse Messerschmidt

II

Había ocurrido casi exactamente a las cuatro de esa tarde.

Como hacía, al menos una vez cada día, Kimmensen había estado revisando su arma blanca de potencia directa. El arma estaba sobre el papel secante del escritorio, en frente de él. La endurecida parte inferior de la palma de su mano derecha la mantenía apretada contra el papel secante, mientras que su dedo índice empujaba la plancha de la culata a un lado. Movió la tapa de seguridad, quitando de en medio la reja del foco, y bajó los gatillos de presión con el índice y los dedos meñiques, manteniendo el arma firmemente en la doblada palma de la mano.

En el interior de la culata, la espiral empezaba a recibir energía de la misteriosa «en alguna parte» con que estaba alineada. El viejo Dubrovic, con sus fajos de anotaciones y su cifrada simbología. podía habérselo explicado. Pero Dubrovic había sido muerto en una maligna y última boqueada del antiguo régimen, por dar al mundo tanto como tenía.

Los tubos del grandor de un guisante brillaron con vivo fulgor. Kimmensen soltó los gatillos, echó de nuevo hacia atrás la tapa corrediza de la culata, y empujó la tapa de seguridad hacia abajo.

El arma blanca estaba funcionando; tan potente para derribar una montaña como para hacer un agujero tenue como un hilo en el cuerpo de un hombre.

Repuso el arma en la pistolera Tal cosa era la encarnación de la libertad El arma blanca no necesitaba ser movida por mecanismo de metal, o tener un mango de fina madera de nogal. Esto eran cosas superfluas. Necesitaba sólo unos cuantos trozos de alambre, arrollados en la forma - era una cosa fácil de aprender -, de unos tubos de una antigua radio. Y desde el momento en que se poseía una, uno era un hombre libre. Uno era un ejército para defender sus derechos. Y cuando todos tuvieran una; cuando los acumuladores de energía directa iluminaran su casa; impulsaran su avión, le permitiesen producir materiales de construcción, alimentos, ropa, con cualquier sustancia barata y abundante; cuando uno no necesitara ningún Servicio de Suministro, ninguna Junta de Inspección Sanitaria, ninguna Oficina de Colocación, ningún Ministerio del Interior, ninguna Policía Nacional - cuando todas estas cosas fuesen como eran, el mundo sería libre.

Sonrió para sí mismo. No mucha gente pensaba en ello en esos términos técnicos, pero no importaba. Sabían cómo estaba la cosa. Recordaba haber hablado a un viejo un año después de que fuera fundada la Confederación.

-Señor Kimmensen, no me hable de ningún Silas McKinley. No he leído un libro en mi vida. Recuerdo a unos mozos que se acercaban para cortejar a mi hija. De vez en cuando, se ponían a

hablar de política conmigo; he de reconocerlo, mi hija no les interesaba tanto. Procuraban explicar qué era el Fascismo y la Burocracia y cosas semejantes a éstas, y solían excitarse un poco, soltando palabras gruesas. Todo lo que yo sabía era que los funcionarios del gobierno solían acercarse y llevarse la mitad de mis cosas por impuestos. Uno de ellos finalmente se acercó y se llevó a mi hija. Y yo no podía hacer nada sobre ello. Estaba acostumbrado a tener que trabajar dieciséis horas al día sólo para poder comer.

»Está bien; de igual modo, ahora usted se acerca y trata de usar su clase de gruesas palabras para conmigo. Todo lo que sé es que me he procurado una casa, me he procurado un poco de tierra, y me he procurado una esposa y unas nuevas hijas. Y me he procurado una pistola, y no hay nadie que vaya a quitarme nada de esas cosas - el viejo hizo una mueca, y pasó la mano por el arma atada a su cintura -. Por tanto, si lo mismo le da diré que todo lo que usted dice está bien para mí mientras ello refuerce mi derecho a ser mi propio amo».

Eso había sido hacía mucho tiempo, en otra generación. Pero Kimmensen todavía lo recordaba como la mejor prueba posible de la libertad en que creía. Había pagado altos precios por ella en el pasado. Ahora que el antiguo régimen estaba tan muerto como la mayor parte de los hombres que lo recordaban, todavía habría estado inmediatamente dispuesto a pagarlos de nuevo.

Pero nadie pedía esos sacrificios Veintiocho años habían pasado, tan tranquilos y enteramente rutinarios como desesperados y peligrosos habían sido los primeros treinta años de su vida. Hasta los últimos vestigios de dirección que él representaba pronto se habrían marchitado[1], y entonces su mundo sería perfecto. Trató de coger el siguiente papel de su cesta de documentos.

Sintió el ligero vuelco dentro del pecho y se puso tieso de asombro. Asió el canto de la mesa escritorio, horrorizado de la manera cómo esta cosa lo acometía repentinamente.

Un borbollón hervía desatinadamente en la cavidad de debajo de sus costillas, igual que un líquido recalentado en un instante.

Miró ciegamente. Aquí estaba, en su quincuagésimo año. La llamada a la puerta. Nunca había conjeturado cómo finalmente ello llegaría. No habría tenido que tomar la forma de este terrible borbollón. Podía con la misma facilidad haber sido un repentino y violento reventón detrás de los ojos o una más lenta y más sutil roedura de sus centros vitales. Pero había conocido que estaba llegando, como lo conocen todos los hombres y procuran olvidarlo.

La resecante turbulencia subía a su garganta. Abrió la boca, estrangulándose. Repentinos cordones se anudaron alrededor de su pecho y, aún estrangulándose, se quejó. Angina de pecho. Dolor en el pecho, el peor dolor que un hombre pueda sentir.

Así es. Ahora soy un viejo.

Después de algún tiempo, cuidadosamente se fregó los labios y la barba con un pañuelo y metió el ensangrentado pedazo de tela en el fondo del cesto para papeles, debajo de la arrugada disposición de su trabajo del día. Mantuvo los labios apretados hasta que estuvo seguro de que los brotes de sangre se habían coagulado, y juzgó que, con cuidado, podía hablar y quizás hasta comer sin que advirtieran nada.

De repente, hubo muchas cosas para resolver en seguida. Echó un vistazo al reloj de la mesa escritorio. De aquí a una hora, Jem Bendix estaría saliendo de su despacho y andando pasillo abajo; se acercaría al pasar. Sería hora de irse a casa, y esta noche, Jem estaba invitado a venir a cenar.

Kimmensen movió la cabeza. Deseaba haber invitado a Jem para algún otro día. Luego se encogió de hombros, pensando: Estoy obrando como si el mundo hubiese cambiado. No ha cambiado; yo he cambiado. Algunas disposiciones tendrán que variar, pero lo harán para mejor.

Hizo una seña afirmativa para sí. Había querido que Susanne y Jem se vieran más a menudo. También había hecho la invitación para esta noche. Ahora, más que nunca, eso pudiera ser la solución de un problema. Susanne tenía veinticinco años ya; no podía menos de estar perdiendo algunas de sus obstinadas ideas. Dándole la firme mano y la suavizadora influencia de un marido, con un bebé o dos para ocupar su tiempo, estaría bien. La muchacha nunca sería lo que él había esperado de una hija, pero era demasiado tarde para más esfuerzos para cambiar eso. Al menos ella estaría bien

Miró el reloj de nuevo. Cincuenta y cinco minutos. El tiempo huía en cada momento que uno estaba vuelto de espaldas.

Se enganchó la boca, olvidando los brotes de sangre, y respingó. Mantuvo la palma de la mano apretada contar los labios y sonrió torcidamente para sus adentros. Cinco minutos aquí, cinco allá, y de repente se habían ido veintiocho años. Veintiocho años aquí en este despacho. Nunca hubiera creído que tomara tanto tiempo salirse de una ocupación, y aquí no había terminado del todo hasta ahora. Cuando había aceptado la presidencia de la confederación, años - dos o tres - antes de

Librodot

que las oportunidades médicas y docentes fueran establecidas bastante bien para funcionar automáticamente. Bien, lo habían sido. Todo miembro de la Confederación podía dirigirse a un hospital o a un colegio y encontrar otro miembro de la Confederación que hubiera resuelto hacerse médico o profesor.

Eso había sido fácil. En algunas áreas, la gente había aprendido a esperar la cooperación de otra gente, habiendo cesado de esperar que alguna todopoderosa autoridad entrara y diese órdenes. Pero luego, la medicina y la enseñanza no habían caído del todo bajo el poder del Estado en esta parte del mundo.

El resto había sido dificultoso. Kimmensen había esperado con una especie de ingenuo ofuscamiento mental, que otros pudieran inmediatamente efectuar la transición del antiguo régimen a la nueva libertad. Si había tenido algunas dudas en todo caso, las había desechado con el pensamiento de que esto era, al fin y al cabo, país montañoso, y los montañeses estaban siempre prestos a mantener su independencia personal. Bien, lo estuvieron. Excepto por una morosa mácula de lo que quedaba de la vieja generación, los jovencitos tomarían afición a la libertad tan naturalmente como respiraban. Pero se había necesitado toda una generación. Los mayores todavía pensaban en un jefe cuando pensaban en su presidente. Estaban acostumbrados a hacer que una autoridad pensara por ellos, y confundían la Confederación con un gobierno.

Kimmensen revolvió los papeles de su mesa escritorio. Ahí estaban; peticiones de vituallas de áreas desacostumbradas a un mundo donde nadie daba asignaciones agrícolas; cartas de personas que se llamaban a sí mismas alcaldes mayores de ciudades... Las viejas mentiras se extinguían difícilmente. El extravagante viejo Dubrovic había dado a los hombres en todas partes el arma de la libertad, pero sólo el tiempo y la paciencia les darían la plena comprensión de lo que era la libertad.

Bien, al fin y al cabo, esta área había sido anegada durante siglos en la sangre de hombres rebeldes. Los que cedían fácilmente eran los que habían tenido el ocio para criar hijos. Kimmensen imaginaba que las cosas eran diferentes en el hemisferio occidental, donde la historia no había contenido sus tiránicos siglos para triturar a los hombres animosos. Pero aun aquí, cada vez más familias se estaban convirtiendo en unidades encerradas en sí mismas, aprendiendo a sintetizar los alimentos y a transformar las haciendas en parques, abandonando los lugares de mercado que debieron extinguirse con el primer hombre encontrado quemado en un callejón.

Estaba llegando el día en que todos los hombres estarían tan libres de su pasado como de sus semejantes. Parecía, ahora, que él no lo vería enteramente. Eso era una pena. Había esperado por lo menos unos tranquilos años en casa. Pero esa selección había sido hecha hacía veintiocho años.

Algunas veces un hombre tenía que ser un prisionero de su propia conciencia. Podía haberse quedado en casa y dejar que lo hiciera algún otro, pero la libertad era demasiado preciosa para consignarla a alguien en quien no confiara plenamente.

Ahora tendría que convocar una elección en la Confederación tan pronto como fuese posible. De hecho, la pelota de nieve estaba felizmente en camino, en el declive, y todo lo que restaba para el siguiente presidente era atar algunos cabos sueltos. El asunto de los distantes distritos - la insistencia en tomar las contiendas entre familias por incursiones de la gente del noroeste - se disiparía. Una sociedad de familias de hombres libres armados tenía que arrostrar tal período. Una vez fuera establecido el respeto mutuo - una vez el castigo por los actos antisociales se hiciera bastante claro - la sociedad funcionaría fácilmente.

Y por lo que toca a quién le sucedería, no había un mejor candidato que Jem Bendix. Jem siempre había pensado del modo que él lo hacía, y Jem era inteligente. Además, todos estimaban a Jem; no habría ninguna dificultad con respecto a la elección.

Por tanto, eso estaba arreglado. Miró el reloj otra vez y vio que tenía media hora más. Abandonó su tarea, metió la mano en un cajón, y sacó unas cuantas hojas de papel. Frunció el ceño con impaciencia mientras sus manos tentaleaban. Por un momento acarició los tocones de cicatrices donde las cuerdas metálicas de la policía del antiguo régimen habían hecho cortes de un lado a otro de sus pulgares. Luego, manteniendo la pluma afianzada firmemente entre las junturas del dedo de en medio y del índice, empezó a escribir:

«Yo, Joseph Ferassi Kimmmensen, estando en sano juicio y siendo mayor de edad, hago el siguiente Testamento...»

III

Messerschmidt era alto y huesudo como un perro lobo. Su prolongado rostro era pálido, y sus orejas eran grandes y salientes. De sus facciones, las orejas eran lo primero que atraía una casual mirada. Luego la atención se desviaba hacia la boca, fijada en una permanente mueca burlona bajo la pala de una nariz. Después los ojos prendían y retenían. Eran oscuros y estaban situados muy juntos, bajo hirsutas y negras cejas. Había algo en ellas que ponía a Kimmensen colérico.

Trató de analizarlo mientras Messerschmidt se inclinaba ligeramente desde las caderas, con las manos abajo a los lados de su oscura ropa.

-Señor presidente, es un honor.

-Messerschmidt - reconoció Kimmensen, por cortesía.

-Señor secretario -- dijo el hombre, volviéndose ligeramente y saludando a Bendix.

Y ahora Kimmensen lo comprendía. Para con él, Messserschmidt había sido un poquito reprimido. Pero su saludo a Jem era demasiado cordial, y su voz mientras él pronunciaba el título de Jem era demasiado suave.

Era mofa. Honda, inextirpable y descubierta, acechaba tras los ojos de Messerschmidt. Mofa *y* el más colosal egoísmo que Kimmensen había encontrado jamás.

¡Dios Santo!, pensó Kimmensen. ¡Creía que habíamos eliminado a todos los de su clase!

-Padre, invité a... - había empezado Susanne, con el rostro animado por una vez. Después de esto apartó la vista de Jem y la fijó en Kimmensen; su rostro estaba decaído y cubierto con una máscara -. No importa - dijo llanamente. Miró a Kimmensen otra vez y se dirigió a Messerschmidt -. Lo siento, Anse. Me dispensarás. He de cuidar de la cena.

-Por supuesto, Susanne - dijo Messerschmidt -. Espero volverte a ver.

Susanne hizo una señal de asentimiento - un rápido y vivo movimiento de la cabeza - y entró en la cocina, aprisa. Messerscrmidt, Jem y Kimmensen se encararon el uno con el otro.

-Una incómoda situación - dijo tranquilamente Messerschmidt.

-Usted lo ha dicho - respondió Kimmensen.

-Tomaré la culpa - dijo Messerschmidt, encogiéndose de hombros -. Creo que más valdría que nos despidiéramos.

-Buenas noches.

-Buenas noches, señor presidente... señor secretario.

Messerschmidt saludó a cada uno de ellos y salió de la estancia, cerrando cuidadosamente la puerta tras él. Atravesó el charco de luz procedente de la estancia y desapareció en la oscuridad al otro lado del patio. En un momento, Kimmensen oyó que su avión se elevaba en el aire, y entonces se sentó de nuevo, asiendo su vaso. Notó que Bendix estaba pálido y tembloroso.

-Así ahora lo he conocido - dijo Kimmensen, consciente de la tensión de su voz.

--¡No puede permitirse que este hombre permanezca vivo! - prorrumpió Bendix -. Si todas las cosas que odio fueron jamás personificadas, están en él.

-Sí - dijo Kimmensen, haciendo lentamente una señal de asentimiento -. Usted tiene razón; el hombre es peligroso. - Sin embargo, Kimmensen no estaba tan dispuesto a dejar que sus emociones lo arrebataran. Los días de matanzas políticas habían pasado, terminado para siempre -. Pero creo que podemos contar con que la comunidad tome una firme actitud.

-Hablaremos de ello mañana, en el trabajo - Kimmensen se inclinó hacia adelante, de un modo pensativo -. Nuestros sentimientos personales son poco importantes, comparados a los pasos que tenemos que dar como oficiales de la Confederación.

Eso concluyó el asunto por esta noche, como Kimmensen había esperado. Sin embargo, confiaba en que de algún modo el propósito de esta noche podía ser salvado.

En eso, quedó contrariado. Fue una molesta y forzada comida, con los tres de ellos callados y aparentando que nada había ocurrido, desconociendo la existencia de otro ser humano. Eran tres personas que pretendían vivir en un universo particular rigurosamente restringido, su conversación limitada a observaciones sobre la comida. Al fin de la tarde, todos estaban muy nerviosos. El rostro de Susanne estaba contraído y oprimido, y sus sienes pálidas. Cuando Kimmensen se secó los labios, encontró nueva sangre en la servilleta.

-Bien... - dijo Jem, levantándose torpemente -. muchas gracias por invitarme, Joe - miró hacia Susanne y vaciló -. Ha sido una cena deliciosa, Sue. Gracias.

-No hay de qué

-Bien... más vale que me vaya a casa...

Kimmensen hizo una señal de asentimiento, terriblemente decepcionado. Había proyectado hacer que Susanne llevara a Jem a su casa en el avión.

-Coja el avión, Jem - dijo finalmente -. Puede recogerme por la mañana.

-Está bien. Gracias... Buenas noches, Sue.

-Buenas noches.

-Joe.

-Buenas noches, Jem - Kimmensen quería de algún modo restablecer el buen humor de Bendix -. Tendremos una larga conversación sobre ese otro asunto por la mañana - le recordó.

-Sí, señor - dijo Bendix. Ello pareció ciertamente levantar un poco su ánimo.

Después que Jem se hubo ido, Kimmensen se volvió despacio hacia Susanne. La muchacha estaba sentada quietamente, con la vista fija en su vacía taza del café.

Esperando, pensó Kimmensen.

Susanne sabía, por supuesto, que lo había herido mucho otra vez. Esperaba su ira. Bien, ¿podía menos de estar airado? ¿No le habían hecho impresión a ella algunas de las cosas que otras veces le dijera?

-Susanne.

La muchacha levantó la cabeza y Kimmensen notó la obstinada y colérica encorvadura de su boca.

-Padre, por favor, no me sermonees de nuevo -cada palabra de Susanne era honda, apretada y regulada.

Kimmensen cerró los puños. Nunca había podido comprender esta clase de reto. ¿De dónde sacó Susanne esta terriblemente mal empleada dureza? ¿Qué la hacía tan reacia a escuchar cuando alguien mayor y más juicioso trataba de aleccionarla?

Si yo no la quisiera, pensó, esto no me importaría. Pero a pesar de todo, la quiero. Por tanto, continúo, todos los días, esforzándome por hacer que comprenda.

-No te puedo entender - dijo Kimtnensen -. ¿Qué te hace proceder de este modo? ¿De dónde sacaste estos modales? No eres nada parecida a tu madre - sin embargo, quizás aun cuando ese pensamiento le retorcía el corazón, lo era -, y no eres nada parecida a mí.

-Soy - dijo Susanne en voz baja, bajando la vista otra vez -, soy exactamente como tú.

Cuando Susanne decía disparates como esos, ello lo incomodaba más que toda otra cosa que

pudiera recibir. Y donde la ira podía ser mantenida en sujeción, la molestia no podía.

-Escúchame - dijo Kimmensen.

-No me sermonees otra vez.

-¡Susanne! Te estarás callada y escucharás, ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo, flirteando con un hombre como Messerschmidt? ¿Te das cuenta...? ¿Algo de lo que yo te haya dicho, ha hecho alguna vez una impresión en ti? ¿Te das cuenta de que excepto por un accidente de tiempo, ese hombre podía ser uno de los sanguinarios individuos que mataron a tu madre?

-Padre, te he oído decir estas cosas anteriormente. Todos nosotros te hemos oído decirlas.

Ahora que Kimmensen había empezado, era ya inútil no proseguir.

-¿Te das cuenta de que oprimieron y asesinaron y transportaron a campos de trabajo forzado a toda la gente que yo quería, toda la gente que era digna, hasta que nos rebelamos y los destruimos? - sus manos se cerraron pálidamente sobre los brazos del sillón -. ¿Dónde están enterrados tus abuelos? ¿Lo sabes? ¿Lo sé yo? ¿Dónde está mi hermano? ¿Dónde están mis hermanas?

-No sé. Nunca los conocí.

-Escucha... Nací en un mundo demasiado terrible para que lo creas. Nací para encogerme de miedo. Nací para marchitarme en una inmunda celda al cuidado de un cuartelillo de la policía. ¿Sabes lo qué es un cuartelillo de la policía, eh? ¿No he descrito uno con bastante frecuencia? Tu madre nació para trabajar desde la madrugada hasta la noche, arrastrando piedras para reparar las carreteras que los tanques del ejército habían estropeado. Y si se equivocaba - si levantaba la cabeza, si hablaba de lo que no debía, si pensaba lo que no debía -, luego estaba destinada a ir a un campo de trabajo y desgarrar corteza de árbol para las medicinas del ejército, mientras estaba sumergida hasta la cintura en agua helada.

»Nací en un mundo donde medio billón de seres humanos vivieron por una generación en el culto - en el *culto* - a un hombre. Nací en un mundo donde ese torcido hombre podía decir una mentira y enviar a la muerte a gigantescos ejércitos, que voceaban esa mentira. Nací para acurrucarme, para ser un número en una multitud, para ser espiado, para ser regulado, para ser golpeado para satisfacer las normas de modo que la normal mentira me adecuara. Nací para no ser nada.

»Pero ahora tengo libertad - lentamente, los dedos de Kimmensen se destorcieron -. Stepan Dubrovic se las arregló para encontrar libertad para la totalidad de nosotros. Recuerdo cómo la voz se extendió; cómo susurró por todo el mundo, casi en una noche, pareció. Coged un alambre; retorcedlo, así. Coged un tubo eléctrico - el ejército tiene radios, hay equipos que usan los empleados del servicio público - construid el arma... y sois libres Y nos rebelamos, cada hombre como un ángel con una espada de fuego.

»Mas si creíamos que el Paraíso vendría de la noche a la mañana, nos equivocábamos. Los ejércitos no se disolvieron por sí mismos. Los regímenes no cayeron.

»Uno coge un niño de la edad de cinco años; lo enseña a adorar al Estado, a venerar al Jefe; le informa que eso es la ola del futuro, mucho más hábil que el decadente pasado, pero no lo suficientemente inteligente para gobernar ella misma. Se le enseña que debe haber especialistas en el gobierno: peritos en economía, administradores de los recursos interiores, ministros del trabajo. ¿Qué puede hacer uno con un niño como ese, cuando tenga dieciséis años? Cuando esté marchando carretera abajo con un fardo a la espalda, con la canción del Jefe en los labios. Con la canción escrita de modo que las frases correspondan al perfecto ciclo respiratorio para que el ordinario superhombre marche hacia el Futuro a un paso de cien centímetros de longitud.

-Suspéndelo, padre.

-Uno lo quema. ¿De qué otro modo puede uno cambiarlo? Lo quema en donde él marche, quema a sus jefes, quema al régimen, ¡extingue... todo!

Kimmensen suspiró.

-Y entonces uno empieza a ser libre - miró a Susanne de un modo apremiante -. ¿Comprendes ahora qué clase de hombre es Messerschmidt? Si no puedes confiar en mi consejo, ¿puedes al menos comprender eso? ¿Lo que siempre te he dicho, ha hecho finalmente alguna impresión?

-No - respondió Susanne, echando su silla atrás -. Lo comprendí la primera vez y vi cuan importante era. Todavía lo comprendí la décima vez. Pero ahora lo he oído un millar de veces. No me importa cómo era el mundo; no me importa lo que pasaste. No lo vi. Fuiste tú. Estás sentado en tu despacho y escribes las mismas cartas día tras día, te entretienes con tu arma y predicas tu teoría social como si fuera una religión y tú fueses su gran sacerdote especial, consagrado por encima de todos nosotros, por encima de la carne. Me dices cómo he de vivir la vida. Tratas de arreglarlo para

encajar tus ideas. Hasta traías de hacerme tragar a Jem Bendix.

»Pero no permitiré que me trates de ese modo. Cuando Anse me habla es de él y yo, no de gente que no conocí. Tengo cosas que necesito. Necesito a Anse. Te lo estoy diciendo y puedes decirlo a Bendix. Y si no cesas de mandarme dar vueltas, me iré. Eso es todo.

Asiendo el sillón, casi no pudiendo creer lo que había oído y sabiendo que en un momento la pena y la ira lo aplastarían, Kimmensen escuchó las vivas pisadas de Susanne que se alejaban camino de su habitación

IV

Kimmensen estaba esperando afuera en el patio, con el picante frío de la mañana, cuando Jem Bendix descendió con el avión y lo recogió. Bendix estaba pálido esta mañana, y con los ojos hinchados, como si hubiera estado largo rato durmiéndose y aún no se hubiese sacudido completamente la somnolencia.

-Buenos días, Joe - dijo lentamente, mientras Kimmensen trepaba al lado de él.

-Buenos días, Jem - Kimmensen, igualmente, había permanecido despierto muchas horas. Aquella mañana se había lavado y vestido y bebido el café con la puerta del dormitorio de Susanne cerrada y silenciosa, y en seguida había salido al patio para esperar a Jem, no haciendo caso a ruidos de la casa -. Siento... siento mucho cómo salieron las cosas anoche. Lo dejó en eso. No venía al caso informar a Jem del histérico arranque de Susanne.

Jera movió la cabeza, mientras despegaban.

-No, Joe - dijo -. No fue culpa suya. Usted no pudo remediar eso.

-Es mi hija. Soy responsable de ella.

-Es indócil - dijo Jem, encogiéndose de hombros -. Messerschmidt le prestó un poco de atención y se convirtió en un símbolo de rebelión para ella. Lo considera como alguien que no está ligado por el modo de vida de ustedes. Es una figura fascinadora. Pero la muchacha vencerá eso. Pasé largo rato anoche pensando en ello. Usted tenía razón, Joe. En el momento, Messerschmidt es algo nuevo y excitante. Pero decaerá. La sociedad se dará cuenta de sus intenciones, y también Susanne Todo lo que tenemos que hacer es esperar.

Kimmensen cavilaba mirando a los valles, lejos, allá abajo, pálidos bajo la temprana niebla de la mañana.

-No estoy seguro, Jem - respondió lentamente

Había pasado horas en su sillón ayer noche, encorzado, no tanto pensando, como empapando la mente con todas las cosas que habían ocurrido tan de repente. Por último, se había levantado y entrado en su dormitorio, donde estuvo tendido sobre la cama hasta que lentamente se formó un plan

de acción en su mente y pudo, al fin, dormirse.

-No es el asunto de Messerschmidt y Susanne - explicó con presteza -. Espero comprenda que estoy hablando ahora como alguien responsable de todas las familias de esta área, más bien que como el jefe de ninguna particular. Lo que me inquieta ahora es que Messerschmidt está resuelto a tener alguna clase de partidarios entre los inmaturos. Ha llegado en un mal tiempo. Está en una buena posición para explotar este asunto en el noroeste

-Y yo voy a morir. - Kimmensen tuvo que hacer ana pausa antes de que prosiguiera.

-Sí con el tiempo su burbuja reventará. Pero es cuestión de saber cuánto pudiera eso tardar. Mientras tanto, Messerschmidt es un foco de inquietud. Si nada acierta a reprimirlo ahora, algunos pudieran juzgar que tenía razón.

-Comprendo lo que usted quiere decir - respondió Bendix, mordiéndose el labio inferior -. La cosa se pondrá peor antes de que mejore. Meserschmidt atraerá más partidarios. Y los que tiene, ahora, creerán en él más que nunca.

-Sí - dijo lentamente Kimmensen -, eso podría ocurrir fácilmente.

Volaron en silencio por unos momentos, el avión traqueteando en el zarandeante aire, y entonces, mientras Bendix disminuía la velocidad y empezaban a descender en el valle donde estaba el edificio de la oficina, Jem preguntó:

-¿Tiene usted algo en consideración?

-Sí - dijo Kimmensen, con una señal de asentimiento -. Ha de mostrarse que Messerschmidt no tiene a la población detrás de él. A sus partidarios les chocará hallar cuan pocos de ellos hay. Y la gente que vacila can respecto a Messerschmidt se dará cuenta de cuan poco representa. Voy a pedir una inmediata elección.

-¿Cree usted que esa es la solución? ¿Será Messerschmidt candidato frente a usted?

-Si Messerschmidt rehusa ser candidato en una elección, eso es prueba suficiente de que no podría ganar. Y si se presenta como candidato, perderá. Es el mejor paso posible. Y, Jem... hay otra razón.

Kimmensen lo había considerado todo. Y le pareció que podría resolver todos sus convergentes problemas con este solo trámite. Pararía a Messerschmidt, entregaría su ocupación a Jem, y - quizás esto era una menudencia más de su pensamiento de lo que había estado dispuesto a reconocer - una vez Messerschmidt hubiera sido apartado de un soplo, Susanne estaría resuelta a ver su trágico error, y los tres de ellos podrían asentarse, y él podría terminar su existencia tranquilamente.

-Jem, estoy envejeciendo.

-Joe... - el rostro de Bendix se volvió más pálido. Se lamió los labios.

-No, Jem, tenemos que encararnos con eso. No Trate de ser atento tocante a ello. Por mucho que usted proteste, el hecho es que estoy gastado, y lo sé. Voy a renunciar.

Las manos de Bendix se movieron a tirones sobre la rueda de mando.

Kimmensen fingió no notarlo. A pesar de toda su madurez, Jem era todavía un joven. Y era muy natural que el pensamiento de subir tan pronto fuese una gran emoción para él.

-Lo designaré como mi sucesor y haré campaña para usted. Ganando la elección, uno habrá parado a Messerschmidt y entonces todo puede marchar por el camino que siempre nos hemos trazado.

Sí, pensó Kimmensen mientras el avión descendía sobre la oreada plaza dando topetazos. Eso lo resolverá todo.

Mientras Kimmensen entraba en su despacho, vio a Salmaggi sentado junto a la mesa escritorio, esperándolo. La ancha espalda del hombre estaba vuelta hacia él, y Kimmensen no pudo del todo reprimir el momentáneo temblor de aversión que siempre le producía el pensamiento de hablarle. De todas las mañanas, ésta era una particularmente mala para oír al hombre emitir sus chillidos histéricos..

-Buenos días, Tullio - dijo mientras se dirigía a su escritorio.

-Buenos días, Josef - respondió Salmaggi, volviéndose en su silla con presteza. Se puso en pie de un brinco y estrechó vigorosamente la mano cié Kimmensen -. ¿Cómo está usted? - sus brillantes ojos se lanzaron prontamente sobre el rostro de Kimmensen.

-Bien, gracias. ¿Y usted?

-Preocupado, Josef - dijo Salmaggi, cayendo en su asiento otra vez -. He estado procurando verle para algo muy importante.

-*Sí,* lo sé. Siento haber estado tan atareado.

-Cierto. Por lo cual pensé que si usted no estaba demasiado ocupado esta mañana, quizá pudiera disponer de diez minutos.

Kimmensen lo miró de refilón. Pero la cara de luna de Salmaggi estaba completamente libre de sarcasmo o de alguna otra indirecta. Había únicamente las abrumadas arrugas sobre el puente de la nariz y en los esconces de los ojos. Kimmensen no pudo menos de pensar que Salmaggi se parecía a un infante encarado con el insuperable problema de decidir si quería o no ir al cuarto de baño.

-Tengo que atender a una cantidad de cosas importantes esta mañana, Tullio.

-Diez minutos, Josef.

-Está bien - Kimmensen suspiró. Y se instaló pacientemente en su sillón.

-Estuve otra vez allá arriba en la parte noroeste del área en este último viaje.

-Umm.

Kimmensen, sacrificando los diez minutos, se ocupó en considerar la reacción de Jem a su decisión. Bendix había parecido estar totalmente abrumado, no diciendo una palabra más mientras pasaban del avión al edificio de la oficina.

-Ha habido otra familia quemada.

-Así tengo entendido, Tullio.

Kimmensen sonrió tenuemente para sí mismo, comprendiendo cómo debía sentirse Jem, hoy. Había sido casi igual con él mismo cuando, poco antes del final de los años de lucha, había llegado lentamente a la verificación de que sería él quien tendría que tomar la responsabilidad de estabilizar esta área.

-Esa hace siete en junto, Josef. Siete en los últimos dieciocho meses.

-Ello requiere tiempo, Tullio. El país hacia el noroeste es muy áspero. Ningún régimen pudo jamás enviar su policía allá arriba con gran éxito. Son gente individualista. Es natural que tengan una inusitada cantidad de contiendas - Kimmensen echó un vistazo al reloj.

Era una gran responsabilidad, estaba considerando para sí mismo. Recordaba cuan confuso era todo. Cuánto nos sorprendió hallar, después de que fuera aplastado el antiguo régimen, que muchos de nosotros habíamos estado luchando por cosas completamente diferentes.

Eso había sido lo más importante que había tenido que aprender; que casi todos estaban dispuestos a luchar y morir para dar fin al antiguo régimen, pero que una vez la revolución fue ganada, hubo una veintena de nuevos regímenes que habían estado esperando, enterrados en los corazones de hombres eliminados, para florecer y llenar el vacío. Eso era cuando los hombres que habían sido sus amigos fueron de repente sus enemigos, y cuando los hombres cuyas vidas habían salvado entonces trataron de quemarlo. Bajo muchos aspectos, ése había sido el peor período de los años de lucha.

-Josef, ¿ha ido usted allá arriba recientemente?

-He estado muy ocupado aquí - dijo Kimmensen, con un mohín.

Su responsabilidad era para con todas las familias del área, no sólo para con las de una pequeña parte. No podía hacer su tarea mientras se lanzara de un rincón del área a otro.

-¡Josef, usted no está escuchando!

Kimmensen levantó la vista y le chocó observar que había de hecho destellos de frustrada humedad en los esconces de los ojos de Salmaggi.

-Por supuesto que estoy escuchando, Tullio - dijo suavemente.

Salmaggi movió la cabeza airadamente, como un hombre que tratara de alcanzar su objetivo en medio de una espesa niebla.

-Josef, si ustedes no hacen algo, Messerschmidt va a meter un ejército en el área de la población del noroeste. Y no estoy seguro de que no tenga razón. No me agrada ese hombre, pero no estoy seguro de que no tenga razón.

-Tullio - dijo Kimmensen, sonriendo -, si eso es lo que le preocupa, puede dormir tranquilo. Voy a hacer algo. Esta tarde, voy a hacer una emisión general por radio. Voy a convocar una elección. Estoy renunciando y Jem Bendix será candidato frente a Messerschmidt. Eso será el fin para él.

-¿Para quién? - preguntó Salmaggi, mirándolo.

-Para Messerschmidt, por supuesto - dijo Kimmensen con fastidio -. Pero si quiere dispensarme, Tullio, tengo que redactar mi declaración.

Esa noche, cuando volvió a casa, encontró a Susanne esperándolo en la estancia. La muchacha lo miró extrañamente, mientras Kimmensen cerraba la puerta tras él.

-Hola, padre.

-Hola, Susanne.

Kimmensen había estado esperando que el transcurso de un día suavizaría el estado emotivo de Susanne, y por lo menos permitiría a los dos hablarse como personas civilizadas Pero, mirando a la muchacha, notó cuan tieso estaba su rostro y cuan rojas eran las manchas nerviosas de la clara piel de la base del cuello.

¿Qué ha ocurrido entre nosotros?, pensó tristemente. ¿Dónde comenzó eso? Te crié solo desde el tiempo que tenías seis meses. Velé contigo de noche cuando te salieron los dientes. Te mudaba los pañales y echaba polvos en tu nalgatorio, y cuando estuviste enferma te despertaba cada hora todas las noches durante semanas para darte la medicina. Te aguantaba y te ofrecía el biberón y tu cuerpecito era caliente y blando, y cuando te hacía cosquillas debajo de la barbilla levantabas la vista y me sonreías. ¿Por qué no puedes sonreír para mí ahora? ¿Por qué haces lo que me haces?

-He oído tu emisión, por supuesto - dijo premiosamente Susanne.

-Pensé que lo harías.

-Sólo recuerda algo, padre.

-¿Qué, Susanne?

-Hay muchas de nosotras de bastante edad para votar, esta vez.

V

Kimmensen se meneó en su asiento, parpadeando al sol de la plaza. Messerschmidt estaba sentado a unos cuantos pies de distancia, levantando la vista por encima de las cabezas del animado público hacia los montes. La multitud estaba esperando paciente y quieta. Y era la quietud lo que le perturbaba un poquito. No había dicho nada a Jem, pero casi había esperado alguna especie de manifestación contra Messerschmidt.

Sin embargo, esto era sólo una porción del número de miembros de la Confederación. Había cámaras en movimiento en cada ángulo de la tribuna, y el grueso del electorado estaba observando desde sus casas. No se podía decir cuál era su reacción, pero Kimmensen, pensándolo, juzgó que la más antigua y más arraigada proporción de la Confederación - la gente instalada en la comodidad de sus hogares, que disfrutaba de los productos de su propio trabajo - estaría tan violenta sobre este hombre como lo estaba él.

Volvió la cabeza por encima del hombro y miro a Jem.

-Empezaremos en un momento. ¿Cómo se siente?

-Un poco nervioso - dijo Jem. Su sonrisa fue una áspera mueca -. ¿Y qué me dice de usted, Joe?

-Esto es una vieja historia para mí, Jem - respondió Kimmensen, devolviéndole la sonrisa -. Además, no soy candidato - aseguró las manos en su regazo y miró al frente de nuevo, forzando a los dedos a estarse quietos.

La pasmosamente densa multitud congregada ahí en la plaza era enteramente de gente joven.

En un momento fulguró la luz por encima del micrófono, y Kimmensen se levantó y atravesó la tribuna. Hubo grandes aplausos de la multitud, y Kimmensen les sonrió. Luego alzó los ojos hacia la cámara que había sido situada en frente de y por encima de él.

-Conciudadanos - empezó -, como ustedes saben, no soy candidato en esta elección.

Hubo silencio entre la multitud. Kimmensen casi había esperado alguna especie de muestra de desilusión, por lo menos superficial.

No hubo ninguna. Bien, poco más o menos había concedido esta multitud de jóvenes a Messerschmidt. Era la gente que estaba en casa la que importaba.

-Estoy aquí para presentarles el candidato que creo debiera ser nuestro futuro presidente de la Confederación, el secretario Jem Bendix.

Esta vez la muchedumbre reaccionó. Mientras Jem se levantaba y se inclinaba para saludar y ***las*** otras cámaras lo enfocaban, hubo una agitación en la plaza, y una voz juvenil clamó:

-¿Por qué presentarlo? Todos lo conocen.

-Ciertamente - contestó algún otro -. Es un buen sujeto.

Messerschmidt estaba sentado quietamente en su silla, mirando todavía a los montes. Hacía una mezquina figura con su oscura ropa, con su pálido rostro bajo el mechón de negro cabello.

Kimmsnsen se adelantó para continuar, mientras Jem se sentaba. Pero entonces, reglada exactamente para el momento en que Jem estuviera de nuevo firmemente instalado en su asiento, la voz que había gritado la primera vez añadió:

-Pero, ¿quién lo quiere para presidente?

Un coro de risas se elevó súbitamente de la muchedumbre. Kimmensen sintió que se le helaba el estómago. Eso había sido arreglado de antemano. Messerschmidt había apiñado a la muchedumbre. Tendría que hacer el mayor esfuerzo posible para compensar esto. Comenzó a hablar de nuevo, no haciendo caso del estallido.

-Estamos aquí hoy para decidir a quién queremos por nuestro futuro presidente. Pero en un más amplio sentido, estamos aquí para decidir si debemos conservar nuestra libertad o si debemos retroceder a una tiranía tan odiosa como todas, tan perniciosa como todas las que nos oprimieron y aplastaron por tanto tiempo.

Mientras hablaba, la muchedumbre se aquietó. Era una imponente figura sobre una tribuna, lo sabía. Esto era una vieja historia para él, y ahora se servía de toda la experiencia reunida a través de los años.

-Estamos aquí para decidir nuestro futuro. Ésta no es exactamente una elección corriente. Estamos aquí para decidir si vamos a permanecer como estamos o si vamos a sumirnos de nuevo en el sangriento pasado.

Como siempre, sentía el entusiasmo de expresarse, de reiterar los principios por los cuales vivía.

-Estamos aquí para escoger entre una vida de paz y armonía, una vida en la que ningún hombre sea oprimido en modo alguno por ningún otro, una vida de confraternidad, una vida de pacífico comercio, una vida de talentos e ideales compartidos, o una vida de rígida organización, de servidumbre a una altisonante frase y a un cruel sistema de gobierno que acomode a sus súbditos a él mismo más bien que servir de ejemplo él mismo para encontrar la mayor bienandanza.

Les habló de la libertad; de cómo había sido la vida antes de que ellos nacieran, de cuan enconada había sido la lucha y de cómo debieran vivir los hombres libres.

El público seguía atentamente cada palabra, y cuando acabó Kimensen se sentó entre aplausos.

Estaba sentado en su silla otra vez. Jem, detrás de él, susurró:

-¡Joe, eso ha sido maravilloso! Nunca lo oí mejor expresado. Joe, he... he de confesar que antes de que le oyera a usted hoy estaba asustado, completamente asustado. No creía que estuviese preparado. Eso... eso parecía una tarea tan grande, completamente solo... Pero ahora sé que usted está conmigo para siempre...

Messerschmidt se levantó. Le pareció a Kimmensen como si la entera multitud inhalara simultáneamente.

-Conciudadanos.

Messerschmidt pronunció el comienzo de plano, manteniéndose tranquilamente erguido, y en seguida estuvo en expectativa. La atención de la multitud se pegó a él, y las cámaras se acercaron más

-Primero - dijo Messerschmidt - quisiera presentar mis respetos al presidente Kimmensen. Puedo verdaderamente decir que nunca le oí pronunciar ese discurso con más elocuencia. - Un murmullo de risas circuló por entre la muchedumbre -. Luego quisiera simplemente hacer unas cuantas preguntas. - Messerschmidt había continuado, sin esperar a que la risa se extinguiera. Ella cesó como si hubiera sido cortada con un cuchillo -. Me habría gustado oír al candidato Bendix hacer su propio discurso, pero temo que lo hizo.

Messerschmidt se volvió ligeramente hacia la silla de Bendix. A juicio de Kimmensen, no estaba usando el mejor tono de voz para un excitador de la chusma.

-Ciertamente, Jem Bendix es un buen sujeto. Nadie tuvo una mala palabra para él. ¿Por qué debieran tenerla? ¿Qué ha hecho él en todo caso por algún impulso suyo propio? ¿Qué ha dicho en modo alguno excepto «yo también»?

Las mandíbulas de Kimmensen se juntaron apretadamente con incrédula rabia. Había esperado que Messerschmidt diera golpes bajos. Pero esto era peor que un golpe bajo. Esto era una premeditada y suciamente manejada perversión del objeto del discurso de la campaña.

-Me pregunto - prosiguió Messerschmidt - si Jem Kimmensen (dispénsenme; Jem Bendix) estaría aquí en esta tribuna hoy si Josef Kimmensen no se hubiera dado cuenta de que era hora de poner un resguardo entre él y los ciudadanos que llama sus conciudadanos. Consideremos el historial.

Las manos de Kimmensen estrujaron sus muslos, y él miró fieramente a la espalda de Messerschmidt.

-Consideremos el historial. Ustedes y yo somos ciudadanos de la Confederación de Hombres Libres. La cual es una organización voluntaria. Ahora bien, ¿quién fundó la Confederación? Josef Kimmensen. ¿Quién ha sido el único presidente de la Confederación que siempre hemos tenido? ¿Quién es la Confederación, por la gracia de considerables poderes conjurantes y de un electorado, el cual, por el mismo hecho de pertenecer a la Confederación, es mantenido tan dividido que es raro cuando un hombre obtiene una oportunidad para discutir las cosas con su vecino?

»Lo sé; todos tenemos comunicadores y todos tenemos aviones. Pero uno no desciende a tierra sobre un comunicador, y no se da cuenta de que el otro sujeto tiene los mismos apuros que uno mientras los dos están dando vueltas en el aire. Mientras que uno no ve a su vecino cara a cara, y se muestra amigable con él, y descubre que tiene sus mismos problemas, no se da cuenta de que quizá las cosas no son del modo que Josef Kimmensen dice. Ustedes nunca se juntan y juzgan que la totalidad de las bellas palabras de Josef Kimmensen no valen nada.

»Pero la Confederación es una organización voluntaria. Todos nosotros estamos en ella, y, Dios mediante, soy candidato para presidente de ella. ¿Por qué permanecemos en la Confederación? ¿Por qué nos unimos todos nosotros?

»Bien, la mayor parte de nosotros estamos en ella porque nuestros padres estaban. Y fue una buena cosa entonces. Todavía puede serlo. Dios lo sabe; en aquellos años necesitaban algo para mantener las cosas firmes, y supongo que se desarrolló en nosotros el hábito de pertenecer a ella. Pero, ¿por qué no nos separamos de esta organización voluntaria ahora si estamos descontentos de ella por alguna razón? Les digo por qué; porque, si lo hacemos, nuestros niños no van a la escuela y cuando están enfermos no pueden entrar en el hospital. ¿Y creen ustedes que Joe Kimmensen no pensó en eso?

La muchedumbre prorrumpió en la más hosca gritería que Kimmensen hubiera oído en veintiocho años. Kimmensen palideció, y en seguida le invadió la ira. Messerschmidt los estaba batiendo deliberadamente. Estos jóvenes de ahí afuera no tenían niños para inquietarse por ellos. Pero Messerschmidt estaba empleando el contagio de ese histerismo colectivo para contaminar a los que seguían el desarrollo del acto desde sus casas.

Kimmensen percibió eso repentina y claramente y .se execró a sí mismo por haber puesto esta oportunidad en manos de Messerschmidt. Pero, ¿quién habría creído que los hombres libres fueran bastante necios - bastante estúpidos - para escuchar a este hombre?

Por supuesto, quizá los que estaban en sus casas no estaban escuchando.

-¿Y qué decir de las incursiones de los habitantes del noroeste? Josef Kimmensen declara que no hay incursiones. Dice que estamos arreglando nuestras insignificantes pequeñas contiendas - esta vez Messerschmidt esperó a que la áspera risa decayera --. Bien, quizás él lo cree. Quizá. Pero supongamos que uno fuera un hombre que tuviese a esta área en la palma de la mano. Supongamos que uno tuviera a la gente dividida en pequeñas familias, donde no pudieran organizarse para atacarlo. Y ahora supongamos que alguien dijera: «Necesitamos un ejército.» ¿Qué haría uno sobre eso? ¿Qué pensaría de tener un organizado cuerpo de hombres aguerridos, prontos a pisotearlo si se volvía demasiado importante para que la gente lo tolerase? ¿Diría uno, si fuera ese hombre: «Está bien, tendremos un ejército», o diría: «Todo eso es un engaño. No hay incursiones. Quédense en su casa. Permanezcan divididos»? ¿Diría uno eso mientras nos estuvieran matando a todos?

Estalló la feroz gritería de la multitud, y en medio de ella Messerschmidt regresó tranquilamente a su silla y se sentó.

El puño de Jem estaba golpeando el respaldo de la silla de Kimmensen.

-¡No debiéramos haberlo dejado subir a esta tribuna! ¡Un hombre como ese no puede ser tratado como un ser humano civilizado! ¡Tiene que ser destruido igual que un animal!

Dolorido y enfurecido, Kimmensen miró al otro lado de la tribuna, al hombre de la nariz de pala.

-¡No igual que un animal - musitó para sí mismo -. No igual que un animal. Igual que una enfermedad.

Todavía agitado, todavía angustiado, Kimmensen estaba sentado dentro de su despacho y miraba a sus manos. Veintiocho años de desinteresada dedicación lo habían llevado a este día.

Levantó la vista a la llamada en la abierta puerta y sintió que su cuerpo se ponía rígido.

-¿Puedo entrar? - preguntó tranquilamente Messerschmidt, inmóvil, esperando el permiso de Kimmensen.

-¿Qué quiere? - dijo Kimmensen, atezando las manos.

-Quisiera disculparme por mi acción de esta tarde - respondió Messerschmidt. Su voz era todavía tranquila y todavía firme. La boca, con su profundo surco marcado en un esconce, era seria y un poquito triste.

-Entre - dijo Kimmensen, preguntándose qué nuevo ardid emplearía Messerschmidt.

-Gracias. - Messerschmidt atravesó el despacho -. ¿Puedo sentarme?

Kimmensen señaló la silla con un movimiento de la cabeza y Messerschmidt la cogió.

-Señor presidente, la manera en que incliné mi discurso de esta tarde fue injusta en muchos aspectos. Lo hice de esa forma a sabiendas, y comprendo que debe haberle conturbado mucho. - La boca de Messerschmidt se afianzó en su vivacidad, pero sus ojos permanecían serios.

-Luego, ¿por qué lo hizo? - soltó Kimmensen. Observaba cuidadosamente el semblante de Messerschmidt, esperando la trampa que sabía que el hombre debía estar preparando.

-Lo hice porque quiero ser presidente. Sólo espero que lo haya hecho bastante bien para ganar. No tenía tiempo para poner los cimientos para una cuidadosa campaña. Habría usado los mismos hechos contra usted en todo caso, pero hubiera preferido no encubrirlos con palabras histéricas. Mas no había tiempo. No hay tiempo; he de destruir esta sociedad que usted ha constituido tan pronto como pueda. Después de la elección de esta noche lo haré.

-¡Ególatra! - musitó incrédulamente Kimmensen --. Usted está tan convencido de su superioridad que aún viene aquí, a mí, y se jacta de sus torcidos planes. Tiene toda la desfachatez viniendo aquí a decirme que va a hacerlo dada la oportunidad.

-Vine aquí para disculparme, señor Kimmensen. Y en seguida contesto a su pregunta.

-¡Veremos quién gana la elección! - Kimmensen percibió que su voz se levantaba y no hizo caso -. ¡Veremos si un hombre puede imponerse sobre otros hombres con arrogancia porque crea que tiene una misión que cumplir!

-Señor presidente - dijo Messerschmidt con su firme voz -, no tengo ninguna idea de si he de cumplir una especial misión. Particularmente no lo percibo. Pero cuando expongo mis opiniones la gente concuerda conmigo. No se trata de si yo lo quiero o no. La gente me sigue.

-¡Ningún hombre libre que esté en su sano juicio le seguirá a usted!

-Sin embargo, lo hacen. Lo que ocurre es que hablo por un mayor número de ellos que usted. No hay sitio para ninguna utopía para hombres como usted y yo; sin embargo, estamos aquí. Estamos constantemente naciendo. Por tanto, hay una opción: matarnos, quemarnos o destruir la Utopía. Y uno no puede eliminar más que una generación de nosotros.

Los ojos de Messerschmidt estaban cavilosos. La boca se torcía con mayor intensidad, tomando una expresión de pesadumbre.

-No me gusta hacerle esto, señor presidente. porque lo conozco a usted. Creo que usted no tiene razón, pero lo comprendo. Por tanto, vine aquí para disculparme.

»Soy un guía. La gente me sigue. Si me siguen, he de guiarlos. Es un círculo cerrado. ¿Y qué más puedo hacer? ¿Matarme y dejarlos sin guía? Algún día, cuando esté en su puesto de usted y otro hombre en el mío, los acontecimientos pueden muy bien moverse en esa dirección. Pero hasta que nazca y madure el hombre que me desaloje, tengo que ser lo que soy, lo mismo que hace usted. Tengo que hacer algo tocante a los habitantes del noroeste. Tengo que reagrupar a ésta gente de nuevo de manera que sean un conjunto, en vez de una serie de aislados espacios. Tengo que darles lugares para vivir juntos. No todos nosotros, señor presidente, nacimos para vivir en torres de águilas en las cimas de los montes. Por lo cual he de herirlo a usted, porque eso es lo que necesita la gente.

Librodot

Kimmensen tembló en reacción a la completa arrogancia del hombre. Recordaba a Bausch cuando finalmente entraron en su despacho de repente, y el modo en que el corpulento hombre había protestado:

«¿Por qué están haciendo esto? Yo he es[1]ado trabajando para su bien, para el bien de este país. ¿Por qué están haciendo esto?»

-¡Estoy harto de usted y de la hipocresía de los hombres de su clase, Messerschmidt! - exhaló Kimmensen -. No quiero oír nada más de usted. Usted es todo lo que desprecio y todo aquello que luché para destruir. He matado a hombres como usted. Después de la elección de esta noche, usted verá cabalmente cuan pocos partidarios tiene. Confío en que lo entenderá como un claro aviso para salir de esta área antes de que matemos a uno más.

-Dudo de que usted halle que la elección resulte de esa manera - dijo Messerschmidt, levantándose tranquilamente; su voz todavía era tan sosegada como había sido en todo momento -•. Pudiera haber sido diferente si usted no hubiese insistido tanto en luchar por la revolución de la última generación.

Kimmensen estaba tiesamente sentado dentro del despacho de Jem Bendix.

-¿Dónde está ahora? - demandó Bendix, muy agitado.

-No sé. Habrá salido del edificio.

-Joe - dijo Bendix, mirando inquietamente a Kimmensen -, ¿puede Messerschmidt ganar la elección?

Kimmensen miró a Jem por largo rato. Toda su ira se estaba escurriendo como arena que cayera del fondo de un saco podrido.

-Lo creo - quedaba sólo un angustiado y escalofriante temor dentro de él

-Pero, ¡no puede! ¡No puede! - exclamó Bendix, dando una palmada en la mesa escritorio -. Ha intimidado al electorado, no ha prometido nada excepto un ejército, no tiene en modo alguno un programa de utilidad positiva; ¡no, por Dios, el hombre no puede quitarme eso también! Joe, ¿qué vamos a hacer?

Volvió su pálido y asustado rostro hacia Kimmensen y prosiguió:

-Joe... esta noche, cuando lleguen los resultados del escrutinio, estemos aquí en este edificio. Estemos ahí mismo dentro de la sala con el registrador de las listas. Hemos de asegurarnos de que es un recto cómputo.

VI

Había sólo una simple bombilla en lo alto, en la sala de las máquinas registradoras. Bendix había entrado dos sencillas sillas de los despachos de arriba, y ahora Kimmensen estaba sentado lado a lado con él, mirando al bulto gris del aparato. La sala estaba muy abajo del edificio. Las paredes y el suelo eran de cemento, y una pálida escarcha afloraba densamente en las señales dejadas por tablas de bancos que habían sido colocadas allí mucho tiempo ha.

El registrador de las listas estaba sintonizando con todos los transmisores de la Confederación, y cada llave estaba ordenada alfabéticamente en las listas del censo. Aceptaría un solo voto de cada maduro miembro de toda familia de la Confederación. Enviaba los corrientes totales con celeridad en la ordinaria longitud de onda de la radiodifusión

-Parece extraño - dijo Bendix con voz ronca -. Una elección en la que Salmaggi no sea candidato.

Kimmensen hizo una señal de asentimiento. Las rasas paredes desfiguraban las voces hasta que ellas sonaban como los susurros de ladrones de sepulturas en una tumba.

-¿Le preguntó usted por qué no lo era? -dijo Kimmensen, porque el silencio era peor.

-Dijo que no sabía en cuál candidato pensar.

Kimmensen lo incorporó como un hecho más y lo dejó estar. -Debieran estar llegando los primeros votos -dijo Bendix, mirando el reloj -. Es la hora. Kimmensen hizo una seña afirmativa.

-Es irónico - dijo Bendix -. Tenemos una comunidad que confía en sí misma suficientemente para dejar a este aparato descuidado, y ahora la máquina está registrando una votación que es un enredo sin sentido. Désele al electorado un día más y tendría tiempo para reflexionar acerca del odio de traficante de Messerschmidt. Así como así, la mitad de la población estará votando por él con sus emociones en vez de su entendimiento.

-Será una cerrada elección - dijo Kimmensen. Estaba fuera del fingimiento.

-¡No será una elección! - prorrumpió Bendix, dando una palmada en su rodilla -. Un voto para Bendix. Dos votos para la Estupidez de la Chusma.

Librodot

- Y miró abajo, al suelo -. No podría ser peor si Messerschmidt mismo estuviera aquí abajo, manejando de una entrometida manera los circuitos del aparato registrador.

-¿Es eso tan fácil? - preguntó Kimmensen con voz áspera.

-¿Maniobrar con la máquina? Sí, una vez uno tiene acceso a ella. Cada candidato tiene un asignado circuito de almacenaje donde se acumulan sus votos. Un electrodo marcador se desvía hacia adelante y hacia atrás de circuito a circuito a medida que llegan los votos. Con un aislador para impedir que haga contacto, y un hilo metálico para echar la carga en las opuestas cavidades de recordación, un voto para un candidato puede ser registrado para el otro. Un destornillador le dará a uno acceso al montaje implicado. Medité sobre ello para asegurarme de que Messerschmidt no lo intentara.

-Comprendo - dijo Kimmensen.

Estuvieron sentados en silencio por un rato. Luego el aparato empezó a hacer tic-tac.

-Están llegando votos - dijo Bendix. Metió la mano en el bolsillo de su blusa -. He traído un receptor de comunicaciones para escuchar.

Estuvieron sentados sin hablar de nuevo por casi media hora, escuchando. Luego Kimmensen miró a Bendix.

-Esos serán los inmediatos partidarios de Messerschmidt, votando tempranamente - dijo -. Ello se nivelará, probablemente, cuando la mayor parte de las familias terminen la cena.

Su voz le parecía falsa a él mismo.

Bendix andaba de aquí para allá, el sudor brillaba terso en su rostro a la luz de la bombilla colgada en lo alto.

-No es justo - dijo roncamente -. No es una verdadera elección. No representa nada. - Y miró a Kimmensen desesperadamente -. ¡No es justo, Joe!

-Está bien, Jem - dijo Kimmensen, suspirando -. Supongo que usted ha traído el necesario equipo: el destornillador, el aislador, etc.

Después de otra media hora, Bendix miró al otro lado de la sala, hacia Kimmensen. La arrancada tabla del banco yacía en el suelo a sus pies; los tornillos bamboleaban de aquí para allá dentro de su cimbra.

-Joe, aún no basta.

Kimmensen hizo una señal de asentimiento, mientras escuchaba los totales en el receptor.

-¿Cuántos está usted desviando ahora? - preguntó.

-De cada tres votos para Messerchsmidt se registra uno para mí.

-Ponga de cada dos uno - dijo agriamente Kimmensen.

Escasamente alcanzaron el total de Messerschmidt. Fue una elección cerrada. Más cerrada que ninguna en que Kimmensen hubiera estado nunca antes. Bendix repuso la tabla. Apagaron la luz de la sala y subieron de nuevo a las oficinas situadas a nivel del suelo, llevando las sillas consigo.

-Bien, Joe, está concluido - susurró Bendix, aun cuando no había nadie escuchando.

-Sí.

-Una cosa como ésta se insinúa en la mente de uno - dijo Jem, con voz llena de extrañeza - Uno empieza diciéndose a sí mismo que sólo está rectificando un error que la gente no cometería si tuvieran tiempo para reflexionar. Uno fija un número: de cada cinco uno. De cada cinco personas, uno se dice a sí mismo, una desviaría su propio voto, dada la oportunidad. Luego se pregunta si no sería de cada cuatro una; y en seguida, de cada tres... Joe, juro que cuando primero sugerí que bajáramos ahí esta noche no tenía intención de hacer... lo que hemos hecho. Aun cuando me metí el aislador y el hilo metálico en el bolsillo, no me proponía...

-¿No? - dijo Kimmensen. Se sentía desinteresado. Tuvieron que hacerlo, y lo habían hecho. Ahora el asunto era olvidarse de ello -. Buenas noches, Bendix.

Kimmensen lo dejó y anduvo despacio por los pasillos abandonados desde otro tiempo. Bajó la escalinata delantera y salió a la plaza.

Halló a Messerschmidt esperándole. El hombre estaba en la sombra de la cabina del avión, y las luces de la plaza escasamente descubrían su rostro. Kimmensen se detuvo de repente.

Las facciones de Messerschmidt eran una pálida imagen de si mismo en la oscuridad.

-¿No creía usted que hiciera revisiones? - preguntó Messerschmidt con voz lastimosa -. Tuve a la gente votando en regulados intervalos, con testigos, mientras yo revisaba el comente total.

-No sé de qué está usted hablando.

-Señor Kimmensen - dijo Messerschmidt con un lento mohín -, si hubiese creído por un

momento que ustedes harían algo parecido a eso, hubiera tenido a algunos de mis hombres en ese edificio con ustedes. - Sus manos se movieron con el único gesto inseguro que Kimmensen le hubiese visto hacer jamás -. Tenía una buena idea de cómo marcharía la votación. Cuando empezó rectamente, y de repente comenzó a disminuir, yo tuve que empezar a inspeccionar. Señor Kimmensen, ¿creían ustedes realmente que podrían hacerlo con impunidad?

Kimmensen replicó:

-¿Hacer con impunidad qué? ¿Va usted a pretender que hubo un fraude? ¿Va a desechar la elección? ¿Es eso?

-Espere, espere ahora; señor Kimmensen, ¿no apañaron ustedes la votación?

-¿Está usted loco?

-Lo siento, señor Kimmensen - dijo Messerschmidt en un diferente tono de voz -. Otra vez tengo que disculparme. Debiera haber estado mejor enterado. Bendix debió haberlo hecho solo. Debiera haber sabido...

-No. No - dijo Kimmensen, suspirando -; olvídelo, Messerschmidt. Lo hicimos juntos.

Messerschmidt estuvo callado por un largo momento.

-Comprendo - dijo luego. Su voz era apagada -. Bien. Usted me ha preguntado si iba a desechar la elección.

-¿Va a hacerlo?

-No lo sé todavía. Tendré que pensar. Tendré que hacer algo, ¿no es cierto?

Kimmensen hizo una señal de asentimiento en la oscuridad.

-De alguna manera, usted ha ganado y yo he perdido. - De repente se puso muy excitado -. De alguna manera usted se las ha arreglado para ganar, hagan lo que hagan los hombres honrados.

-Está bien, señor Kimmensen. Sea como usted lo quiere.

-Sea lo que sea lo que usted piense hacer ahora, yo estaré en casa. En caso que me necesitara para un pelotón de fusilamiento o algún propósito similar.

-Señor Kimmensen - dijo Messerschmidt con aire de fastidio -, usted es notorio por su dramatismo, pero creo que eso está yendo demasiado lejos.

Y se fue en la oscuridad.

Kimmensen subió en su avión, angustiado ante la noche y furioso por la cruel incisiva observación de Messerschmidt.

No había nadie en casa. Atravesó el local metódicamente, abriendo tenazmente los vacíos armarios de Susanne. Luego se sentó dentro de la estancia con las luces apagadas, mirando afuera a la noche estrellada y sin luna. Hizo una viva seña con la cabeza para sí mismo.

-Por supuesto - dijo en la oscuridad -. Susanne sería una de los regulados votantes de Messerschmidt.

Luego permaneció sentado allí por largo rato, con los ojos directamente al frente y no posados en nada, con todos los pliegues de su ropa en rígida posición, como si fuera una estatua.

VII

Hasta que, horas después, flores de color de naranja brotaron abajo en el valle. Kimmensen se levantó, no comprendiéndolo de momento, y en seguida salió al patio, asomándose a la baranda. Al débil viento oyó el distante ruido de tierra y casas que se deshacían en vapor. En los valles se arremolinaba el fuego en llamaradas a través de la oscuridad, y frente al resplandor de ardientes árboles vio las movientes siluetas de unos aviones. Los hombres eran demasiado diminutos para ser distinguidos a esta distancia, pero a medida que los disparos de los aviones hendían la oscuridad otras armas contestaban desde el suelo.

De repente oyó el fuerte zumbido de un avión en el aire exactamente sobre su cabeza. Se echó atrás de un brinco antes de que reconociera el avión de Jem Bendix. El aparato descendió velozmente hacia el lugar de aterrizaje, aterrizando con una violenta sacudida, y Bendix sacó la cabeza de la cabina.

-¡Joe!

-¿Qué está pasando?

-Messerschmidt... ¡está tomando posesión, a pesar de la elección! Yo estaba en casa cuando vi empezar eso. Messerschmidt y sus partidarios están derribando a todos los que no quieren apoyar el movimiento.

-¿Qué vamos a hacer?

-¡Voy a bajar allá y a matarlo! - rugió Bendix. Su rostro estaba rojo de ira -. Debiera haberlo hecho mucho tiempo ha. ¿Viene usted conmigo?

¿Por qué no?, pensó Kimmensen, haciendo una mueca. ¿Por qué estar esperando para morir aquí?

Subió al avión y hebilló el cinturón del asiento. Bendix puso el aparato en movimiento y se

elevaron rápidamente. Sus manos, posadas sobre la rueda de mando, estaban pálidas y temblorosas mientras dirigía el avión a lo largo de la ladera y descendían con estridente ruido.

-A lo que parece, están concentrados cerca del edificio de las oficinas - gritó por encima del quejido del aire -. ¡Debiera haber sabido que Messerschmidt haría esto! ¡Bien, soy el presidente de la Confederación, por Dios, y voy a ajustar cuentas con él ahora mismo!

Si no nos matan a nosotros primero, pensó Kimmensen, procurando inspeccionar su arma. Bendix estaba inclinado sobre la rueda, agachado hacia adelante, como si quiera aterrizar de golpe en la plaza. Kimmensen podía ver hombres que corrían.

Se libraron de la picada casi demasiado tarde. El avión, con un violento choque, se metió entre la maleza de detrás del edificio de las oficinas. Bendix abrió la portezuela de repente y saltó afuera mientras el avión bamboleaba violentamente.

Kimmensen salió más cuidadosamente. Aún aquí, en la sombra del edificio, los fuegos de alrededor de la plaza eran bastante resplandecientes para que los viera. Se abrió camino a través de la enmarañada maleza, oyendo a Bendix que avanzaba por delante de él. Bendix ganó el ángulo del edificio.

-¡Le veo, Joe!

Kimmensen dio la vuelta a la esquina, manteniendo su arma aprestada.

Pudo ver a Messerschmidt entre un grupo de hombres detrás de los restos de un avión estrellado. Estaban mirando hacia la opuesta ladera, donde rojas llamas danzaban de un lado a otro de la vertiente. Kimmensen pudo tenuemente oír un trozo de lo que Messerschmidt estaba vociferando:

-Maldito sea, Toni; cejaremos cuando yo...

Pero perdió el resto. Luego vio salir a Bendix de entre los arbustos dando tambaleos, a diez pies de distancia detrás de los hombres.

-¡Usted! ¡Messerschmidt! ¡Voltéese!

Messerschmidt se apartó del resto de los hombres, girando instintivamente como un enorme gato antes de que viese quién era. Luego bajó el arma que tenía en la mano, mientras su boca se movía a tirones con repugnancia.

-¡Oh!... es usted. Suelte ese artefacto o apúntelo hacia alguna otra parte. Quizás usted pueda hacer algo de bueno por ahí.

-¡No importa eso! Estoy harto de usted.

-Escuche, no tengo tiempo para jugar partidas - dijo Messerschmidt, avanzando hacia Bendix con rápidas zancadas. Hizo saltar el arma de la mano de Bendix con una puñada, lo hizo retroceder dándole un fuerte empujón en el pecho, y se volvió hacia sus hombres -. Eh, Toni, ¿puedes decir si esos del noroeste están bajando aquí a lo menos?

Las mejillas de Kimmensen se embebieron. Salió a la plaza, observando a Bendix con el rabillo del ojo, el cual estaba inmóvil allí donde Messerschmidt lo había dejado.

Kimmensen se acercó a Messerschmidt y el hombre se volteó otra vez. Sus ojos se dilataron.

-Bien, señor Kimmensen.

-¿Qué está pasando?

-Ahí están - gruñó Messerschmidt, señalando al monte -. Supongo que sabían que tenían que obrar aprisa una vez yo desechara la elección. Empezaron a soltar hombres por los aires hace aproximadamente media hora. Están como moscas allá arriba y estarán bajando aquí tan pronto como terminen su operación de limpieza. Eso debiera ser de aquí a unos minutos.

-¿Los del noroeste?

-Justamente, señor Kimmensen.

-Bien.

-Supongo que usted habrá adivinado que Susie está en mi casa - dijo Messerchmidt con una tenue sonrisa.

-¿Estará bien?

Messerschmidt hizo una seña afirmativa.

-La casa está fortificada. Esa es nuestra inmediata guarida cuando nos retiremos de aquí.

Su semblante ahora era grave.

-¿No hay ninguna probabilidad de pararlos?

-Ninguna - dijo Messerchmidt, moviendo la cabeza -. Son especialistas de guerra, señor Kimmensen. Nosotros no tenemos hombres adiestrados.

-Comprendo.

Messerschmidt miró a Kimmensen sin ningún visible triunfo en sus ojos.

-Parece ser, señor Kimmensen, que tienen hombres como nosotros en el noroeste también. Infortunadamente, los suyos parecen haber obrado más aprisa.

-¿Qué van a hacer ustedes?

-Nada - dijo Messerschmidt, levantando la vista hacia el monte y encogiéndose de hombros -. Tenemos a algunos hombres en el aire, pero el resto de ellos están abajo. Puede ser que tengamos armas tan buenas como las suyas, pero ellos saben cómo usarlas con unidades. Es muy sencillo. Nosotros procuraremos mantenernos firmes y matar a tantos como podamos cuando nos alcancen. Seguiremos retirándonos y aguantando en tanto que podamos, y cuando lleguemos al mar, si es que llegamos tan lejos, nos ahogaremos.

Kimmensen frunció el ceño.

-¿Sus hombres están concentrados en ese monte?

-Sí.

-¿Y usted va a estarse quieto y dejar que la Confederación sea destruida?

-¿Qué quisiera usted, señor Kimmensen, que yo hiciese? - dijo Messerschmidt, mirándolo con furia -. No tengo tiempo para adiestrar a un ejército nuestro propio. Nos tienen paralizados.

-Messerschmidt, veo a ocho hombres aquí con armas.

-En cuanto a lo que podemos llevar a cabo, podríamos también usarlas para tostar sándwiches.

-Podemos batir esa ladera. Hasta la desnuda roca.

-Usted está bromeando - dijo Messerschmidt. pálido.

-¡No!

-Hay gente nuestra ahí arriba.

-Hay gente nuestra en toda esta área. Cuando los del noroeste hayan terminado ahí arriba, se extenderán y los quemarán a todos, unos poquitos a la vez.

-No puedo hacerlo - dijo Messerchsmidt mirando a Kimmensen con incredulidad -. Hay una probabilidad de que parte de nuestra gente de ahí arriba pueda salir sin ser observada.

-Para entonces los del noroeste estarán aquí abajo y dispersos.

Messerschmidt empezó a responder y se detuvo.

-Messerschmidt, si usted va a hacer algo, más vale que lo haga inmediatamente.

-No puedo hacerlo. - Messerschmidt estaba moviendo la cabeza -. Es asesinato.

Kimmensen sentenció:

-Algo mucho más importante que la vida humana está siendo asesinado en ese monte en este momento.

-Está bien Kimmensen - estalló Messerschmidt -.Si usted está tan fogoso por ello, ¡dé usted la orden! Hay aproximadamente un centenar de familias de la Confederación ahí arriba. La mitad de ellas están aún con vida, yo diría. Si la elección es nula, usted es todavía presidente. Asuma la responsabilidad si puede.

-Puedo. -Tan sencillamente.

-Messerchsmidt, la defensa de la libertad es instantánea y automática.

-Está bien, señor Kimmensen - dijo Messerschraidt, suspirando. Y se volvió hacia sus hombres -. Le han oído. Es su orden. Apunten al monte. - Mostró los dientes con una torcida sonrisa - . En nombre de la libertad .. ¡hagan fuego!

Kimmensen observó el desarrollo. Mantuvo el rostro inmóvil y consideró que, hasta cierto punto, lo mismo daba que no hubiera de vivir mucho.

Pero estaba hecho y, hasta cierto punto, su viejo sueño estaba todavía vivo. Hasta cierto punto, las manos de Messerschmidt estaban atadas ahora, porque al fin los hombres libres derrotaron a los ejércitos adiestrados y nadie podría olvidar la lección durante esta generación.

Miró abajo al suelo. Y hasta cierto punto Messerschmidt había ganado, porque Kimmensen se estaba extinguiendo y Messerschmidt tenía años por delante.

Ese parecía ser el modo del desarrollo. Y Messerschmidt moriría algún día y vendrían otras revoluciones, tan cierto como que la Tierra gira sobre su eje y da vueltas alrededor del Sol. Pero ningún Messerschmidt - y ningún Kimmensen - se libertarían jamás enteramente del pasado, y ninguna revolución podría menos de copiar a la precedente.

Bien, Bausch, Kimmensen dijo para sí mismo mientras la superficie del monte lentamente se apaciguaba y perdía el color Me pregunto qué nos tendremos que decir.

PRIMERO, SERVIR

Me están instando a leer y escribir, diciendo que podré hacer esto mejor entonces.

Pimi

MAS 712, 820TH TDRC,
COMASAMPS, APO 15,
28 de septiembre

Leonard Stein, director,
INFINITY
862 Union St,
New York 24, N. Y.

Querido Len:
Novedad, etcétera.

Parece ser que habrá algunas historias de H. E. Wood para *Infy* al fin y al cabo. Cuando usted reciba esto, la 820TH TDRC tendrá un nuevo ingeniero de proyectos, la COMASAMPS, y yo estaré de vuelta en el antiguo Royal y en el cubil de Perry Street.

No derramo ninguna lágrima por el joven Heywood, sin embargo. La COMASAMPS y yo hemos llegado a estar separación con los ojos secos y la cabeza bien erguida. No hubo tristeza en

Librodot

nuestra separación; ninguna amargura, ningún llanto, ningún remordimiento. La COMASAMPS - en una de sus aparentemente ilimitadas personificaciones humanas - simplemente me dio unas palmaditas en el hombro y me dijo que cogiera mis calibraciones y me marchara. Tendré que mantenerme alejado de la cibernética por algún tiempo, por supuesto, y no creo que debiera escribir ninguna historia de robots en el intervalo, pero bien, nunca me gustaron realmente las historias de robots de cualquier modo.

Pero todo esto es una larga historia; unas diez mil palabras a lo menos, lo cual significa una pérdida neta de 300 dólares si la cuento ahora.

Por tanto, vayan a comprar unas nuevas barajas. Estaré en la ciudad la semana próxima. Recuerdos al colega y a los muchachos, y muchos éxitos.

Vic Heywood.

Mi nombre es realmente Prototipo del Hombre Mecánico I, pero todos me llaman Pimmy, o a veces Pim. Fui montado en el vigésimo octavo lapso del 10 de agosto de 1974. No sé lo que hombre o lapso o 10 de agosto de 1974 significa, pero Heywood dice que lo sabré el día de mañana. ¿Qué es el día de mañana?

Pimmy.

12 de agosto, 1974

Todavía estoy teniendo dificultad para definir al «hombre». Por lo visto, ni siquiera los hombres pueden hacer una labor muy satisfactoria en eso. La 82OTDRC, por supuesto, es el ochocientos veinte Centro de Investigación y Desarrollo Técnico del Departamento de Personal Artificial y Mecánico de los Servicios Combinados de las Fuerzas Armadas. El 10 de agosto de 1974 es antes de ayer.

Todo esto es muy obvio, pero es bueno recordarlo.

Oí una conversación muy extraña entre Heywood y Russell ayer.

Russell es un hombre bajo de estatura, de unos treinta y ocho años, el cual es el primer ayudante de Heywood. Lleva gafas, y su barba está más atrás que la boca. Ello da a la cabeza un aspecto simétrico. Su voz es aguda, y mueve las manos rápidamente. Creo que sus reflejos son excesivamente acelerados.

Heywood es un poco grueso Casi es tan alto como yo. Se mueve con facilidad, es parecido a mí. Uno tiene la idea de que la totalidad del peso de su cuerpo nunca alcanza el suelo. Ocasionalmente, sin embargo, deja un cigarrillo encendido en un cenicero, y uno puede ver que la punta ha sido mascada hasta hacerla trizas.

¿Por qué están tan nerviosos todos los de la COMASAMPS?

Heywood estuvo mirando la primera anotación de lo que ahora puedo llamar mi diario. La enseñó a Russell.

-Creo que usted hizo una buena labor con las cintas registradoras autoconscientes, Russ - dijo Heywood.

-Demasiado buena, pienso - Russell nuncio el ceño -. El no debiera tener un impulso tan tremendo hacia la autoexpresión. Tendremos que allanar eso tan pronto como sea posible. ¿Quiere que arme una nueva cinta?

-No veo por qué - dijo Heywood, moviendo la cabeza -. En realidad, con la inteligencia que hemos dado al hombre mecánico, considero que eso es probablemente un normal concomitante - levantó la vista hacia mí y pestañeó.

Russell se quitó las gafas de un tirón y las limpió con la manga de la camisa.

-No sé. Tendremos que vigilarlo. Hemos de recordar que os un prototipo, no diferente de un modelo experimental de automóvil, o de un nuevo modelo de una máquina de lavar platos. Esperábamos que surgieran inconvenientes. Creo que hemos dado con uno, y no me gusta, tampoco, esta personificación que ha adquirido en nuestra mente. Esto de llamarlo por un apodo es completamente erróneo. Hemos de recordar que no es un individuo. Tenemos todos los derechos a remendarlo y manejarlo como queramos - se puso las gafas otra vez, de sopetón, y pasó las manos por el pelo que las piezas transversales de las mismas habían desordenado -. Es sólo otra máquina. No podemos perder de vista eso.

-Calma, muchacho - dijo Heywood, alzando las manos -. ¿No está usted yendo demasiado lejos? Todo lo que el hombre mecánico ha hecho es sacar unas cuantas palabras con una máquina de escribir. Sosiéguese, Russ - se acercó a mí y me dio una manotada en la cadera -. ¿Qué me dice, Pimmy? ¿Se siente con ánimo para fregar el suelo?

-No tengo ninguna opinión. ¿Es eso una orden? - pregunté.

Heywood se volvió hacia Russell.

-Observe el ufano individuo - dijo. Y, dirigiéndose a mí -: No, Pimmy, no es ninguna orden. Anule eso.

Russell se encogió de hombros, pero dobló cuidadosamente la hoja de mi diario, y se la metió en el bolsillo de arriba. No me preocupé. Nunca he descuidado nada.

15 de agosto, 1974

Me hicieron algo el 13. No puedo recordar qué. He examinado mi memoria con cuidado, pero no hay nada. No puedo acordarme.

Russell y Ligget estuvieron hablando ayer sin embargo, y entonces metieron el cortavapor automático, y me pasaron órdenes. No me molesté por eso. Y todavía no me molesto. No puedo.

Ligget es uno del pequeño ejército de rondadores que nadie sabe de seguro si no es un agente secreto, pero el cual suelda hilos metálicos mientras Heywood y Russell determinan sobre él
Yo acababa de dar cuatro medias vueltas, limpiando sus zapatos, y había afectado una particular postura. Creo que hay algo seriamente irregular con respecto a Ligget.

-Mmm.., sí - dijo abstractivamente Russell. Paseó la mirada por una columna de cifras de un gráfico de Tablas de Cálculos -. Pruebe a andar con las manos, PMM número uno - dijo.

Activé mi giroscopio y reengasté los circuitos de locomoción de mis pedales. Anduve alrededor de la habitación con las manos.

-Eso parece marchar bien - dijo Ligget, frunciendo el ceño fuertemente -. ¿Qué resultado ha dado el examen del gráfico?

-Mejor - dijo Russell -. Estoy sorprendido. Tuvimos mucha dificultad con él los últimos dos días. Reaccionaba como un cadáver que se hubiera hecho revivir por artes de hechicería.

-Oh, ¿sí? No estaba enterado de eso. ¿Qué ocurrió? Quiero decir... ¿qué clase de regulador estaban usando?

Pude ver que Russell no estaba demasiado seguro de si debiera informar a Ligget o no. Yo ya tenía la sensación de que la atmósfera de este proyecto estaba cargada de docenas de corrientes contrarias y chocantes ambiciones. Iba a averiguar mucho sobre la COMASAMPS.

-¿Bien? - dijo Ligget.

-Procuramos cortar los circuitos de su individualidad. Efectivamente, él era sólo una serie de reflejos condicionados.

-¿Dice que reaccionaba como un cadáver que se hubiera hecho revivir?

-Claro automatismo. Reacciones muy lentas, y. por supuesto, ninguna iniciativa.

-Quiere decir que él sería muy lento en su reacción a las órdenes en esas condiciones, ¿no es cierto? - Ligget miró cautelosamente a espaldas de Russell

-¡Haría un miserable soldado - exclamó Russell, volteándose -, si es eso lo que la CIC quiere saber!

Ligget ablandó el rostro, y bruscamente tiró los hombros hacia atrás.

-No soy un fisgón de la CIC, si es eso lo que quiere decir.

-¿No le importa si lo llamo embustero, eh? - dijo Russell, agitando las, manos.

-No en particular - dijo Ligget, pero estaba colérico detrás de su tranquilo semblante.

Ayuda tener unas inmóviles facciones como las mías. Uno llega a conocer la psicología de un hombre que procura alcanzar el mismo efecto.

16 de agosto, 1974

Me fastidia no tener una anotación del diario para el 14 tampoco. Alguien ha estado obrando sobre mí otra vez.

Informaré a Heywood sobre ello. Se encogió de hombros.

-.Podría también acostumbrarse a ello, Pimmy. Habrá mucho de eso aún. No me imagino que sea agradable - a mí mismo no me gustaría una intermitente amnesia - pero uno puede hacer muy

poco sobre ello. Regístrelo como uno de los azares del oficio inherentes a su condición de prototipo mecánico.

-Pero no me agrada - dije.

Heywood contrajo el lado izquierdo de su boca en una línea recta y suspiró.

-Como he dicho, Pimmy, a mí no me agradaría, tampoco. Por otra parte, no se nos puede culpar si la nueva máquina que estamos probando sabe por casualidad que está siendo probada, y se resiente de ello. Nosotros construimos la máquina. Teóricamente, es nuestro privilegio hacer todo lo que nos plazca con ella, si eso nos ayuda a averiguar cómo funciona la máquina, y cómo construir otras mejores.

-Pero, ¡yo no soy una máquina! - dije.

Heywood puso el labio inferior entre los dientes y levantó la vista hacia mí, arqueando una ceja.

-Lo siento, Pim. Temo que lo es.

Pero, ¡no lo soy! ¡NO LO SOY!

17 de agosto, 1974

Russell y Heywood estuvieron trabajando hasta muy tarde conmigo la noche pasada. Conversaron un poco, de aquí para allá. Russell estaba muy nervioso, y finalmente Heywood se impacientó un poquito con él.

-Está bien - dijo Heywood, abandonando sus gráficos -. No estamos llegando a ninguna parte de esta manera. ¿Quiere sentarse y realmente hablar de lo que lo está aturrullando?

Russell pareció quedar un poco desconcertado. Movió la cabeza de un modo espasmódico.

-No... no tengo nada preciso en el pensamiento. Simple parloteo. Usted sabe cómo es eso - trató de simular que estaba muy absorto en uno de los grafícos.

Heywood no lo soltó del anzuelo, sin embargo. Sus ojos estaban penetrando en el rostro de Russell, deshollejando capa tras capa de desorientador amaneramiento y descubriendo el patente miedo del hombre.

-No, no sé cómo es eso - puso la mano sobre el hombro de Russell y lo volteó hacia donde el otro hombre estaba colocado completamente enfrente de él. Pero, mire... si hay algo que lo atormenta, sepámoslo. No voy a permitir que este proyecto quede atascado por sus secretas preocupaciones. Las cosas son bastante difíciles con todos tratando de apremiarnos a hacerlas a su manera, y ninguno de ellos estando cabalmente seguro de cuál sea esa manera.

La última frase debió haber despertado algo dentro de Russell, porque dejó caer sus gráficos junto a los de Heywood, y agarró el paquete de cigarrillos de su bolsillo.

-Es exactamente eso lo que es el básico problema - dijo, con los ojos muy dilatados.

Empujó una mano de aquí para allá por el lado de su rostro y anduvo de un lado a otro sin designio. Luego salió un torrente de palabras.

-Estamos trabajando en la oscuridad, Vic. En la oscuridad, y hay alguien asociado con nosotros que está blandiendo porras cerca de nuestras cabezas mientras damos trompicones por ahí. No sabemos quién es, no sabemos si es uno o más de uno, y no sabemos cuándo está llegando el siguiente golpe.

«Miren... somos ingenieros de cibernética. Nuestra tarea era proyectar un cerebro que hiciera funcionar una unidad autopropulsora designada para alojarlo. Ese era el problema del planeo, y tenemos una tendencia a continuar considerándolo bajo ese aspecto.

«Pero eso no es todo el cuadro. Hemos de tener presente que la única razón por la cual nos dieron en todo caso la oportunidad y las facilidades era porque alguien creía que sería una buena idea echar soldados en un renglón de producción, justamente como lo hacen con el resto de los atavíos de guerra. Y el modo en que lo considera la COMASAMPS no es en términos de un cerebro alojado en un casco independientemente movible, sino en términos de un robot que ahora tiene que ser adaptado a la general idea de lo que debiera ser un soldado.

«Mas nadie sabe cuál es el modelo del soldado ideal.

«Unos dicen que debiera reaccionar a las órdenes con perfecta precisión y sobrehumanos reflejos Otros dicen que debe poder hallar el modo de salir de una dificultad, o improvisar en una situación donde las órdenes que haya recibido no se acomoden ya, exactamente como un soldado humano. Los que quieren un cabal autómata no desean que sea suficientemente listo para darse cuenta

de que es de hecho un autómata, probablemente porque tienen miedo de la idea; y los que quieren que pueda mostrar humana discreción no desean que sea suficientemente humano para ser rebelde en una situación desesperada.

«Y eso es sólo el principio. La COMASAMPS puede ser un combinado proyecto, pero si uno cree que la Armada no está inspeccionando al Ejército, y viceversa, con ambas mirando por encima del hombro a la Fuerza Aérea ¡Oh, ustedes conocen esa jaula de ardillas tan bien como yo!

Russell accionaba desesperadamente. Heywood. que había estado echando tranquilas bocanadas de humo de su cigarro, se encogió de hombros.

-¿De veras? Todo lo que tenemos que hacer es chafallar por ahí hasta que podamos idear un modelo ejemplar que se ajuste a cada definición. Luego pueden hacer tantas comparativas pruebas de campaña como quieran. Es su problema. ¿Por qué dejar que lo gane a uno?

Russell tiró el cigarrillo al suelo y puso el pie encima, descargando sobre él todo el peso de su cuerpo.

-¡Porque no podemos hacerlo, y ustedes debieran saberlo tan bien como yo! - señaló hacia mí - Ahí está su modelo prototipo. Tiene todos los rasgos distintivos que todos desean, y cortavapores destinados a quitar los rasgos que estorban a alguna determinada definición. Podemos separar su individualidad, y dejarle el autómata que algunos quieren. Podemos dejarle su individualidad, separar su volición, y darle órdenes generales las cuales él es luego libre para llevarlas a cabo por cualquier medio que considere ser mejor. O podemos tratarlo como un ser humano; instruirlo por medio de cintas registradoras, adiestrarlo, y hacerlo apto para una ocupación, del modo que lo haríamos con un ser humano.

El desigual tono se reconstituyó en su voz mientras terminaba lo que estaba diciendo.

-Sin embargo, si lo reducimos a una máquina que responda a las órdenes como si fueran botones de presión, es lento. Es lastimosamente lento, Vic, y estaría inmovilizado a los treinta segundos de combate. No hay nada que podamos hacer sobre eso, tampoco. Hasta que alguien sepa la manera de impeler la electricidad a través de un circuito más aprisa de lo que las leyes de física dicen que debiera ir, lo que tendremos será una pesada y estúpida cosa que no vale más que los aparatos de exposición con mandos lejanos construidos hace cuarenta años.

«Corriente, por tanto eso no sirve. Le dejamos individualidad, pero la limitamos hasta reducir su personalidad a la de un esclavo. Eso vale más. En esas condiciones, él, teóricamente, sería un mejor soldado que el ordinario humano. Un oficial podría ordenarle que hiciera una ronda en determinado sector, y él haría la mejor tarea posible, escogiendo la mejor manera de dirigir cada paso en el trabajo mientras iba a ello. Pero, ¿qué hace él si vuelve, y el oficial que le dio las órdenes no está ya allí? O, peor todavía, si ha habido una retirada, y no hay nadie allí. O un armisticio. ¿Y qué decir de un armisticio? ¿Puede uno imaginar a este robot esclavo entrando en una especie de paralización porque no tiene ningunas órdenes para dominar una nueva situación?

«Pudiera también no haber continuado con esa ronda en modo alguno; porque no puede formar juicio sobre lo que ha aprendido, y porque su tarea está ahora acabada, por lo que concierne a él. El enemigo podría invadir su puesto, y él no haría nada sobre ello. Operaría de orden en orden. Y si se firmara un armisticio, él permanecería exactamente donde estaba hasta que pudiera salir un técnico, y quitar las cintas de orientación para el soldado y sustituirlas con lo que finalmente se decidiera.

«Oh, uno podría rodear la limitación, bien; expidiendo una compleja serie de órdenes, tales como: «Salga de ronda y preséntese a la vuelta. Si yo no estoy aquí, preséntese a fulano. Si no hay nadie aquí, haga esto. Si eso no va bien, pruebe eso. Si ocurre tal y tal cosa, procede como sigue. Pero no confunda tal y tal cosa con eso o con esto». ¿Puede uno imaginarse hacer la guerra sobre esa base? ¿Y qué decir de ese problema de reorientación? ¿Cuánto tiempo estarían todos esos robots inmóviles ahí antes de que todos ellos pudieran prestar servicio? ¿Y cuántas horas de actividad humana, y cuánto material se necesitaría para hacer la tarea? Francamente, yo no podría pensar en una más incómoda manera de dirigir una guerra aun cuando lo intentara.

«O, podemos construir todos nuestros robots en la forma del de Pimmy cuando todos sus circuitos están funcionando, sin los cortavapores de prueba. Pero, entonces, tendríamos seres humanos artificiales. Seres humanos que no se desgastan, que un manotazo no parará, y los cuales no necesitan alimento o agua mientras sus pilas tengan un pedazo de plutonio del tamaño de un guijarro para mascar.

Russell rió amargamente.

Y la Aunada puede estar asegurándose de que el Ejercito no salte sobre ella, con la Fuerza

Aérea haciendo su pizca, pero hay una cosa en la cual la totalidad de las tres concuerdan tanto como no lo hacen casi en nada más; experimentarán con cadáveres autómatas, y probarán con esclavos, pero una cosa que nadie quiere que produzcamos es superhombres. Tienen hombres a cubierto en todos los puestos de trabajo, todos ellos vigilándose mutuamente y vigilándonos a nosotros; y toda la cosa se desploma sobre nuestras cabezas como una tonelada de cemento si hay siquiera el primer susurro de una idea de que vamos a construir más robots del tipo de Pimmy. Lo mismo ocurre si no les ofrecemos el perfecto soldado. Y el único perfecto soldado es un Pimmy. Pimmy podría sustituir a cualquier hombre en cualquier servicio del ejército; desde un servicio de vigilancia hasta un completo estado mayor general, dependiendo de las cintas que tuviera. Pero tendría que ser un verdadero individuo para hacerlo. Y sería más listo de lo que son ellos. No podrían fiarse de él. No porque no trabajara para los mismos fines que querrían, sino porque probablemente lo haría de alguna manera que no podrían entender.

«Por tanto, no quieren ya hombres mecánicos del tipo de Pimmy. Este único modelo de prueba es todo lo que quieren admitir, porque puede ser transformado en la clase de robot que deseen, pero no aceptan al entero Pimmy, con todas sus potencialidades. Sólo quieren parte de él.

«Tenemos su perfecto soldado, pero no lo quieren - la amarga risa de Russell era más estrepitosa -. Quieren algo menos; pero ese algo menos nunca será el perfecto soldado. Así trabajamos y trabajamos, semanas sin interrupción, experimentando, revisando, haciendo nuevos proyectos. ¿Por qué? Estamos marcando el tiempo. Tenemos lo que ellos desean, pero no lo quieren; sin embargo, si no se lo entregamos pronto, cancelarán el proyecto Y si les entregamos lo que quieren, eso no será realmente lo que quieren. ¿No pueden ustedes entenderlo? ¿Qué le pasa, Heywood? ¿No puede ver que estamos en un callejón sin salida? Pero no es un callejón sin salida, porque hay agujeros, en todos lados, con ojos que se vigilan mutuamente y nos vigilan a nosotros, siempre atisbando sin cesar ojos que siguen vigilando, y nunca paran.

Heywood había ya cogido el teléfono. En el momento en que Russell se desplomó, Heywood empezaba a hablar en el aparato, llamando al hospital del Proyecto. Aun mientras hablaba, sus ojos estaban fríamente cavilosos, y su boca tenía una expresión que nunca antes había visto. Su otra mano estaba sobre el trémulo hombro de Russell, moviéndose suavemente mientras el otro hombre sollozaba.

25 de agosto, 1974

Ligget es el nuevo ayudante de Heywood. Hace una semana que falta Russell.

Russell no fue sustituido hasta tres días después, y en ese tiempo Heywood trabajó sólo conmigo. Está encargado de todo el proyecto como ingeniero, y yo estoy casi seguro de que tenía que haber habido otras cosas en que podía haber estado ocupado mientras estaba esperando a un nuevo ayudante, pero pasó la totalidad de su tiempo en este laboratorio conmigo.

Su rostro no mostró lo que pensaba acerca de Russell. No es como Ligget, sin embargo. Los pensamientos de Heywood son personales. Los de Ligget son secretos. Pero, ocasionalmente, mientras Heywood estaba trabajando, empezaba a voltearse y a alargar la mano, o simplemente a decir «Jack. » Como si quisiera algo, y en seguida se paraba, y sus ojos se ponían más pensativos.

Sólo entendí una parte de lo que Russell había dicho esa noche que se lo llevaron, por tanto interrogué a Heywood sobre ello ayer.

- ¿Qué es lo que le preocupa, Pim? - preguntó.

-No lo sé, con seguridad. Hay demasiado que no entiendo en todo esto. Si supiera lo que significaban algunas de las palabras, ni siquiera tendría un problema.

-Diga lo que tenga que decir.

-Bien, es mayormente lo que Russell estuvo diciendo esa última noche.

Heywood deshollejó un jirón de piel de su labio superior prendiéndolo entre los dientes.

-Sí.

- ¿Qué es una guerra? O, ¿qué es la guerra? Los soldados tienen algo que ver con ella, pero, ¿qué es un soldado? Yo soy un robot; pero, ¿por qué quieren sacar más de mí? ¿Puedo ser un soldado y un robot al mismo tiempo? Russell siguió hablando de «ellos», y del Ejército, la Fuerza Aérea, y la Armada. ¿Qué son? ¿Y son los hombres de la CIC los que están vigilando a ustedes y se vigilan mutuamente al mismo tiempo?

Heywood miró con ceño, e hizo una triste mueca al mismo tiempo.

Librodot

-Eso es todo un catálogo - dijo -. Y hay todavía más que eso, ¿verdad, Pimmy? - puso la mano encima de mi costado y pareció como si me acariciara, de la manera que le había visto hacerlo con un generador unas cuantas veces -. Está bien, le daré una cinta sobre guerra y soldadesca. Eso es el inmediato paso del programa, de cualquier modo, y ello cuidará de la mayor parte de esas preguntas.

-Gracias - dije -. Pero, ¿qué me dice del resto de ello?

-Bien - respondió Heywood. Y se apoyó en un banco, mirando al suelo -. «Ellos» son las personas que instituyeron este programa; el secretario de Defensa, y los que están bajo su autoridad. Todos concordaron en que ese personal de robots era justamente lo que los servicios del ejército precisaban, y tenían razón. La única inconveniencia es que no pudieron concordar entre ellos mismos en cuanto a qué rasgos característicos eran desdeñables en el perfecto soldado; o marinos, o aviadores. Juzgaron que lo mejor que podían hacer era aparecer con una serie de diferentes modelos, y hacer pruebas hasta que alcanzaran el mejor.

«Construirlo a usted fue mi propia idea. En vez de intentar construir prototipos que se ajustaran a cada distinto grupo de especificaciones, construimos un modelo para todos los fines, que era, eficazmente hablando, idéntico a un ser humano en casi todos los respectos, con una principal diferencia. Por medio de cortavapores en todos los circuitos, podemos restringir tanta parte de sus facultades como queramos, pudiendo de este modo modificar los rasgos características generales para que se ajusten a cualquiera de los diversos grupos de especificaciones. Ahorramos mucho tiempo haciendo eso, y evitamos un aterrador cúmulo de dificultades.

«La inconveniencia es, que estamos consumiendo toda la molestia y el tiempo que ahorramos. Ahora que lo tienen a usted, no lo quieren. Nadie está dispuesto a reconocer que el único eficiente soldado robot es uno que tenga todas las facultades de discreción y toda la individualidad de un ser humano. No pueden reconocerlo, porque la gente teme a todo lo que parezca que pudiera valer más que ellos. Y no tienen confianza en aquello que temen. Por tanto, Russell y yo tuvimos que emplearnos en bagatelas, haciendo una estúpida serie de pruebas. Fue una desesperada tentativa para alcanzar algo práctico que estuviera sin embargo dentro de los límites de los diversos grupos de especificaciones; lo cual es ridículo, porque no hay nada irregular en usted, pero hay mucho de erróneo en las especificaciones. Las detalladas descripciones del plan fueron hechas por personas que no conocen lo más elemental sobre robots o sobre los modos de actuación del pensamiento de un robot; o el puro mecanismo de la mente, por lo que concierne a eso.

«No obstante - Heywood se encogió de hombros -, son las personas que tienen la autoridad y el dinero que están pagando por este proyecto; por lo cual Jack y yo continuamos ocupándonos en cosas de poca monta, porque esas eran las órdenes. Saber que teníamos la correcta solución todo el tiempo, y que nadie la quería aceptar, fue lo que finalmente abatió a Jack.

- ¿Y qué me dice de usted? - pregunté.

-Sólo estoy esperando - dijo Heywood, encogiéndose de hombros otra vez -. Finalmente o lo aceptarán a usted o no. O me alabarán o me despedirán, y pudieran o no pudieran juzgar que toda la culpa es mía si no están contentos. Pero no hay nada que yo pueda hacer sobre ello, ¿no es cierto? Por tanto, estoy esperando.

«Mientras, hay la CIC. Realmente, eso es sólo una hábil etiqueta. Son casualmente las letras iniciales de una de las agencias a cubierto de todo el grupo que infesta este lugar. Todos los servicios de las fuerzas armadas tienen la suya propia, y me figuro que el gobierno tiene a sus muchachos rondando por ahí, también. Sólo escogimos un único rótulo para abarcarlas a todas; es más sencillo.

-Russell dijo que estaban siempre vigilando. Pero, ¿por qué se están vigilando mutuamente, también? ¿Por qué una sección de las fuerzas armadas debiera temer que otra vaya a llevarle ventaja?

-Eso es lo que se conoce como psicología humana, Pimm - respondió Heywood. Su boca dibujó una medio divertida sonrisa -. Ello le ayudará a comprenderlo, pero si no puede, vamos, sólo alégrese de que no lo haya entendido.

-Ligget está en la CIC, usted sabe - dije -. Russell le censuró por ello. Ligget lo negó, pero si no está de hecho en la CIC, luego está en algo parecido a ello.

-Comprendo - asintió ásperamente Heywood -. No me importaría si Ligget tuviera bastante seso, además, para distinguir un cabo de circuito del otro.

«Pimmy, muchacho - dijo, dándome una palmada en el costado otra vez -. Vamos a divertirnos mucho aquí en las semanas próximas.

26 de agosto, 1974

Ligget estuvo tonteando conmigo de nuevo. Se porta bien cuando Heywood está en el laboratorio conmigo, pero cuando está solo, continúa manejándome por medio de desautorizados experimentos. Lo que está haciendo, realmente, es repetir todos los experimentos que hicieran Heywood y Russell, sólo para asegurarse. Mientras no separe mi individualidad, puedo recordarlo todo, y creo que no había nada diferente en los resultados de ninguna de las pruebas, porque puedo adivinar por su semblante que no está encontrando lo que quiere.

Bien, espero que diga a sus jefes que Heywood y Russell tenían razón. Quizás ellos paren este necio proceder.

Ligget es un poco estúpido. Después de cada prueba, me mira a los ojos y me dice que olvide todo el asunto. ¿Qué cree que soy? ¿Un Trilby?

Y no comprendo algunas de las acciones experimentales en absoluto. Hay algo irregular en Ligget.

2 de septiembre, 1974

No me había dado cuenta, hasta ahora, que Heywood *y* Russell no habían dicho a nadie qué pensaban de todo este proyecto pero, analizando esa cinta sobre guerra y soldadesca, y el modo en que funciona la mente de los militares, puedo ver que ninguno querría aceptar sus explicaciones.

Ligget comprendió todo el asunto hoy. Heywood entró con una nueva serie de gráficos de ensayos. Ligget dio un vistazo a ellos, y los echó sobre la mesa. Se mofó de Heywood, diciendo:

- ¿A quién cree que está embromando?

-Bien, ¿qué lo está royendo? - dijo Heywood, con aire de fastidio.

- ¿Cuánta tiempo creía usted que podría mantener esto, Heywood? - el rostro de Ligget tenía esa recóndita y astuta expresión propia de él -. Este ensayo no es nada diferente de los que estuvo haciendo hace tres años. No ha habido ningún adelanto desde entonces, y no ha habido tampoco ningún esfuerzo para hacer alguno. ¿Cuál es su explicación?

-Oh... oh - Heywood no parecía estar especialmente inquieto -. Me estaba preguntando si usted iba alguna vez a tropezar con ello.

-Esa actitud no lo beneficiará a usted - dijo Ligget, con aire furioso -. Pero, vamos, deje de hacer la pala. ¿Por qué estuvieron usted y Russell saboteando el proyecto?

-Oh, deje de ser un necio tan ostentoso, ¿quiere? - dijo disgustadamente Heywood -. Russell y yo no estuvimos haciendo ningún sabotaje. Hemos estado ejecutando las órdenes con estricta adherencia a todos los detalles. Construimos el prototipo, y hemos estado probando las diversas modificaciones desde entonces. ¿Hay algo irregular en eso?

-Ustedes no han hecho absolutamente ningún esfuerzo para mejorar las diversas modificaciones. No ha habido una pizca de adelanto en este proyecto durante los últimos veinte días.

-Bien, mire, Heywood - la voz de Ligget se volvió halagadora -. Puedo comprender que usted quizá tenga lo que uno consideraría una buena razón para todo esto. Una razón política, o algo. Tal vez sea su conciencia. ¿No quiere usted trabajar en algo que finalmente vaya a ser utilizado para la guerra? Desearía que me hablase de ello Si yo pudiera comprender sus razones, sería tanto más fácil para usted. Tal vez sea un problema demasiado difícil. ¿Es eso, Heywood?

El rostro de Heywood se puso encarnado.

-No. Si usted cree... - se detuvo, escarbó la superficie de la mesa con los dedos, y recobró el imperio sobre sí mismo.

«No - dijo en una voz más tranquila, pero igualmente grave -. Estoy tan ansioso de producir un soldado artificial como cualquier otro. Y no soy demasiado torpe para la tarea, tampoco. Si usted tuviera algo de seso, percibiría que yo ya lo tengo.

- ¿Lo tiene usted? - exclamó Ligget. La observación lo puso furioso -. ¿Dónde está, y por qué no ha informado de su éxito? ¿Qué es este artefacto? - señaló hacia mí -. ¿Alguna especie de reclamo?

-No, insidioso necio, eso es su soldado - dijo Heywood, haciendo una mueca.

- ¿Qué?

-Ciertamente. Quítense de él esas quince libras de cortavapores, diséñese de nuevo la caja para cualquier clase de campo en el cual el autómata deba operar, aliménteselo con las adecuadas cintas, y ahí está. El perfecto soldado, tan listo como ningún humano jamás creado, y cien veces más disciplinado y resistente, de la noche a la mañana. Espárzanse a millares. Estámpense los circuitos, fíjense los transistores en goma elástica de silicio, y échese toda la mezcla dentro de la caja. ¿Dificultades de producción? La construcción de relojes es más difícil.

Librodot

- ¡No! - los ojos de Ligget fulguraron -. ¡Y yo trabajé en esto con usted! ¿Por qué no ha informado de esto? - repitió.

- ¿No le ha entrado en la cabeza? - dijo Heywood, mirándolo lastimosamente -. Pimmy es el perfecto soldado, la totalidad de él, con todas sus facultades. Eso incluye la individualidad, la curiosidad, el discernimiento, y la inteligencia. Sepárese una sola parte de eso, y el soldado mecánico no vale. Uno ha de tomar toda la torta, o nada en absoluto. De un modo uno muere de hambre, y del otro modo se ahoga.

-Quiere decir, que hemos de aceptar al superhombre, o no tenemos nada - dijo Ligget, súbitamente pálido. - ¡Sí, chapucero sacudidor! Ligget tenía un aire pensativo. Pareció olvidarse de Heywood y yo mientras miraba hacia abajo, fijando la vista en las puntas de sus zapatos.

-No lo favorecerán - susurró -. Supongamos que juzguen ser más aptos para dirigir el mundo que nosotros.

-Esa es la inconveniencia - dijo Heywood -. Lo son. Tienen todo lo qua tiene un ser humano, más una increíble resistencia y la facultad de aprender instantáneamente. ¿Usted sabe lo que hizo Pimmy? El día que fue montado, aprendió a leer y escribir, a su manera. ¿Cómo? Oyéndome leer un párrafo de una relación, registrando los sonidos, y mirando a la relación después. Equiparó los sonidos a las letras, recordó qué clase de acción por parte de Russell y la mía había extraído el párrafo, y se sentó detrás de una máquina de escribir.

- ¡Desecharían todo el proyecto antes que dejar que nada semejante a eso anduviera por ahí suelto! - la taimada expresión estaba dibujándose en los bordes del pálido rostro de Ligget otra vez -. Bien, así usted tiene una solución, pero no es aceptable. Más, ¿por qué no ha activado usted ninguna de las otras líneas de investigación?

-Porque no hay ninguna - dijo disgustadamente Heywood -. Toda otra modificación, cuando urdida en sus inherentes límites, es peor que inservible. Uno ha hecho bastantes pruebas para descubrirlo.

- ¡Está bien! - la voz de Ligget era aguda -. ¿Por qué no informó del malogro, pues, en vez de proseguir en esta vacilación?

- ¡Porque no he fallado, necio! - estalló Heywood -. Tengo la solución. Tengo a Pimmy. No hay nada irregular en él; la imperfección está en la manera en que piensa la gente. Y me he estado volviendo loco, tratando de discurrir un medio para modificar a la gente. ¡Al diablo con la modificación del robot! Es tan perfecto como lo será uno dentro de los siguientes cinco años. ¡Es la gente que tendrá que cambiar!

-Oh... oh - la voz de Ligget era cautelosa ahora -. Comprendo. Usted ha ido tan lejos como puede dentro de los límites de las órdenes recibidas; y estuvo procurando encontrar una manera de sobrepujarlas, para obligar a los servicios de las fuerzas armadas a aceptar robots como Pimmy - sacó la cartera y la abrió de golpe. Había una pieza de metal fijada a una cubierta.

- ¿Reconoce esto, Heywood?

Heywood hizo una seña afirmativa.

-Bien, pues; vamos a hablar a unas cuantas personas.

Los ojos de Heywood eran fríos y cavilosos otra vez. Se encogió de hombros.

Se abrió la puerta del laboratorio, y había otro de los técnicos allí.

-Calma, Ligget - dijo. Atravesó el laboratorio a rápidas zancadas. Su cartera tenía un diferente distintivo -. He estado escuchando desde la puerta contigua - explicó -. Bien, Heywood - dijo -, lo estoy prendiendo - apartó a Ligget de un empujón -. ¿Por qué no saben permanecer en su propia jurisdicción? - le dijo.

El rostro de Ligget se puso rojo, y sus puños se cerraron, pero el otro hombre debió haber tenido más peso detrás de él, porque no dijo nada.

Heywood me dio un vistazo, y alzó una mano.

-Adiós, Pimmy - dijo. Él y el otro hombre salieron del laboratorio, con Ligget andando detrás de ellos. Mientras abrían la puerta, vi a algunos otros hombres que permanecían afuera en el pasillo. El hombre que había entrado en el laboratorio blasfemó.

La puerta se cerró, no pude oír el resto de lo que dijeron, pero hubo mucha discusión antes de que oyera marchar el ruido de todas sus pisadas pasillo abajo, en un conjunto.

Bien, eso es aproximadamente la totalidad, creo. Excepto por este otro asunto. Es tocante a Ligget, y oigo decir que no viene más por aquí. Sin embargo, pudiera uno interesarse.

4 de septiembre, 1974

Librodot

No he visto a Heywood, y he estado solo en el laboratorio todo el día. Pero entró Ligget la noche pasada. No creo que vuelva a ver a Heywood.

Ligget llegó a una hora avanzada de la noche. Parecía como si no hubiera dormido, y estaba muy nervioso. Pero estaba borracho, además; no sé dónde consiguió el licor.

Atravesó el pavimento del laboratorio, pisando muy fuerte sobre el cemento. Se puso las manos en las caderas y levantó la vista hacia mí.

-Bien, superhombre - dijo con una tensa y aguda voz -, ha perdido a su compañero para siempre, el vil traidor. Y ahora le toca a usted. ¿Sabe lo que le van a hacer? - y rió -. Tendrá mucho tiempo para pensarlo.

Anduvo de aquí para allá en frente de mí. Luego giró de repente y apuntó el dedo hacia mí.

-Creyó que podría vencer a la raza de los hombres, ¿eh? Se figuraba ser más listo que nosotros, ¿verdad? ¡Pero está en nuestro poder ahora! Va a enterarse de que no puede intentar tontear con el animal humano, porque él lo demolerá. Lo despedazará y lo acoceará hasta que se desplome. Es de ese modo que son los hombres, robot. No de acero y circuitos, sino de carne y sangre y músculos. Carne que valientemente se abrió camino a través del mar y a través de la selva, músculo que aplastó todo aquello que en cualquier tiempo lo estorbara, y sangre que ha sido derramada durante un millón de años para mantener a la raza humana en el lugar más alto. Esa es la clase de organismo que somos, robot.

Paseó un poco más y giró otra vez.

-Usted nunca ha podido demostrar su superioridad.

Bien, creo que eso es realmente todo. El resto de ello, ustedes lo saben. Pueden arrancar de aquí la clavija de conexión del copiador ahora, pienso. ¿Querría alguien decir adiós a Heywood por mí? Y a Russell, también, si eso es posible.

MEMORÁNDUM DE COBERTURA
Blalock, Ingeniero del Proyecto
a
Hall, Director.
820TH TDRC, COMASAMPS

21 de septiembre, 1974

«Incluyo las transcripciones de las lecturas del robot de su "diario" de depósito de recuerdos, según han sido registradas esta mañana. El robot está ahora en camino del Patuxent River, la distribución del bloque de hormigón habiendo sido completada con el relleno de la abertura a través de la cual fue tendida la línea para las transcripciones.

»Como sucesor de Victor Heywood en el puesto de ingeniero del Proyecto, quisiera señalar que el robot era incapaz de fraude, y que esta trascripción, si es leída en el juicio de Heywood, demostrará que sus intenciones no eran ciertamente traicioneras, y estaban motivadas por una sincera creencia de que él estaba obrando en los mejores intereses de la orden original para el comienzo del proyecto.

»En cuanto a su Memorándum 8-4792-H de ayer, está en curso de preparación un informe de perjuicios y se lo enviaremos inmediatamente a su terminación.

«Comprendo perfectamente que la línea de investigación de Heywood ha de considerarse cerrada. Han empezado ya a hacerse indagaciones en un improvisado laboratorio, en lo que Heywood llamaba el tipo "cadáver revivido" y "esclavo" de organización de robots, y espero preliminares resultados dentro de los siguientes diez días.

»Los preliminares resultados de la general indagación sobre otros posibles tipos de orientación y organización de robots están en copias adjuntas. Quisiera señalar que son extremadamente desalentadores.»

(Firmado)

T. E. BLALOCK

Ingeniero del Proyecto

Librodot

820íh TDRC, COMASAMPS

25 de septiembre, 1974

CARTA PERSONAL
DE HALL, DIRECTOR,
820th TDRC, COMASAMPS,
AL SECRETARIO DE DEFENSA

«Querido Vinnie:

»Bien, las cosas están finalmente empezando a asentarse aquí. Usted tenía razón; todo lo que este lugar necesitaba era una limpieza de la casa de arriba abajo.

»Creo vamos a soltar a este hombre, Heywood. No podemos probar nada contra él; francamente, no considero que haya nada que probar. Russell. por supuesto, es un problema cerrado. Sus probabilidades de salir alguna vez del hospital se consideran ser de un diez por ciento.

»Usted sabe, pensando en cómo ese robot revolvió el laboratorio, casi estaría inclinado a creer que Heywood tenía razón. ¿Puede uno imaginar qué gran luchador habría sido ese sujeto, si su lealtad hubiera sido encauzada hacia algo abstracto como la Libertad, en vez d« hacia Heywood? Poro no podemos correr el albur. Considérese de qué modo el robot se ha vuelto amnésico tocante a eliminar a Ligget mientras estaba destrozando el laboratorio. Fue algo que ocurrió accidentalmente. No era de suponer que ocurriera, por tanto el robot lo olvidó. Pudiera presentar dificultades en una guerra.

»Así, tenemos a este hombre, Blalock, procedente de la M. I. T. Pasa demasiado tiempo hablando de Weiner, pero es satisfactorio, por otra parte

»Estaré ahí abajo dentro de un par de días. Reunión de la Junta de Asignaciones, respecto a la cantidad que habrá de ser votada por el Congreso. Usted sabe cómo es eso. Todos saben que necesitamos el dinero, pero quieren discutir sobre ello, primero.

»Bien, eso es propio de la naturaleza humana, supongo.

Hasta pronto,

RALPH

Suplemento de los gráficos:

Amenaza para la navegación.

Patuxent River, en un punto, a cuarenta y ocho millas más abajo de Folsom, relaciones como se indican abajo.

En medio del canal. Bloque de hormigón, 15X15X15. No peligroso excepto en extrema bajamar.

VAYAN A VERLOS

Pasamos mucho tiempo siguiendo malas direcciones antes de que una, finalmente, resultara buena y los encontrásemos. Sabíamos que su nave había impulsado la marcha a alguna parte, dentro de un particular sector del espacio; fue a averiguar exactamente en qué lugar dentro de ese sector que tomó mucho tiempo, y entonces se presentó el asunto de seguir el débil rastro de descarriados iones procedentes de los chorros atmosféricos. Habían usado esos, sabiendo que andarían escasos de combustible para un aterrizaje, pero ansiosos, primero, de llegar a un sistema solar en donde aterrizar de golpe. Por tanto seguimos el rastro, a pesar de estar muy empañado por la radiación estelar y todas las otras invisibles fuerzas del universo, y lo perdimos una docena de veces antes de que los encontráramos, demasiado tarde. Me alegro de que llegásemos demasiado tarde.

Lew y Norah Harvey eran probablemente la mejor pareja de investigación astrofísica que tenía el Instituto. No había ninguna duda de que eran los más estimados. Eran jóvenes, alegres, y no estaban impresionados con respecto a su propia aptitud. Norah era una atractiva muchacha, con unos pasmosos ojos azules realzados por su negro cabello, y una ancha y risueña boca. Era alta, esbelta, y

Librodot

donairosa. Nunca olvidaré la primera vez que bailé con ella, mientras Lew se quedaba sentado en compañía de una muchacha que yo estaba acompañando por ahí, entonces. Norah tenía unos pies ligeros; igual que una bailarina, pensé a la sazón, pero rectifiqué. La imagen es falsa; la fríamente donairosa, elegante, y perfectamente adiestrada figura con su prístino vestido blanco no sugiere nada de Norah, sino lo contrario. Norah era cálida en mis brazos, no etérea en modo alguno; dúctil, pero elástica; ligera. pero llena. Las cualidades de mundanalidad y juventud estaban perfectamente combinadas en ella, de manera que uno sabía que era una mujer lo que tenía en sus brazos, y sabía, sin una sombra de duda, qué mujer era. Su inteligencia atraía al intelecto de uno, su juventud atraía a la de uno, y su femineidad despertaba una calidad y hondura de virilidad que uno estaba seguro fue enterrada y lixiviada mucho tiempo ha por el anémico fluido que es tenido por sangre entre los pueblos civilizados.

Eso era Norah. Lew era el apacible; más bajo que Norah por medio centímetro o cosa así, nervudo, con un rostro entre joven y viejo ya, lleno de arrugas y un par de cavilosos y hundidos ojos. Era meditabundo, reprimido, y estaba cargado de un acopio de anécdotas atrozmente obscenas que nadie sino él podía haber contado sin vulgaridad. Lew tenía el don de verosimilitud propio de un actor, y un tranquilo y moderado modo de expresarse no estropeado por un vestigio de risa. Llamaba a sus pequeñas historias autobiográficas anécdotas, con la implicación de que eran verdaderas, más bien que chistes hábilmente ideados y narrados. Tal vez lo eran. Parecía a veces que nunca pudiera haber tenido tiempo para asistir a una clase en el colegio, o, verdaderamente, para conseguir el necesario mínimo de reposo nocturno del joven en período de desarrollo, si es que realmente le habían ocurrido todas estas cosas.

Como pareja, se complementaban el uno al otro perfectamente. Lew era introvertido, Norah era extrovertida. Lew la quería con una reposada intensidad que se acercaba a la desesperación. El aire estaba ahí en sus ojos, aún cuando tenía que ser observado en el momento oportuno. Norah lo quería con expansiva generosidad.

He dicho que eran, probablemente, la mejor pareja de investigación que tenía el Instituto. Lo eran. Lew era un astrofísico con un D. Se. (doctor en Ciencia), detrás de su nombre. Norah era una ingeniera metográfica y analista estadística. Ni su jovialidad ni la costumbre de Lew de contar divertidas historietas tenían nada que ver con su capacidad para salir en una nave de investigación, pasar seis meses solos dentro de ella mientras derivaban en los abismos de una nube de polvo interestelar, y volver con la mitad más de datos que la siguiente pareja. O quizá lo hacían realmente; no lo sé. Siempre que alguien del Instituto hacía alguna observación sobre ello, Lew decía, hablando despacio, en su reservada manera:

«Bien, no hay espacio en uno de esos cacharros para un pavimento de baile. Por tanto, podíamos también trabajar».

Siempre consideramos que eso era uno de los más citables rasgos de Lew. La mayor parte de las parejas de investigación están formadas de lo que la gente que vende sacarina como un modo de ganarse la vida llama «recién casados», y uno puede imaginar para sí mismo qué clase de discreteo eso podría motivar en una tertulia del cuerpo del Instituto.

Teníamos esas tertulias con bastante frecuencia. Seis meses de aislamiento nos hacían anhelar a todos, en la forma de bullicio y grupos de gente tantos como se podían reunir, y la manipulación para tal objeto había sido desarrollada hasta un punto de alta eficiencia. Todas las parejas que volvían a casa eran recibidas regiamente, con gran agasajo, y todas las salientes tenían un día o dos de asueto con arreglo a las normas sociales antes que el cuerpo médico del Instituto certificara que sus metabolismos estaban en buen estado para prestar servicio de nuevo. Éramos un grupo ansioso de fiestas y comidas, un apretado cuadro académico con escasos vínculos fuera del clan y poco deseo de ellos. La mayor parte de nosotros éramos casados. Los que no lo eran por lo regular, eran igualmente virtuosos, y dos a dos formábamos nuestra fraternidad de investigación, como lo expusiera Lew Harvey una vez.

Entregábamos muy pocos a los impersonales peligros del universo. Cuando Lew y Norah se ausentaban, era una puñalada en todos nuestros corazones. Hasta la junta directiva encargada del piograma de investigación, aleccionada para obrar con olímpico despego, proclamando su buen éxito, se las arreglaba para ceder un poquito: encontraba un crédito suplementario justamente en esta ocasión para fomentar el envío de diez naves al espacio simultáneamente. El propósito oficial era acelerar el programa, y de este modo acrecentar el conocimiento que el nombre tenía del universo; pero de alguna manera se hacía evidente a aquellos de nosotros que salíamos, que si no traíamos muchos datos rutinarios, de vuelta, ello sería considerado solamente un natural vacío en la siempre

Librodot

insegura curva del progreso humano.

Por tanto, sacamos los instrumentos registradores de las naves e hicimos sitio para un observador ayudante, y su adicional complemento de alimento y aire. Eso era tramposo, pero significaba que podríamos quedarnos fuera investigando un poco más de tiempo, y estar un poco más alerta. Así equipados, dejamos al Instituto atrás y convergimos en el sector donde habían estado los Harveys; un sector de sólo un centenar de años luz de profundidad, conteniendo en cálculo aproximado no más que cien mil cuerpos celestes, donde podría haberse estrellado su nave. Y comenzamos a buscar.

Los encontramos; es decir, mi nave los encontró. Y demasiado, demasiado tarde. No podíamos haber salvado a Lew aun cuando hubiésemos sabido el exacto diminuto punto al cual dirigirnos; no podíamos haberlo hecho aun cuando hubiésemos tenido las alas de los ángeles. Pero pudiéramos haber salvado a Norah, con un poco de suerte. Me alegro por los dos de ellos que no lo hiciéramos.

Lo que encontramos era un cuerpo errante donde nada tenía derecho a existir. Estaba avanzando despacio y ciegamente a través del abismo - sombrío, quizá de un millar de millas de diámetro, y las generales indicaciones de los instrumentos graduados estaban fluctuando desatinadamente a medida que nos acercábamos. Dozzen. el supernumerario del equipo, me mostró las cifras. Era muy joven. Bien tallado, garrido; novicio, y no probado todavía para cuando se presentara un caso fortuito

-Los aparatos han soltado un punto, Harry - dijo -. Mire a estas., nuevas indicaciones conjuntas cada mil millas a medida que nos acercamos más.

-No - gruñí, mirándolas - Las indicaciones son correctas.

-Oh, vamos, Harry; ¿cómo podrían serlo?

--Si un generador gravitacional estuviera enterrado en el corazón de ese cuerpo errante.

- ¡Un generador gravitacional! Eso se lo cuenta usted a otro, Harry.

No puedo decir que me simpatizaran las personas fuertemente obstinadas. Respingué y examiné las otras indicaciones escritas de prisa en el bloc de papel.

-Sólo porque nadie lo haya visto nunca antes, no diga que lo que uno está considerando no está ahí - dije. Podía haberme lanzado a mi favorita diatriba contra los exploradores que se oponían a hacer descubrimientos; pero, ¿qué ventaja tenía eso? -. Mire a éstas: Atmósfera con un ciento por ciento de gases pesados, mayormente neón. Además. es fluorescente. Difícilmente se encuentra un semejante estado de cosas en la naturaleza. Observará también la presencia de un poco de nieve de neón en el suelo, pero no mucha. Pero la temperatura media está ligeramente por debajo del absoluto cero. ¿Por qué no está la totalidad de esa atmósfera apilada en montones? Yo diría que la razón es que lo estuvo, hasta muy recientemente; que algo, semejante al choque de una nave cósmica en la superficie, activó una serie de aparatos que están diligentemente elevando la temperatura y por otra parte impulsando a la ecología y haciéndola pasar de un estado inactivo a uno activo. Dudo que la Naturaleza incluya esa clase de reacción cuando construye un planetoide. Yo diría que toda esa cosa de ahí abajo pudiera ser una máquina - o, más bien -, una reunión de mecanismos con la mira puesta en algún especial designio.

Dozzen me miró como si yo estuviera loco. Yo lo miré como si él estuviera siendo deliberadamente estúpido. Algún día, una expedición equipada con registradores en vez de los simples analizadores de nuestra nave, va a tener que salir ahí y probar que uno de nosotros tiene razón. No deseo estar en esa expedición. Puede ir Dozzen, si quiere. Que lo goce.

Sea lo que fuere - una natural anomalía o un artificial residuo de un tiempo y una gente que me alegro se hayan extinguido - aterrizamos allí, descendiendo sobre un espacio relativamente llano del mal terreno. El cielo por encima de nosotros tenía un brillo amarillo y su fluorescencia pudiera haber sido una activadora luz para posibles máquinas autónomas, desaparecidas hace mucho tiempo. Es imposible especular sobre la historia del lugar; digo, otra vez, que sería una equivocación ir allí y ensayar. Y por todo lo que sé, ofrecía un aspecto enteramente diferente hace poco, cuando la nave de Lew y Norah Harvey surgió del cielo con violento ímpetu y quedó aplastada ahí abajo, igual que una sabandija sobre un parabrisas. Pero si algo dotado de existencia biológica vivió alguna vez en ese sitio como lo veíamos, sólo tengo horror a ese algo.

Lo que veíamos era el Infierno. Por todos lados alrededor de nosotros, ilimitados y rasos, había declives y cerros de yermo y deteriorado metal, tan desolados, tan cruelmente rasgados y retorcidos en forma de filos de navajas que por un momento seriamente esperé oír un grito de dolor del arremolinado aire.

Había luz. No se sentía calor. El increíble frío del lugar estaba chupando a nuestra nave ya; los caloríferos de la cabina estaban zumbando furiosamente. Temblábamos mientras atisbábamos afuera a través de las ventanillas y maltratábamos nuestros ojos con ese paisaje de masoquista.

No todas las formas de la Naturaleza son bellas; hasta un dedicado investigador ocasionalmente encuentra en su alma las huellas de algún ejemplo, particularmente desagradable. Pero la totalidad de ellas, aún las más repugnantes, tienen cierta virtud orgánica en sí mismas. Uno puede percibir la equidad, si no aceptar el estilo arquitectural, de todas las formas que establece el universo.

Mas no en este lugar. Si uno ha visto un bote de lata abandonado a la herrumbre durante un año con sus costados rotos y formando hojuelas, luego ha conocido algo de los perfiles que tomaba ese paisaje metálico, pero sólo algo. Si uno ha visto un gigantesco aerolito; picado, quemado, leproso, medio fundido y coagulado en cantos de piedra, escasamente sugiriendo alguna otra forma actualmente perdida que en otro tiempo hubiera quizá sido regular y tenido algún designio, luego ha experimentado algo de la sensación que nos producía ese lugar.

Pero no mucho.

La quebrada nave de Harvey constituía una isla de cordura en ese lugar. Estaba destrozada y dispersa, pero sus fragmentos, juntados, habrían formado un todo.

No podíamos aterrizar en ninguna parte cerca de ella. Depositamos nuestra propia nave a seis millas de distancia. Nos mantuvimos junto a las portas, mirando afuera, y finalmente dije;

-Tenemos que salir.

Doris, mi regular compañera de equipo, dijo:

-Iré a buscar los trajes.

Trajo los tres. En el fondo de nuestras mentes, creo, había un absurdo temor de que pudiera acaecer algo a la nave, mientras todos estábamos fuera. Pero había un temor todavía mayor a estar separados en ese lugar, y, para evitar eso, estuvimos inmediatamente dispuestos a arriesgarnos a estar juntos. No éramos muy sensatos con nuestra decisión, pero en ese salvaje lugar los nervios eran mucho más potentes que el entendimiento. Por tanto nos ceñimos los trajes y, acorazados contra toda clase de miedo externo, bajamos la escala gateando.

-Por aquí - dije, mirando mi aparato orientador, y me puse en marcha a través de la serie continua de rocas.

Procuraba mirar sólo en derechura al frente. Doris y Dozzen me seguían, a poca distancia, permaneciendo cerca el uno del otro. Los envidiaba, porque estaba muy solo.

Había esperado que Doris encontrara mejor compañía que la mía. No era un incidente nuevo para mí perder mi compañera de equipo, aun cuando eso nunca antes había ocurrido en mi inmediata presencia. Si Norah y Lew eran notorios por su constancia, yo lo era por mi falta de ella. Uno o quizá dos cortos viajes, era cuanto durábamos yo y mi compañera de equipo del momento. Si hubiera habido algo ostentoso o particularmente notable en mis varias salidas, haría mucho tiempo que la junta directiva me habría depuesto. Pero eran sólo apacibles y amistosas separaciones de transitorias asociaciones laborales. Nadie las encontró jamás escandalosas, aun cuando la picante chismería era tan bien recibida por el cuerpo del Instituto como lo es en todas partes. Cada nuevo incidente era simplemente otro ejemplo de que Harry Becker no había encontrado la adecuada muchacha; o de que la muchacha no habla encontrado el adecuado hombre en Harry Becker.

El bueno y viejo Han y Becker, un hombre honesto, nada incorrecto, excelente compañero - en todos los conceptos uno podría añadir -: pero al parecer no cabalmente el hombre apropiado para Doris; o Sylvia, o Joan, o Ellen, o Rosemary...

- ¡Harry!

Estaba avanzando muy despacio alrededor de una mellada ondulación de picado metal, y el grito de Doris en mis auriculares casi me hizo chocar de un trompicón con un agudo filo. Recobré el equilibrio, y me volví. Doris había retrocedido.

-Harry, he visto algo... - la voz de la muchacha se extinguió -. Oh... no, no - y rió débilmente con turbación - Tendrá que perdonar mi juvenil naturaleza asustadiza. Es esa formación de ahí arriba a su derecha; por un instante, parecía ser un animal de alguna clase. Sólo lo miré con el rabillo del ojo, y me he engañado a mí misma - procuró dar a su voz un tono alegre, pero estaba agitada.

Miré alrededor, y no dije nada. Fue Dozzen quien expresó verbalmente lo que yo había observado y estado tratando de eludir.

Nuestros nervios estaban bastante tensos. Pero Dozzen lo dijo, de todos modos:

-Ahí hay otro. Y algunos más allá arriba. El lugar está lleno do ellos. Parece un jardín

zoológico de manicomio,

Lo parecía, en efecto, y no había nada alrededor que tratara de ser real; ni entonces, ni nunca.

Ahora que estábamos más abajo de ellas, la serie continua de rocas asumía rasgos individuales. Hubiera deseado que no fuera así, porque se había hecho evidente qué eran esos rasgos.

Bestias, que acechaban alrededor de nosotros; heladas para siempre, pero acechantes. Incompletas, mal formadas, terriblemente mutiladas, nos mostraban los dientes y las garras, sólo para convertirse en torturado metal en el momento en que las mirábamos directamente. Las veíamos al lado y un poco detrás de nosotros, constantemente, y no sólo bestias, sino las ciudades y viviendas que habían invadido; las casas que habían destripado, las calles por las que habían esparcido los restos de su presa. Seguimos andando por entre ellas y nos observaban, siempre con el rabillo del ojo, y cuando nos volvíamos para verlas mejor, habían desaparecido, para esconderse en donde habían estado acechando.

-Es una forma corriente de ilusión - dijo débilmente Dozzen.

-Sí - dije, y mostré el camino por entre las baquetas.

-Es un lugar terrible - dijo Doris.

Lo era.

Alcanzamos la quebrantada nave, y Dozzen dijo:

- ¡Miren!

La nave estaba triturada, pero una parte del casco se había mantenido unida. Había grupos de costurones en ella. Quizá no había sobrevivido al choque enteramente, pero estaba herméticamente cerrada ahora. Había un montón de piedras para señal cerca de ella, con una cruz formada de partes estructurales encima del mismo.

« ¿Cuál de ellos? - pensé -. ¿Cuál? - Y trepé de un brinco por las aristas y los montones de fundido metal, jadeando de ansiedad. Corrí hacia el montón de piedras y subí rápidamente a la cima, tendiéndome con brazos extendidos al pie de la cruz para leer las claras marcas de una inscripción: «Lewis Harvey, explorador».

Descendí del montón de piedras con una lluvia de fragmentos, y batí el escotillón de la cerrada parte del casco, gritando: « ¡Nora! ¡Norah! ¡Norah!», hasta que Doris y Dozzen se acercaron y me separaron suavemente.

Abrieron la portezuela cortando mientras yo estaba colocado a distancia. Habían mirado dentro y visto a Norah yaciente allí todavía con su traje; yo no pudiera haber hecho nada tampoco. Y una vez adentro, fueron ellos que la alzaron tiernamente y la acostaron en la litera; el traje estaba flojo, el interior de la lámina del rostro helado, y el traje fláccido, fláccido y mollar - sin huesos, casi - pero demasiado pesado para estar vacío, pensé con una necia esperanza.

Aparejaron líneas de fuerza desde sus trajes al registrador de informes que encontramos montado junto al lugar donde había caído Norah, y líneas de vuelta dentro de nuestros circuitos de audición, y cuando oí la voz de Norah no hice el más mínimo ruido.

-Último informe - dijo el aparato con la exhausta y trabajosa voz de la joven -. La potencia se acelera. Tengo puesto mi traje ahora, y cuando eso marche, marchará.

«No sé dónde estamos. Sea lo que fuere este lugar, debía acabar de penetrar en este sector. No sé lo que era, ni qué objeto tendría una raza para construir un artificio como éste.»

Norah se paró momentáneamente, y el suspiro que dio fue una boqueada. Pensé en ella, muñéndose por falta de aire, por falta de calor, quebrantada por el choque como estaría, y recordé otra vez la primera noche que la había tenido en mis brazos bailando.

-Los cambios afuera prosiguen todavía - continuó Norah -. Pero mucho más despacio. Creo que cesarán pronto. Los veo esforzarse, esforzarse para completarse, y fallar, y pararse, y comenzar de nuevo. Pero van más despacio, y cada esfuerzo es menos vigoroso que el último. Desearía poder comprender qué los produjo.

»Desearía que Lew estuviera aquí - dijo ansiosamente.

Y ahora no había ninguna duda tocante a si había abandonado la esperanza o no. Empezó a hablar para un registrador más grandioso que el del Instituto.

-Te quise, Lew - dijo tranquila serenamente -. Aun cuando no me creíste. Aun cuando a veces me aborrecías. Te quise. Aunque no te lo pude demostrar de esta estrecha manera, sin embargo, te quise - su voz se estaba volviendo muy débil -. Espero verte - dijo -. Y si tengo esa dicha, quisiera que éstas fuesen las primeras palabras que te diga: Te quiero.

Eso era todo. Norah había muerto. Doris se acercó y arrancó el hilo de audición de nuestros trajes.

Hubo un largo silencio. Finalmente, Dozzen suspiró y dijo:

-No creo que eso signifique gran cosa para nadie. Hay probablemente carretes anteriores en el registrador, de cuando Norah pensaba todavía claramente.

-Sí, es probable - dije.

Doris me observaba atentamente. La miré y pensó que no había sido tan listo como creía; no tan listo escondiéndome de las mujeres como lo había sido escondiéndome de mí mismo.

Me dirigí a la litera y recogí a Norah en mis brazos, transportándola fuera. Dozzen quizás intentara seguirme. Si lo hizo, Doris lo retuvo. Me dejaron solo.

Erigí el nuevo montón de piedras para señal junto al otro, y formé una nueva cruz con las herramientas que todos llevábamos dentro de los trajes, grabando el nombre de Norah sobre ella. Había arrancado uno a uno los burujos de dentellado metal de la superficie de ese mundo de artificio, y los había apilado cuidadosamente, abriendo luego la lámina metálica del rostro de Norah para que el inerte aire pudiera afluir abundantemente, purificar el atrapado bióxido de carbono y los últimos goteos de oxígeno, y dejar a su cuerpo joven, perfecto para siempre, congelado.

Había concluido al fin, y bajó del montón de piedras. Doris me estaba esperando. Me cogió del brazo y se acercó a mí para que Dozzen no pudiera oír.

-Harry... - dijo -, son muchas veces, las mujeres más femeninas que...

- ¿Quiénes no son femeniles en absoluto?

-Ésta es una terrible manera de exponerlo - respondió quedito Doris - Me pregunto si es de ese modo que Lew lo consideraba; si se torturaba indebidamente dentro suyo, porque escogió el modo más cruel de considerarlo. Usted conocía a Norah; era afectuosa y amigable, y una admirable persona. ¿Quién puede decir ahora, lo que pudo o no pudo haber ocurrido, cuando Norah se estaba apenas haciendo una mujer? Si Lewis creía que ella era una mentira viviente, debió haber pensado que tal vez Norah sabía que se estaba mintiendo a sí misma, también. Si Lew había alguna vez creído ser afable.

- ¡No me cuente estas cosas a mí! - dije agriamente, al instante arrepentido -. Yo no estaba casado con ella.

- ¿Lo siente, o se alegra, Harry? - preguntó tranquilamente Doris.

Fue mientras seguíamos el camino de regreso a la nave, que Doris me tocó el brazo de nuevo. -Harry... ¡mire!

Levanté la cabeza, y las bestias del lugar habían desaparecido

Era un sutil cambio; una desviación de planos, un movimiento de curvaturas, no más que eso - aún no. No nos quedamos hasta ver el fin de esa operación. Estaba marchando demasiado aprisa para que la soportáramos.

La nevada cesó y la nieve del suelo se deshizo en ondulante vapor que nos cubrió con una chispeante neblina, como si la primavera hubiera entrado en este lugar al fin.

Las formas metálicas estaban todavía fundidas, sus perfiles todavía quebrados, y ellas eran aún formas de metal, estaban aún frías y endurecidas. Pero las bestias habían desaparecido; las encerradas pesadillas de frustración se habían disipado con sólo ese principio de un cambio. En todas partes donde podíamos ver con el rabillo del ojo, había una forcejeante actividad. Las ilusiones, habría dicho Dozzen - ciertamente lo dijo, el necio - se estaban suavizando, transformando en tranquilas y benévolas figuras. El crudo odio había desaparecido, y también el resabio. Ahora había chapiteles de torres, alminares, las frágiles murallas almenadas de ciudades de hadas; aquí había setos, árboles, y allá - yo lo vi, aun cuando Dozzen no lo viera y Doris no hablase de ello - vi a dos amantes con los brazos entrelazados.

- ¡Se está volviendo hermoso! - dijo Doris.

Era así, en efecto. El paisaje era silvestre, imponente en muchas cosas; no todas ellas, quizás, tan suavemente donairosas como lo querrían los mejores especialistas de belleza - pero estaba vibrantemente vivo, esplendoroso de vegetación.

Salimos del lugar, prontamente. Había algo en él que agitó a Dozzen extremamente, y puso a Doris melancólica. En verdad, a mí me hizo experimentar muchas cosas.

Dozzen hizo el metódico informe, sin aprovecharse de los registradores y analizadores que habrían hecho a las falibles impresiones humanas innecesarias. Doris y yo lo firmamos con iniciales, y nunca sabré si la muchacha, en su propia manera, estaba siendo tan evasiva como yo. No hemos hablado de ello, porque, ¿qué hay para preguntar?

Las ilusiones son fenómenos subjetivos, y no se puede esperar que dos personas vean la

Librodot

misma faz de una cambiante nube, ni que pueda una ver nada más que el león en la arrebujada ladera de granito donde otra insiste en que ve un rebaño. Estas cosas no son más que reflejos del yo del mirador. ¿Cómo pueden posiblemente ser medidas o comparadas?

El informe de Dozzen dice que la serie continua de rocas del lugar está quebrada en formas sueltas que la mente prontamente remplaza con figuras familiares, en una búsqueda de lo familiar donde lo familiar, en verdad, no existe. Eso es en cuanto a lo que expone Dozzen, por escrito, aunque sabe que hay bastante más en la realidad para hacerlo desdichado. Pero reconoce que no sabe exactamente dónde pudiera estar esa realidad, por tanto no quiere ir más allá del punto donde se siente seguro.

Creo que yo sé lo que una máquina de dimensiones planetarias podría estar destinada a hacer, aun cuando no puedo imaginar una raza que escogiera metal en una pesada atmósfera como un medio en el cual intentar la creación de la vida.

Creo que eso es lo que encontramos. Crea que todas las razas han de llegar a ello algún día en la plenitud de su grandeza. Creo que la raza que construyó esta máquina decayó, y se extinguió, o nosotros no estaríamos aquí actualmente. Pero pienso que esa raza se acercó muchísimo, cuando lanzó su máquina al espacio, a un mensajero y a un barco de fructosa esperanza. Pienso que pueden haber omitido solo un ingrediente de la vida, aun cuando escogieran una cosa tan rara como el metal para su matriz.

Creo que sé por qué la nieve estaba cayendo otra vez cuando llegamos allí. Norah enterró a Lew y no con su traje, porque ese estaba todavía colgando de su ropero. Y cuando la muchacha enterró a Lew, la máquina planetoide empezó a ponerse en movimiento otra vez y a tomar para sí aquello que siempre le faltó y, faltándole, había casi cesado. Y ahora, poseyendo esa cosa - esa chispa - empezaba a mudar; a perseguir su objetivo de nuevo, a esforzarse, a fallar, pero probando, probando no menos, con todo lo que pudo sacar de Lew Harvey. Y fallando, retrocediendo a su antigua somnolencia de nuevo, dejando sólo sus medio afortunados intentos detrás de ella para obsesionarnos cuando aterrizamos. Porque sea lo que fuere lo que el malogrado y torturado Lew Harvey entregara con el choque, Lew Harvey no bastaba.

Y no digo que un traje de talla cuatro atrape y restrinja la clase de cosa requerida para la creación de la vida... o que una muchacha finada pueda decir *Te quiero.* Pero la nevasca cesó después que yo abriera el traje de Norah y las bestias se fueron. Y vi movimiento en ese conjunto metálico del planeta, al fin. No creo que fuera una travesura de la luz, o de la nieve en disolución.

Creo que, algún día, cuando Doris y yo estemos allá afuera otra vez, encontraremos algo. Pienso que Doris lo cree, también, aun cuando no hablamos de ello ni proyectamos nada al respecto, porque no es posible hacer ningún proyecto.

Me pregunto, a veces, si esa raza primordial, tan grande, pudo ser tan descuidada, en todo caso, como para fracasar; si se estaban haciendo mayores planes de lo que yo estoy muy dispuesto a creer. Espero que no. Más bien creería que ese ciego azar fue el catalizador. En esa creencia, hay una especie de esperanza.

Estoy atemorizado, y orgulloso, y conturbado. Pienso en lo que podría haber sido si Norah me hubiera querido, si Lew Harvey no la hubiese conocido antes de que yo los conociera a ellos. Pienso en lo que habría entre ellos, lo que nunca sospechamos y ellos nunca revelaron. Me alegro por ellos ahora, aun cuando a veces estoy aterrorizado del universo del hombre.

Porque creo que algún día, en las simas que escudriñemos, encontraremos a los hijos de Lew y Norah Harvey.

EL EJECUTOR DE LA JUSTICIA

A una hora avanzada de la mañana, poco antes del mediodía, Samson Joyce estaba sentado en una silla plegadiza colocada detrás del banco de granito del tribunal que hacía frente al foro. De aquí a unos minutos, estaría subiendo la gradería del tribunal hasta su cima, donde se situaría detrás de la sólida baranda y miraría al sitio del acusado, abajo en la sala. En este momento estaba revisando su arma.

Manipuló la tapa corrediza, mirando con atención mientras se abría la recámara y se extendía el extractor con su punta metálica. El cilindro retrocedió; vaciló; saltó hacia adelante. Joyce arrebató un jirón de seda y quitó el aceite sobrante, extendiéndolo en una tenue y uniforme telilla sobre el

metal. Sacó las cápsulas de la cantonera empujando con el pulgar, aceitó el mecanismo impulsor y cargó de nuevo. Hizo todo esto con paciente cuidado y la destreza de una larga práctica.

El sol había estado entrando y saliendo de las nubes toda la mañana, y soplaba un caprichoso viento. Los gallardetes y los estandartes familiares de alrededor de la sala se estaban retorciendo inquietamente. Era un día inseguro.

El arma era su vieja favorita; una Grenell de 15 milímetros de calibre, accionada a gas, que había estado con él desde los lejanos días en que era juez coadjutor de Utica. Se acomodaba perfectamente a su mano, tan bien como podía hacerlo después de todos estos años. No era la antigualla adornada con piedras preciosas, dorada y cincelada que esperaban que usara en los grandes juicios de New York City o de Buffalo. Era sólo una pistola; hacía aquello a que fue destinado, limpia y eficientemente, y la usaba siempre que podía. El arma no pretendía ser más de lo que era. Nunca fallaba.

Joyce frunció el ceño, mirando la pistola. Frunció el ceño ante unos sentimientos que comprendía que eran necios y hubiera deseado no tener.

En otro tiempo, allá en sus veinte, había estado aguardando con satisfacción. Ahora tenía algo más de cincuenta, y las cosas del pasado acerca de las cuales reflexionaba eran sutilmente menos satisfactorias de lo que había esperado con placer.

Levantó la cabeza y miró a los tres hombres que eran sus jueces coadjutores hoy, mientras se dirigían hacia él desde el hotel. Blanding, con su gran cartera; Pedersen, con su gran cartera; y Kallimer, con su ceño.

Los gruesos labios de Joyce se estrecharon con una fugaz sombra de gozo que decayó y desapareció sin dejar rastro. Todos ellos eran más jóvenes de lo que había sido Joyce en sus años de Utica, y la totalidad de los tres estaban más adelante con respecto a su posición. Blanding era el juez coadjutor aquí en Nyack, lo cual significaba que su siguiente adscripción lo sacaría de los suburbios para llevarlo propiamente dentro de la ciudad. Pedersen estaba esperando a que los resultados de las elecciones secundarias de Manhattan se confirmaran oficialmente. Cuando eso llegara, ocuparía su puesto en el cuerpo legislativo. Y Kallimer era juez coadjutor especial del Presidente de sala del estado de Nueva York, el juez Samson Ezra Joyce. Quizás fuera la tensión que le producía recordar su título entero lo que le daba el ceño permanente, juntando más sus finas cejas y contrayendo el caballete de su huesuda nariz. O quizás estaba repitiendo el tono de «Presidente de sala del estado de Nueva York, juez Ethan Benoni Kallimer».

La totalidad de los tres eran jóvenes afortunados, en la flor de su carrera. Pero, siendo jóvenes, no podían enteramente gozar de su buena fortuna. Joyce podía imaginar qué debían estar sintiendo mientras se dirigían hacia él.

Estarían pensando que Joyce era un bronco y viejo necio que era desesperadamente conservador en su administración de justicia; que los jóvenes eran más competentes.

Estarían pensando que él quería subsistir para siempre, sin dar a ningún otro una oportunidad Estaban seguros de que creía ser el único apto para llevar una toga de presidente de sala.

Y lo llamaban el Viejo Patituerto siempre que lo veían con las calzas atacadas.

En cada juicio estaban allí con sus grandes carteras, cada una con su arma dentro. Todos ellos esperaban el día en que el Señor revocara la humana y, por tanto, falible sentencia de Joyce. Se necesitaría un nuevo presidente de sala para el siguiente juicio, y habría promociones en general.

Joyce manipuló la tapa corrediza del arma otra vez, hizo un gesto de satisfacción y ajustó el mecanismo. En treinta años desde que había empezado, El Señor no había revocado sus sentencias. Se había acercado a eso - Joyce tenía bastantes marcas - pero, al fin, no había hecho más que presentar una formalista objeción, por decirlo así, antes de justificar las decisiones de Joyce.

Blanding, Pedersen y Kallimer, con sus sencillos vestidos negros sin adornos, el escueto encaje blanco espumando en sus muñecas, se pararon en frente de Joyce.

Hombres sombríos. Hombres envidiosos; hasta Pedersen, que salía del tribunal. Hombres impacientes.

Joyce apartó el arma. Hombres jóvenes, que no se daban cuenta de su buena fortuna teniendo todavía un objetivo que alcanzar y un sueño que realizar. Los cuales no preveían que eran los hombres que estaban en la cima - los hombres que habían alcanzado su objetivo - los que tenían que aplicarse incesantemente a la conservación del ideal; quienes, con la ayuda del Señor, trabajaban cada minuto de su existencia para mantener limpio el propósito de su vida. Los jóvenes no comprendían, hasta que llegaban a la cima, que el gozo estaba en la lucha y el trabajo penoso en el mantenimiento

de la victoria. Los jóvenes servían al ideal, sin jamás preguntarse qué mantenía al ideal alto y firme en su objeto.

Algún día lo sabrían.

-Buenos días, señor juez - dijeron casi en coro.

Joyce respondió, solemne.

-Buenos días, señores jueces. Supongo que han dormido bien.

Por el ruido de los espectadores, Joyce juzgó que acababan de meter al acusado en la sala. Era interesante observar el cambio en las voces de la muchedumbre a través de los años. Últimamente, había sido fácil distinguir entre el ruido de los compartimientos de familias y el ruido del populacho, el cual era una entera octava más bajo.

Joyce levantó la vista hacia el reloj de torre del lugar. Faltaban unos minutos.

¿Descontento? ¿Qué era lo que sentía?

Se imaginó a sí mismo tratando de explicar lo que sentía a uno de estos jovencitos, y - sí - «descontento» era la palabra que usaría.

Pero eso nunca ocurriría. Blanding era demasiado joven para hacer nada excepto mofarse del patituerto y viejo necio con sus hinchados tobillos. Pedersen estaba fuera de eso. Y Kallimer, por supuesto, cuya inteligencia respetaba, era demasiado inteligente para escuchar. Tenía sus propias ideas.

Joyce se levantó. Tocó la figura del Señor oculta bajo el paño del cuello, endereza los pliegues de su vestido, se ajustó la peluca y se volvió hacia sus coadjutores. Al hacerlo, dejó que su mirada pasara aprisa sobre la acusada, por primera vez. La mujer permanecía en su sitio, esperando. Sólo una mirada, antes que la mujer pudiera darse cuenta de que Joyce había comprometido su propia dignidad mirándola.

-Bien, señores jueces, es la hora.

Joyce estuvo aguardando para acompañarlos arriba de la gradería, lo cual sería duro para sus tobillos.

Primero, Blanding tenía que renunciar a su derecho a ver la causa, puesto que era de su jurisdicción.

Joyce, que estaba solo en la superior parte central de la tribuna, se inclinó hacia adelante ligeramente hasta que sus muslos se pegaron a la fría piedra del canto del banco. Ello quitó parte del peso a sus tobillos.

Nadie lo advertiría desde allí abajo. Levantando la vista hacia la enhiesta pared gris del frente del tribunal, todo lo que podían ver eran los torsos de cuatro hombres; dos vestidos de negro, luego uno de pie, algo mes alto, con su brillante toga, y después otro de negro. Ese último era Blanding, y en este momento rodeaba el extremo del banco, adelantándose hacia la sobresaliente tabla que era la tribuna del alguacil en los juicios ordinarios, y se paraba, delgado, inmóvil y ceñudo, resaltando por encima del gentío, allá abajo.

Joyce agradecía la ligera brisa. La toga era opresiva con sus recamadas incrustaciones, y el grueso cuello, junto con el paño de encima, lo estaban ya haciendo sudar. A pesar de todo, no lamentaba haber venido aquí a Nyack. En Nueva York y en Buffalo, sus juicios eran ostentosos, ceremoniales, plagados de funcionarios inferiores y elaborado para con las altas familias. Aquí en Nyack, no había funcionarios ni altas familias. La ceremonia del juicio podía ser reducida a sus simples pero hermosos elementos indispensables. Blanding manejaría las actas de acusaciones, Pedersen seguiría el rastro, y Kalümer...

Kallimer esperaría a ver si El Señor daba su beneplácito.

Joyce miró abajo a la muchedumbre. Un conjunto de colores, escarlata, de oro y azulado claro, hirió sus ojos desde los palcos de familias. Vio el destello de sortijas y pendientes, el delicado y caliente color de las tocas de las damas.

La gente era una sombría masa, vestida de los oscuros y amortiguados colores a que habían estado tomando afición últimamente. Joyce consideró que, sin su contraste, los miembros de las familias quizás no parecían tan brillantes en sus palcos. Pero eso era sólo una ligera divagación que atravesó su mente revoloteando, como un inquieto pájaro a la puesta del sol.

Entendió por Blanding que la gente tenía algún inusitado interés en este juicio. Mirando hacia abajo, pudo ver que el gentío era grande.

Joyce claramente oyó respirar a Blanding antes de que empezara a hablar. Cuando lo hizo, habló despacio, y los amplificadores acústicos del interior del estrado de piedra hicieron su voz grave y sonora.

-Pueblo de Nyack...

La muchedumbre se aquietó enteramente, la totalidad de ella mirando con atención a la erguida e inmóvil figura oscura que se alzaba por encima de ellos.

Esto era justicia, pensó Joyce como lo hacía siempre cuando empezaba un juicio, poniéndose caviloso. Esto era la personificación del ideal. La erguida e inflexible figura; la grave voz.

-El tribunal de justicia para causas civiles de Nyack, del estado de Nueva York, está ahora en sesión.

No le agradaba Blanding, consideró Joyce, observando al coadjutor mientras éste se volvía a medias y extendía un brazo hacia él. No le agradaba Pedersen, y Kallimer lo ponía intranquilo. Pero estaban juntos en esto. Esto estaba por encima de la personalidad, y por encima de la humanidad. El Señor, los cuatro de ellos, las familias y el pueblo; juntamente, lo que hacían aquí hoy era su vínculo y su herencia. Esto era su baluarte contra el salvajismo.

Blanding mantuvo el gesto por bastante tiempo

-El señor juez Joyce, Presidente de sala del estado de Nueva York, preside. Hubo una salva de fuertes aplausos de las familias. Habían esperado que Joyce presidiera un juicio de esta clase, por supuesto, pero estaban excitadas ahora, sin embargo. Esto era la señal oficial. Esto era el reconocimiento de la importancia de ellas, y de la importancia de esta causa. Joyce inclinó la cabeza en agradecimiento.

-El señor juez Kallimer, coadjutor del presidente de sala.

Joyce notó que los aplausos para Kallimer eran mucho más escasos. Pero bien, Kallimer no tenía casi ningún renombre aquí. Había originalmente venido de Waverly, que estaba muy al otro lado de la nación, en el límite de Pennsylvania. Había sido advertido por la asociación de abogados, pero hasta que presidió en algunos juicios en el área de Hudson, muy poca gente reconocía su nombre.

-El señor juez Pedersen, juez municipal superior para causas criminales.

Pedersen tuvo mejor acogida que Kallimer. Eso era porque Pedersen era un magistrado de New York City.

Joyce no dejó que su tenue sonrisa le rozara el rostro. A pesar de eso, era Kallimer que lo sucedería a él, aun cuando Pedersen hubiera permanecido en el tribunal. Kallimer no era un favorito de la multitud, pero había sido competente en Waverly , y podía ser competente aquí, también, si había de serlo.

Joyce esperó a que el expectante silencio se aumentara hasta el punto conveniente. Luego levantó la cabeza.

-Que empiece la vista de la causa.

Hubo una nueva salva de aplausos. Cuando menguaron, Joyce se volvió hacia Blanding.

-El juez Blanding aseverará la causa.

El tono de Joyce, igualmente, era grave y majestuoso. Parte de eso era debido a los amplificadores, que hacían su invisible tarea en el interior del estrado, pero parte de ello estaba en él mismo, y Joyce sentía que estaba sumergiéndose en la peculiar atmósfera del juicio, mientras su espalda se atiesaba y sus tobillos recibían todo el peso de su cuerpo. Tenía la cabeza erguida, y sentía a su lento pulso marchando regularmente por sus venas, latiendo con la fruición del acto del juicio.

Blanding miró abajo al sitio del acusado.

-La acción de John Doe en demanda contra Clarissa Jones. La concurrente acción de la población del estado de Nueva York contra Clarissa Jones

Joyce pudo ahora mirar a la acusada. Tenía obviamente escaso dominio de sí misma en este momento, estaba agarrando la baranda de en frente de ella con apretadas manos. Luego Joyce se volvió hacia Pedersen.

-Juez Pedersen, ¿cuál ha sido el curso de esta causa?

-Señor juez, la demanda de John Doe ha sido retirada, en competencia de la superior reclamación del pueblo.

Eso era ritual, también. Una vez la atención del juez había sido atraída hacia el delito, el primer demandante se retiraba. Por otra parte, el nombre del miembro de la familia demandante habría tenido que ser revelado en pleno tribunal.

Joyce se volvió hacia Blanding.

-El juez Blanding proseguirá, con la aseveración de la acción del pueblo.

Blanding aguardó por otro momento

-Nosotros, los habitantes del estado de Nueva York, acusamos a Clarissa Jones de intentar usurpar un puesto que no es el suyo propio; de deliberada y maliciosamente valerse de los ardides de

su sexo para reclamar reconocimiento de un miembro de una familia, el citado miembro de la familia siendo de menor edad y aquí después indicado como «John Doe». Además, acusamos a Clarissa Jones, mujer de la población, de fomentar la anarquía.

La sumaria continuó. Joyce observaba el rostro de la acusada, notando que a pesar de su tensión emocional, la mujer por lo menos conservaba suficiente decoro para no interrumpir con exclamaciones o gestos inútiles. La joven tenía un poco de fortaleza dentro suyo, en alguna parte. Joyce se alegraba de su freno; las interrupciones destruían el ritmo del juicio. La acusada tendría su oportunidad para apelar.

Joyce se volvió hacia Pedersen, arqueando las cejas de un modo inquiridor. Pedersen se acercó más, manteniendo la boca cuidadosamente fuera del área de los amplificadores.

-La muchacha era la querida del joven Normandy. Él tiene una casa de veraneo junto al río, aquí - cuchicheó Pedersen.

-¿El muchacho de Joshua Normandy? - preguntó Joyce, con algo de extrañeza.

-Justamente - dijo Pedersen, haciendo una mueca -. El mozo podía haber sido más sagaz, e indagado un poco acerca de la muchacha. Ella tiene una cantidad de parientes en los gremios de oficios locales, y muchas otras cosas de la misma especie. En este aspecto la muchacha era peligrosa según para quienes.

-Las relaciones ilegítimas no significan nada - dijo Joyce, ceñudo.

-Jurídicamente, no - respondió Pedersen, encogiendo el hombro a distancia del gentío -. Pero en la práctica la población se ha puesto a reconocer estas cosas entre ellos mismos. Comprendo que las parejas se aludan el uno al otro como marido y mujer cuando están entre grupos de su propia clase. Reconozco que eso no es de ningún peso en el tribunal - continuó apresuradamente -, pero la muchacha es aparentemente una aristócrata entre ellos. Podría ser natural que usurpara ciertos privilegios. La específica demanda de Normandy era que la muchacha se acercó a él en una calle pública y le habló llamándolo por su nombre de pila. Bien, ahí la muchacha fue demasiado lejos.

Pedersen contrajo la boca con una inteligente sonrisa.

-Sí - respondió vivamente Joyce, sus mejillas aplanándose de ira, mientras miraba hacia abajo a la acusada -. En efecto.

Los jovencitos todavía no comprendían. Podían sonreír a eso. Joyce no. El hecho de que ésta fuera sólo una irreflexiva muchacha enamorada, no importaba. Lo que había de ser juzgado aquí era la situación legal, no las emociones humanas implicadas.

Hace siglos, El Señor había establecido este consorcio, hablando por sus profetas, y era ese consorcio que Joyce defendía aquí, lo mismo que lo hacían centenares de jueces todos los días en toda la nación.

Había los dignos del matrimonio, y los que no lo eran. Los que tenían la capacidad mental para regir, administrar, juzgar y escoger a los enfermos que habían de ser sanados, y los que carecían de ella. Hacía mucho tiempo que había sido refutada la idea de que todos los seres humanos eran iguales.

Los bruscos hechos de la vida eran que el talento y la capacidad mental eran hereditarios. Unos seres humanos estaban mejor equipados que otros para juzgar lo que era más ventajoso para la raza humana en conjunto, pero, con uniones licenciosas estas cualidades superiores estaban en serio peligro de dilución.

Haber intentado privar que la gente ordinaria se multiplicara, habría sido imposible. El mar no se deseca con papel secante. Pero era posible la construcción de diques.

Sin el cascajo y la flama del siglo veintiuno. El Señor había transmitido la respuesta, y la Ley. La Ley era el dique que encerraba al mar de la gente ordinaria lejos de los manantiales de las familias.

Por sus profetas, el Señor había establecido sus primeras familias, y ellas, a su vez, habían escogido a otras. A la totalidad de éstas se les daba el sacramento del matrimonio y la herencia del nombre y la propiedad para sus hijos. Durante siglos, las familias habían sido conservadas, sus miembros escogiendo esposas y maridos sólo de su propia clase.

Era innecesario imponer el no tener hijos a la restante gente. Ni superior inteligencia ni gran talento se requerían para el rutinario trabajo del mundo.

Tampoco se había requerido durante muchos años, hasta ahora, la observancia forzosa de la Ley del Señor, como tal. No era que la gente fuera impía o herética. Más bien era que, siendo humanos, estaban inclinados al error. En sus mentes incultas, el objeto y el sentido de la Ley a veces se hacían confusos.

A pesar de esa sencilla religiosidad, si el joven Normandy hubiera sido aún más reacio de lo

que demostrara ser, y hubiese dejado pasar el incidente, algunos miembros de la población pudieran equivocadamente haber considerado que tal proceder era permisible. El precedente habría sido establecido. Si, después de ese, se hubiera dejado que algún otro error pasara sin ser corregido, pudiera haberse dado todavía otro paso fuera de la Ley. Y después de ese, otro. .

Anarquía. Y la creciente corrosión del dique.

Joyce miró con ceño hacia abajo, a la acusada. Sólo hubiera deseado que no fuera una muchacha.

Blanding llegó al final de la sumaria y paró, haciendo un gesto a Joyce.

Joyce miró a la acusada otra vez, en parte porque deseaba examinarla de nuevo y en parte porque ello daba peso a su opinión.

El temblor de la muchacha confirmaba su anterior decisión tentativa. No había ningún objeto en prolongar esto. La terminación más rápida era lo mejor.

--Gracias, juez - dijo a Blanding. Y se dirigió a la acusada. -Joven, hemos oído la acusación. El juez Blanding repetirá ahora el ritual del Juicio, para que no haya ninguna duda en su mente sobre los derechos.

-El Señor es su juez - le dijo gravemente Blanding -. La sentencia que pronunciamos aquí no es conclusiva. Si usted desea apelar, puede hacer su apelación a Él.

Hubo un meneo y susurros entre la muchedumbre, como ocurría siempre. Joyce vio a una cantidad de personas que tocaban las imágenes colgadas de sus cuellos.

-Deliberaremos sobre esta sentencia, cada uno separadamente determinando el grado de su delito. Cuando hayamos llegado a una decisión, nuestras separadas opiniones determinarán el grado de mundana apelación que se le concede.

Joyce dio una rápida ojeada a la muchacha. Ella estaba levantando la vista hacia Blanding con las manos en la baranda de su casilla, los brazos tiesamente extendidos.

-Si su causa ha sido desfigurada para este tribunal, El Señor intervendrá a favor de usted. Si es inocente, no tiene nada que temer.

Habiendo terminado la recitación, Blanding se detuvo y miró afuera por encima de las cabezas del gentío.

Joyce retrocedió y vio que Kallimer y Pedersen estaban mirando hacia abajo a sus manos, escondidas de la muchedumbre. Joyce hizo señas para indicar un fallo de «Completamente culpable».Dar a la muchacha un arma para defenderse, sería ridículo. Sí la muchacha lograra disparar en modo alguno, ciertamente había de errar el tiro dirigido a él y dañar a alguien de la multitud. Valía más despachar esta causa rápida y eficientemente. El asunto tenía que ser despachurrado ahí mismo.

Con asombro, vio que Kallimer respondía con la señal de «repiense».

Joyce miró al coadjutor. Podía haber esperado algo de esa especie de Blanding, pero un hombre de la inteligencia de Kallimer debiera haber llegado a la justa conclusión.

Quizás la asociación de abogados había sido muy juiciosa dándole este juicio, en vez de dejar que lo manejara algún juez menor. Había tenido sus dudas, pero esto las destruía.

Sin mirar a Kallimer, pero haciéndole claramente ver la airada protuberancia del músculo de la rígida mandíbula que atesaba su mejilla, Joyce señaló «¡perentorio!».

Kallimer suspiró imperceptiblemente, y su «quedo conforme» fue una floja señal, como si estuviera tratando de expresar resignación, también.

Joyce miró al frente, todavía furioso, pero con la voz bajo freno.

-Juez Blanding, ¿ha llegado usted a una decisión? - dijo, moviendo ligeramente el hombro izquierdo.

Blanding, desde su puesto en la tribuna, se volvió y vio la señal.

-Encuentro a la acusada completamente culpable, señor juez - dijo.

Joyce se volvió hacia Pedersen dentro del absoluto silencio que siempre caía sobre una sala durante el pronunciamiento de la sentencia.

-Completamente culpable, señor juez.

Joyce se volvió hacia Kallimer.

-Completamente culpable, señor juez - Los labios del hombre se crisparon con una tenue sonrisa burlona.

-Yo también la encuentro completamente culpable, según los cargos - dijo Joyce, mirando a la acusada -. No se le permitirá un arma con la cual pueda hacer apelación mundana. Su único recurso está en la piedad del Señor. Rezo para que nuestro fallo sea justo.

Joyce dio unos pasos atrás bajo una nueva salva de aplausos de los palcos de las familias,

satisfecho de que hubiera hecho todo lo posible. Hasta aquí, era un justo juicio. Hasta la rebelión de Kallimer había sido manifiesta sólo aquí en el tribunal. La soberanía y la unanimidad de la justicia habían sido mantenidas, a lo que podía verse por la actitud de la muchedumbre.

Se volvió y bajó la gradería de la tribuna despacio, entre el silencio que ahora envolvía a la sala.

Había sido un justo juicio. La asociación de abogados lo detallaría, junto con su significación, en los Archivos Cerrados; y, en las generaciones venideras, los jueces de avanzada edad estarían enterándose de ello, viendo cómo su acción de hoy había sofocado el incipiente ataque a esta cultura y esta civilización.

Pero eso no era predominante en la mente de Joyce. Lo que los hombres de aquí a cien años dijeran, no podía tener mucha significación personal para él. Lo que hacía latir su pulso más y más fuertemente mientras bajaba la gradería, doblaba el ángulo del estrado y salía a la sala, era el conocimiento de que sus contemporáneos - los hombres que habían igualmente llegado a la cima, y los cuales comprendían cuál era la carga - sabrían que no había abandonado el ideal.

Se paró a escasa distancia del estrado del tribunal e indicó a los ayudantes por medio de gestor que se acercaran a la acusada. Los hombres quitaron la ropa a la acusada para asegurarse de que no llevaba coraza o armas escondidas, y se apartaron.

Joyce dio la final zancada que lo colocó en el cuadrado de la justicia, donde otros amplificadores de nuevo recogieron su voz.

-La acusada se adelantará para hacer su apelación.

La muchacha tropezó un poco saliendo del palco, y Joyce oyó un ligero sonido de decepción procedente de los palcos de las familias. No era una buena entrada. Pero eso podía ser olvidado.

Joyce alargó la mano hacia abajo, y el arma salió de su pistolera sin ser observada, con un igual giro del brazo que era pura línea de movimiento, mientras simultáneamente se volvía a medias; su vestidura resaltaba, en una perfecta y recta caída cilíndrica, desde el cuello hasta el dobladillo. Se estiró ligeramente, apoyándose en las puntas de los pies, y hubo una serie de «¡bravo!» de los palcos de las familias tan bien como del más reservado «excelente», que era realmente todo lo que un cojo merecía por su valiente gesto, no importando cuan perfecto fuera su movimiento del brazo.

La acusada estaba de pie, pálido el rostro, en el lugar de la apelación.

Manteniendo el brazo arqueado, Joyce estaba esperando para pronunciar la sentencia final.

Estaba envejeciendo. El número de juicios que le quedaban era pequeño. Algún día pronto, con un fallo de «probablemente culpable», quizá, cuando el acusado tuviera un arma enteramente cargada, el Señor revocaría la sentencia.

No a causa de su lentitud física. La cojera y la dificultad para un rápido movimiento de sacar el arma serían solamente sintomáticas de su avanzante lentitud de pensamiento. No habría interpretado la causa correctamente.

Sabía eso, lo esperaba, y sentía que no podía menos de aceptarlo. Un juez que pronunciara una injusta sentencia merecía el castigo tanto como un culpable miembro de la comunidad.

Mientras tanto, esto era el mantenido ideal.

-Usted ha sido juzgada completamente culpable según los cargos - dijo, oyendo salir rodando por la sala las viejas palabras que pronunciaba -.

Este tribunal no le ha concedido gracia. Haga su apelación al Señor.

La acusada miró a Joyce con ojos muy abiertos sobre su pálido semblante. No había certeza de que estuviera rezando, pero Joyce supuso que lo estaba haciendo.

La justicia permanecía con el Señor. Él distinguía a los culpables y los inocentes; castigaba a unos y amparaba a los otros. Joyce era sólo su instrumento, y el Proceso era únicamente para que su juicio se hiciera manifiesto. Los hombres podían juzgar unos a otros y pronunciar sentencia. Pero los hombres podían ser sensatos o necios en sus decisiones. Esa era la falible naturaleza del hombre.

Aquí era donde llegaba la prueba; aquí donde la acusada rezaba al Señor para el final e infalible dictamen. Esto era el Juicio.

Su dedo se atesó sobre el gatillo mientras su brazo descendía despacio y en un movimiento hacia adelante. Aquí también era donde Joyce rogaba al Supremo Juez, preguntando si había obrado sabiamente, si había otra vez procedido bien. Cada juicio era su Juicio, igualmente. Esto era su contacto con el Señor. Esto era la Verdad.

Algo salió del silencioso gentío rodando y llegó a los pies de la muchacha. Era una pistola, y

la muchacha forcejeó para cogerla.

Tan pronto como la joven la cogió, Joyce comprendió que había perdido su ventaja. Sus reflejos eran demasiado lentos y había perdido dos decisivos instantes parándose, paralizado, y fijando la vista en el arma.

Movió la cabeza para alejar el momentáneo sobresalto. Renunció a prestar atención al confuso ruido y la ciega agitación de la muchedumbre. Se concentró más en la muchacha y su pistola. Hasta donde podía permitirse a sí mismo tal consideración, él y la muchacha estaban solos en un universo particular, cada uno tratando de sujetar el pánico el tiempo suficiente para obrar.

Joyce había perdido su blanco, y su brazo había caído por debajo de la línea de fuego. Lo alzó deliberadamente, retando su impulso a ponerlo en posición. Si erraba, no había de esperar mejor suerte con un segundo disparo.

Valía más apuntar de ese modo que hacerlo según el método convencional en todo caso. Ello no permitía ninguna elaboración; no tenía gracia o belleza, pero era un más seguro modo de apuntar.

El tiro de la muchacha fue repentino. La bala tocó el antebrazo de Joyce, y su mano se agitó en el aire con el sobresalto. Sus dedos casi se soltaron de la culata y los apretó convulsivamente.

La muchacha estaba tirando de su arma, haciendo algo con la placa de la culata.

La pistola de Joyce se descargó en el aire, y su brazo tembló de nuevo dolor con el rechazo.

Podía ver que la acusada estaba tan excitada como él. Se sujetó el antebrazo con la mano izquierda y se mantuvo firme. Antes que la muchacha pudiera disparar por segunda vez, la pistola de Joyce entró en actividad, lanzando a la muchacha hacia atrás y abajo al suelo. Obviamente, estaba muerta.

Joyce dio un hondo y agitado suspiro. La pistola empezaba a soltarse de sus débiles dedos, pero la cogió con la mano izquierda y la echó dentro de la pistolera.

El mundo alrededor de él lentamente penetraba en sus sentidos de nuevo. Era consciente de airados gritos del gentío y de los ayudantes que pugnaban por mantener a la gente en sujeción. Había un grupo de personas apiñadas alrededor de un palco de familias, pero antes de que pudiera examinar eso sintió que Kallimer ponía un brazo alrededor de su cintura y lo sostenía. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba tambaleando.

-No podemos inquietarnos por la muchedumbre - dijo Kallimer en una peculiar voz.

Era una voz apremiante, pero Kallimer parecía tranquilo en el fondo. No había histerismo en él, y Joyce notó eso en su valía.

-¿Vio usted quién echó la pistola? - requirió Joyce.

-No. - Kallimer movió la cabeza -. No importa. Tenemos que volver a Nueva York.

Joyce levantó la vista hacia el estrado. Blanding no se veía, pero Pedersen estaba colgando agarrado con las manos, deslizándose por el frente bamboleando y descendiendo a la sala. Se dobló, recogió la cartera que había echado al suelo por delante de él y la abrió de un tirón, sacando la pistola.

Era un necio. ¿Qué creía que estaba haciendo?

-¡Joyce! - Kallimer estaba tirando de él.

-¡Está bien! - soltó abruptamente Joyce con disgusto.

Empezó a correr hacia Pedersen antes que el tonto pudiera degradarse. Mientras corría, se daba cuenta de que Kallimer tenía razón. Los tres tenían que volver a Nueva York tan rápidamente como fuese posible. La Asociación de abogados tenía que enterarse.

Pedersen estaba sentado muy atrás en el rincón del compartimiento del tren, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el artesonado, como si estuviera escuchando el ruido del trole deslizándose a lo largo del cable en lo alto. Sólo el Señor sabía qué estaba realmente escuchando. Su rostro estaba pálido.

Joyce se volvió tiesamente hacia Kallimer, estorbado por el cabestrillo y el yeso del brazo. El coadjutor estaba mirando afuera de la ventanilla y ni él ni Pedersen habían dicho una palabra desde que subieron al tren, hacía quince minutos. Entonces se había oído aún ruido que llegaba de la sala del tribunal.

Había habido una espera de veinte minutos por el tren. Eso significaba que habían pasado más de tres cuartos de hora desde el comienzo de todo ello, y Joyce aún no sabía exactamente lo que había ocurrido. Tenía sólo disociadas impresiones del entero incidente, y, aunque su vida dependiera de ello, no podía encontrar ninguna básica significación detrás de eso, si bien sabía que había de haber una.

-Kallimer.

-¿Qué? - dijo el coadjutor, desviándose de la ventanilla.

Joyce hizo gestos, consciente de su repentina incapacidad para encontrar las justas frases.

-Usted quiere saber qué prendió la mecha. ¿No es eso?

Joyce hizo una seña afirmativa con la cabeza, aliviado por no tener que decirlo al fin y al cabo.

-No lo sé, exactamente - dijo Kallimer con un mohín -. Alguien de la muchedumbre se sintió bastante fuerte para echar la pistola a la muchacha. Uno de sus parientes supongo.

-Pero... accionó Joyce de un modo inarticulado -. ¡Fue... fue una ejecución legal! ¿Quién dificultaría la justicia? ¿Quién se expondría a la condenación eterna estorbando la manifiesta voluntad del Señor?

Pedersen, en su rincón, hizo un ruido muy peculiar. Kallimer le lanzó una secreta mirada. Se volvió hacia Joyce y pareció estar buscando las palabras.

-Joyce - dijo finalmente -, ¿cómo se figura que el Señor revocaría un fallo de completamente culpable?

-Bien... - Joyce frunció el ceño -. No sé. Mi .pistola pudiera atascarse. O yo pudiera disparar y extrañamente errar el tiro.

-Usted no lo sabe de cierto porque nunca ha ocurrido. ¿Soy exacto?

-Sustancialmente.

-Ahora bien. ¿Cuántas revocaciones ha habido en fallos de «Aparente culpable»? Cuando al acusado le dieron una pistola con una cápsula en la cámara.

-Unas cuantas.

-Pero nunca ha ocurrido a ningún juez que uno conozca, ¿eh?

-No - Joyce movió la cabeza -, pero se han registrado casos. Unos cuantos, como he dicho.

-Muy bien. ¿Y qué me dice de «Posiblemente culpable»? ¿Ha habido muchas revocaciones de esos fallos?

-Un apreciable número.

-Usted mismo casi tuvo unas cuantas de esas, ¿no?

-Algunas.

-Muy bien. - Kallimer alzó la mano, doblando un dedo para cada punto -. Esto supuesto, primero tenemos la causa en la cual el acusado está desarmado. Ninguna revocación. Luego tenemos la causa en la cual el acusado tiene una tentativa que hacer. Unas cuantas revocaciones. Y finalmente tenemos la causa en la que el acusado tiene un arma de tanto valor como el juez que preside. Un apreciable número de revocaciones.

-¿No le parece, señor juez, que esta serie de estadísticas bien pudieran darse sin la intervención de ninguna voluntad divina?

Joyce lo miró de hito en hito, pero Kallimer no le dio una oportunidad para responder.

-Además, Joyce, ¿tiene derecho a llevar armas la gente? Es decir, ¿puede uno imaginarse a un acusado que conozca el manejo de una pistola automática y el modo de apuntarla? La respuesta (usted lo pidió, óigame, pues) la respuesta es no.

»Mas, ¿supo usted alguna vez que el Señor revocara un fallo de «No culpable»?

-¡No hay dos de esos al año! - exclamó Joyce, irguiendo la cabeza.

-Lo sé. - La boca de Kallimer se contrajo -. Pero ciertamente existen. Explique esto, pues: ¿cómo concilia usted la voluntad divina con el extraño hecho de que los fallos de «No culpable» y «Completamente culpable» nunca son revocados o nunca lo han sido, aun cuando el Señor sabe que nos hemos acercado a esto esta tarde? ¿Está usted sosteniendo que en esas causas todos los jueces que hayan existido tenían razón todas las veces? ¿Está pretendiendo reclamar, para los mortales, la infalibilidad que es del particular dominio del Señor?

El rostro de Kallimer estaba tenso de emoción, y Joyce recibió la clara impresión de que el coadjutor estaba hablando con excesiva vehemencia; realmente, su voz era todavía tranquila.

-Señor Joyce, si usted no puede ver la intención de lo que estoy diciendo, lo siento. Pero esté seguro, alguien de ese gentío finalmente se dio cuenta de ello, después de todos estos años. Alguien que no temía al Señor. - Kallimer volvió la cabeza vivamente y miró afuera de la ventanilla al Hudson, que se deslizaba plateado abajo a distancia mientras el tren daba vuelta y se acercaba a la orilla oriental -. No estoy seguro de que Pedersen no tuviera razón sacando la pistola. Y, señor Joyce, si lo que he dicho no le ha hecho vacilar, ciertamente debiera haberlo hecho.

Kallimer hizo una aspiración profunda y pareció calmarse un poco.

-Señor Joyce - dijo tranquilamente -, creo que hay algo en que usted no ha pensado. Me figuro que lo hará desdichado cuando se lo diga.

-Hablando en sus términos, bien... usted no tiene que ceder una pulgada, señor Joyce; en verdad, ha de persistir en sus creencias con absoluta rigidez para apreciar el entero impacto. Pues bien, mirándolo desde su punto de vista: uno no puede imaginar cómo el Señor se manejaría revocando un injusto fallo de «Completamente culpable». Pero el Señor es omnisciente y omnipotente. Sus caminos son complejos y no conocibles. ¿Soy exacto? Bien, luego, ¿cómo sabe usted que lo que ha ocurrido hoy no era una sugestión de cómo Él lo manejaría?

El rostro de Joyce se puso blanco.

Era una hora avanzada de la noche. Emily miró con asombro cuando respondió a la llamada de la puerta.

-¡Sam! Pero, nunca... - Se paró -. Entra, Sam. Me has sorprendido.

Joyce la besó en la mejilla y pasó nerviosamente a la habitación de Emily, andando a trancos. Sabía qué la había sobrecogido. Nunca llamaba en las noches subsiguientes a juicios; durante los quince años que habían vivido juntos, Emily, naturalmente, habría notado eso. Consideró el problema por el camino, y la única cosa que debía hacer, había determinado, era obrar como si no ocurriera nada insólito. Razonaba que una mujer, siendo mujer, se encogería de hombros sobre ello después de los primeros pocos minutos. Probablemente, después de poco tiempo, hasta empezaría a dudar de su memoria.

De pronto Emily preguntó:

-Sam, ¿qué tienes en el brazo?

Joyce se volteó y vio a Emily todavía allí a la puerta; llevaba una bata, con el cabello sujeto con rizadores.

-El juicio - soltó brevemente Joyce. Atravesó la habitación, sacó una pera de un cuenco y la mordisqueó -. Tengo hambre - dijo con fingido vigor.

-Por supuesto, Sam - dijo Emily. Pareció reponerse -. Pondré algo en el hornillo. Estará hecho en unos momentos. Dispénsame.

Emily se dirigió a la cocina, dejando a Joyce allí solo en la semioscuridad que rodeaba a la única luz que ella había encendido cerca de la puerta. Impaciente, Joyce apretó con golpe los conmutadores de las otras lámparas de la habitación y se paró en medio de ella, mascando la pera y haciéndola saltar en la palma de la mano entre mordiscos.

Oyó que Emily ponía una sartén en un hornillo. Joyce se meneó de repente y se dirigió hacia la cocina, parándose dentro a la entrada y soltando la pera en el cubo de los desperdicios.

-La he terminado - dijo Joyce, explicando su presencia. Y miró alrededor -. ¿Hay algo que pueda hacer?

-Sam, ¿qué te ha entrado? - Emily levantó la vista hacia Joyce, con una expresión de divertida incredulidad en el rostro.

-¿Está mal que me acerque para ver a mi chica? - dijo Joyce, mirando con ceño.

El decirlo hizo desaparecer el ceño. Joyce miró a Emily, que estaba inclinada sobre el hornillo otra vez. Los quince años habían dejado huella en su cabello e insertado ligeras arrugas en la frente y los ángulos de la boca. Agregaron bastante a los labios y la cintura. Pero había una mundana y sensata complacencia en Emily. Joyce podía meter la llave en la puerta a cualquier hora de la noche, y Emily oiría el ruido y estaría allí para saludarlo.

Joyce se adelantó y paró a Emily. El brazo le dolía un poco, pero eso no era nada importante en el momento. Cruzó los brazos alrededor de Emily y ahuecó la palma de la mano, acercándola al dorso de la cabeza de ella. El fervor y la confianza de Emily hicieron su abrazo más estrecho de lo que se había propuesto al principio. De repente, Joyce estuvo deseando que no tuviera que retirarse a su propia ascética habitación.

-Sam, ¿qué ha ocurrido? - Emily sonrió tenuemente y lo besó en la barba -. He escuchado los resultados del juicio por la radio esta tarde y todas las noticias dadas para Nyack eran de una afortunada conclusión para un fallo de «Completamente culpable». ¿Hubo alguna perturbación de que no quisieron hablar?

Joyce se puso mohíno y soltó los brazos.

-¿Qué clase de perturbación? - preguntó vivamente.

-No he querido decir nada con eso, Sam. - Los ojos de Emily se abrieron y lo miró con nuevo asombro -. Sólo ordinaria confusión... tú sabes, una feliz tentativa de la acusada... - Emily miró al ligero yeso del brazo de Joyce -. Pero no podía ser eso, con una acusada desarmada...

Joyce tomó aliento con airado gesto.

-Creía que habíamos dejado eso claro entre nosotros - dijo con una voz que se daba cuenta era demasiado airada -. Desde el mismo principio dejé bien sentado que tú te ocuparas de tus asuntos y yo de los míos. Si no te informo de ello, puedes suponer que no considero debieras enterarte.

Emily retrocedió y con presteza se inclinó sobre el hornillo otra vez.

-Está bien, Sam - dijo en voz baja -. Lo siento - y levantó la tapadera de la cacerola -.

La cena estará preparada en un momento. Habrá un poco de quehacer aquí dentro cuando todos estos cacharros hiervan al mismo tiempo.

-Estaré esperando en la estancia - dijo Joyce. Se volvió y salió.

Anduvo de aquí para allá a través de la alfombra, con los labios apretados en una estrecha línea, consciente en este momento del dolor del brazo.

Una marca más. Una objeción más del Señor. Enteramente ileso al fin, pero una objeción más, sin embargo. ¿Y qué significaba ello?

Y la Asociación de abogados.

-¡Una audiencia! - susurró -. ¡Una plena audiencia mañana!

Como si su informe no hubiera sido suficiente. Les había informado de lo que ocurrió. Debiera haber bastado. Pero Kallimer, con sus alegatos de que había más en el incidente...

Bien, corriente. Mañana cuidaría de Kallimer.

-La cena está preparada, Sam - dijo Emily, entrando en la estancia. Había procurado que su voz y su expresión parecieran normales. No quería irritarlo otra vez.

Estaba ofendida y a Joyce no le agradaba verla de esa manera. Joyce rió de repente y puso el brazo alrededor de los hombros de Emily, apretando.

-Bien, comamos, ¿eh, muchacha?

-Por supuesto, Sam.

Joyce frunció el ceño ligeramente, descontento. Pero no tenía objeto tratar de hacer las paces y sólo empeorar las cosas. Se estuvo callado mientras entraban en el comedor.

Comieron en silencio. O más bien, para ser sincero consigo mismo, Joyce tenía que reconocer que él comió y Emily jugueteó con una pequeña porción, acompañándolo por cortesía.

El acto de estar sentado quietamente por veinte minutos calmó sus nervios un poquito. Y Joyce apreció la cortesía de Emily. Mientras apartaba con la mano la taza en que había bebido el café, levantó la vista hacia Emily y sonrió.

-Estaba muy bueno. Gracias, Emily.

-Gracias, Sam - dijo Emily, sonriendo tenuemente -. Me alegro de que te haya gustado. Temo que no era gran cosa. No había pensado... - y dejó la frase sin terminar.

Así, Emily había continuado extrañándose de su llamada esta noche. Joyce sonrió tristemente. Y ahora Emily creía que lo había irritado otra vez. Había sido un poco gruñón esta noche.

-Está bien, Emily - dijo, alargando el brazo y cogiendo su mano.

Después que hubo lavado los platos, Emily entró y se sentó junto a Joyce en el canapé, donde él estaba hundido con los pies en un cojín. Le dolían los tobillos y las pantorrillas. Estaba bien mientras estuviera en movimiento, pero una vez se sentaba el dolor empezaba otra vez. Sonrió a Emily débilmente.

Devolviendo la sonrisa, Emily se inclinó y empezó a dar masaje a las pantorrillas de Joyce, friccionando los músculos con los dedos.

-Emily...

-Di, Sam.

-*Sí...* Nada, Emily. No tiene objeto hablar de ello.

Joyce se encontraba cogido entre el deseo de hablar a alguien y la apremiante sensación de que era mejor olvidar lo de esta tarde. Miró más allá de sus pies, sin fijar la vista en nada. Quizás había alguna manera de inducir a Emily a decirle lo que él quería saber, sin que tuviera que informarla del asunto.

¿Por qué estaba tan mal dispuesto a hablar de lo de esta tarde? No lo sabía exactamente; pero no podía persuadirse a hacerlo, no más de lo que podía haber discutido algún defecto del carácter que accidentalmente hubiera observado en una señora o un caballero.

-¿Y qué más dijeron por la radio? - preguntó, sin ninguna especial entonación -. Sobre Nyack.

-Nada, Sam, excepto los simples resultados.

Joyce gruñó con desilusión.

Quizás había algún mejor punto de enfoque, pensó.

-Emily, supongamos... supongamos que uno supiera de una causa que implicase a una muchacha del pueblo y a un hombre miembro de una familia. Supongamos que la muchacha se hubiera acercado al hombre en una vía pública y le hubiese dirigido la palabra llamándolo por su nombre de pila.

Joyce se paró penosamente.

-Di, Sam.

-Oh... bien, ¿qué pensarías?

Las manos de Emily quedaron quietas por un momento, luego empezaron a trabajar en las pan-torrillas de Joyce otra vez.

-¿Qué pensaría? - preguntó Emily en voz baja, mirando al suelo -. Pensaría que la muchacha era muy tonta.

Joyce hizo una mueca. Eso no era lo que quería. Pero, ¿sabía lo que quería de Emily? ¿Cuál era la respuesta que estaba esperando? Probó otra vez.

-Sí, por supuesto. Pero, aparte de eso, ¿qué más?

Vio que Emily se mordía el labio.

-Temo que no comprendo lo que quieres decir, Sam.

-No eres tan poco inteligente como eso, Emily - dijo Joyce. Un dejo de su pasada ira introdujo un resquemor en su voz.

-Sam - dijo Emily, tomando aliento y mirándole -, algo violento ha ocurrido hoy, ¿verdad? Algo muy malo. Estabas terriblemente descompuesto cuando llegaste...

-¿Descompuesto? No lo creo - interrumpió prontamente Joyce.

-Sam, he sido tu querida durante quince años.

Joyce conoció que su rostro lo estaba traicionando. En sus momentos de agudeza, Emily siempre le hacía esto. Solía poner el dedo exactamente en el punto vunerable, desarmando su capacidad para protegerse.

Suspiró y extendió las manos con un gesto de resignación.

-Está bien, Emily. Sí, estoy descompuesto. - La irritación brotó de nuevo -. Es por eso que quiero ayuda de ti en vez de estas evasivas.

Emily se enderezó, quitando las manos de las dolientes piernas de Joyce, y se volvió a medias en el canapé, de manera que estuvo examinando en seguida sus ojos. Aguantó la mirada fija de Joyce sin vacilación.

-Quizás estás pidiendo demasiado de mí. Quizá no. Esto es ciertamente importante, ¿no? Nunca te he visto tan desazonado como ahora.

Emily estaba tensa, Joyce se daba cuenta de ello Tensa y recelosa. Pero percibía, también, que ella había resuelto proseguir, sean cuales fueren sus particulares dudas.

-Sí - confesó -, es importante.

-Muy bien. Quieres saber qué pienso de esa muchacha, ¿no es eso? Supongamos que me dices lo que tú piensas primero. ¿Crees que lo hizo por despecho, o malicia, o impulso?

-¡Por supuesto que no! - Joyce movió la cabeza -. Estaba enamorada del hombre y se olvidó de sí misma.

Los ojos de Emily se humedecieron con un repentino rastro de lágrimas. Joyce la miró confuso, por unos segundos, antes que ella se pasara una mano por los ojos con aire apenado.

-Bien, di - pidió Emily en voz baja.

-Temo que es mi vez de no comprender - dijo Joyce un momento después.

Frunció el ceño. ¿Qué se proponía Emily?

-¿Qué me distingue de esa muchacha, Sam? ¿Unos cuantos años? ¿Qué esperas que piense?

-¡No es lo mismo en absoluto, Emily! - replicó Joyce con genuina ira -. Tú... tú eres una mujer madura. Nosotros...

Joyce no podía realmente señalar la diferencia, pero sabía que existía. Emily nunca había dicho o hecho nada...

-¡Emily, sabes muy bien que nunca hiciste lo que hizo esa muchacha!

-Sólo porque soy más consciente de las normas sociales - respondió Emily en voz baja -. ¿Qué positiva diferencia hay entre ella y yo mismo? ¿Es que somos tú y yo mejores que otras dos personas; mejores que ninguna otra de la veintena de similares parejas que conocemos? ¿Qué nos distingue, a tus ojos? ¿El hecho de que no somos un caso para ser enjuiciado en un tribunal.

-¡Emily, esto es ridículo!

-Esa muchacha infringió la ley. - Emily movió la cabeza lentamente -. Yo no. Pero no lo he hecho sólo porque me di cuenta, desde el mismo principio, de la difícil situación en que me hallaría por el resto de nuestras vidas. No podría dejarte y retroceder al vulgo ahora; me he acostumbrado a vivir como lo hago. Pero siempre seré no más que aquello a que fui destinada.

«Supongamos que yo fuera un hombre del populacho; un mecánico, o quizás hasta un ingeniero si me hubiese ligado a alguna familia. Sabría que toda mi pericia e instrucción serían inútiles si me acusaran de algún delito en un tribunal. Sabría que dirigir la palabra a mi patrono en público llamándolo por su nombre de pila sería un delito; una diferente clase de delito del que sería si yo fuera la querida de mi patrono, ciertamente, pero un delito, sin embargo. Supongamos que, como ingeniero de mi patrono, supeditara su voluntad en las especificaciones para cualquier producto que fabricara mi patrono. O que intentara diseñar un producto otra vez o desarrollar uno nuevo sin primero recibir su aprobación y sus indicaciones; eso sería jurídicamente análogo a lo que hizo la muchacha, ¿no es cierto?

-Sí, y justamente -. replicó Joyce.

Emily lo miró e inclinó la cabeza lentamente.

-Si yo fuera ese ingeniero - prosiguió - y tuviese un poco de sentido común, sería siempre consciente de la diferencia entre yo mismo y mi patrono. Me recordaría a mí mismo, todos los días, que mi patrono nació en una familia, y que a mi patrono, a su vez, se le concedería el sacramento del matrimonio con una dama cuando lo deseara. Yo comprendería que los ingenieros eran miembros de la comunidad, y que mi patrono era un miembro de una de las primeras familias, o un legislador, o un juez. Dándome cuenta de todo esto, tendría siempre cuidado de no invadir la diferencia existente entre nosotros, aceptando mi destino de haber nacido en la comunidad, y el suyo de haber nacido en una familia.

-Eso parece un poquito como si consideraras el linaje como un ciego azar - dijo Joyce, frunciendo el ceño.

Emily lo miró en silencio. Hizo una aspiración profunda y continuó:

-Siendo una persona inteligente, yo, como ese ingeniero, atribuiría mi condición o posición social por el nacimiento al designo del Señor. No oirás herejías de mí, Sam. - Alargó el brazo y cogió su mano.

»Es por eso que diré otra vez que la muchacha de Nyack era tonta. Esa era la causa de Nyack, ¿no es cierto? La muchacha hizo lo que ninguno de nosotros, estando en nuestros cabales, pensaría hacer. Ciertamente, hizo lo que yo nunca haría, pero bien, yo tengo más años que ella. Los tenía cuando vine a ti, o al menos lo supongo, puesto que la llamaste muchacha.

De repente, Emily se mordió el labio.

-Los jóvenes enamorados no están necesariamente en sus cabales, lo mismo que las personas enfurecidas no están obrando lógicamente. ¿Quién ha de decir cuál debiera ser su castigo?

-Hay Alguien - respondió firmemente Joyce.

Emily inclinó la cabeza, mirando a Joyce con abstraída expresión. De repente, dijo:

-Sam, ¿te has mirado alguna vez realmente en un espejo? No para ver si te habías afeitado bien, o si la peluca estaba torcida la mañana antes de un juicio, sino sólo para mirarte a ti mismo.

Joyce no podía comprender este nuevo cambio de táctica.

-¿Sabes que tienes un rostro muy joven, Sam? Bajo esa negra barba, sin el ceño, tienes la cara de un turbado adolescente. Te has enseñado a ti mismo la dignidad y añadido carne a tu cuerpo, pero eres todavía un muchachito, que busca la llave que dé cuerda al mundo para que marche puntualmente para siempre. Quizá crees que la has encontrado. Crees en lo que estás haciendo. Crees que la justicia es lo más importante del mundo. Lo que haces, lo haces como una cruzada. No hay malicia o crueldad protervas en ti. No creo haber sabido jamás que hicieras nada puramente para ti mismo.

»Te quiero por ello, Sam. Pero, excepto algunas veces para conmigo, te has sumergido en tu ideal,

hasta que has aprendido a desconocer a Sam Joyce enteramente. Eres el señor juez Joyce todo el tiempo.

»Algo ha ocurrido esta tarde. - Emily cerró la mano sobre la de Joyce -. Y sospecho que fue violento. Has venido a mí después de enfrentar a un acusado desarmado (una muchacha, joven e inexperta), pero hay yeso en tu brazo, y lo que debe ser el agujero de una bala debajo de él. No sé lo que ocurriría. Ciertamente sé que hay un oscurecimiento de noticias sobre Nyack.

Librodot

»Sam, si el sistema ha sido finalmente recusado, luego estás en terrible peligro. Otros hombres no son como tú. Otros hombres (hombres de la comunidad y hombres miembros de familias) obran con rabia, o miedo, o afecto. Si derriban tu mundo y tu ideal...

-¡Si derriban...!

-...Si derriban aquello a que has consagrado tu vida, no quedará nada de ti. Si el sistema muere, se lleva el alma del juez Joyce con él, y sólo yo sé dónde vive el pequeño fragmento de Sam Joyce. Eso no bastará.

-¡Emily, estás exagerando desmesuradamente!

Emily apretó la mano de Joyce. Joyce vio, con cabal asombro, que Emily había cerrado los ojos a las lágrimas, pero que regueros de tierna jugosidad se estaban escurriendo por sus mejillas.

-Has venido a mí para pedir ayuda, pero yo soy parte del mundo también y debo vivir de la manera que me lo permita. Después de todos estos años quieres saber si has tenido razón, y yo tengo como deber decírtelo.

-Te he dicho que pensaba que la muchacha era tonta. Sam, te quiero, pero no me atrevo a darte la respuesta que esperas. Te lo he dicho: no oirás declaraciones heréticas de mí.

La noche había avanzado lentamente hasta sumirse en la claridad del alba. Joyce la contempló a través de la ventana junto a la cama. No tenía ninguna manera de saber si Emily se había dormido en modo alguno o no. Yacía inmóvil, tal como había estado toda la noche.

Los ojos de Joyce ardían, y el reducido rastrojo de su agrisado cabello natural estaba tupido de sudor. Había pasado la noche desvelado.

El brazo estaba mucho mejor esta mañana, pero Joyce aún se acordaba del golpe de la bala.

Si uno creía, como había de hacerlo, que el Señor veía todos los actos humanos, conocía todos los pensamientos humanos y causaba todos los acaecimientos humanos, luego, ¿qué había Él querido indicar en Nyack?

Si la sentencia era justa, ¿por qué permitió el Señor ese disparo? ¿Por qué el que echó la pistola, quienquiera que fuese, no había sido parado antes de que pudiera hacerlo? Si la sentencia era injusta, 6por qué la muchacha no lo había matado?

¿Era que el Señor le daba su beneplácito, pero no sobre la base de su juicio? ¡Mas su base era la Ley, y el Señor había entregado la Ley!

¿Era, como había dicho Kallimer, que el Señor no era como lo concebía Joyce?

¿Qué opinaba Emily?

Se recordó a sí mismo que lo que Emily opinaba estaba fuera de propósito; muchas veces se había dicho eso a sí mismo durante la noche pasada. La opinión de Emily no regía la verdad o la falsedad de la justicia. La justicia era una cosa absoluta; o era recta, fueren cuales fueren las opiniones de los hombres, o era inútil.

¿Era, como había dicho viciosamente Kallimer, que el Señor estuvo tratando de hacerle comprender algo?

¿Qué?

¿Qué había Él querido indicar en Nyack?

Joyce yacía en la cama, agotado. Sabía que estaba pensando desatinadamente. Una y otra vez había examinado este motivo con cuidado, tratando de encontrar la justa lógica, y no logrando nada No estaba en situación para razonar correctamente. Sólo esperaba que supiera obrar juiciosamente en la audiencia esta tarde.

Salió de la cama cautamente, vacilando a cada crujido de las sábanas. Una vez fuera, se visitó aprisa y salió del cuarto tan sigilosamente como pudo. No quería que Emily se despertara y viera en qué estado él estaba.

Entró en la sala de la audiencia con acompasados pasos, esperando que nadie advirtiera su turbado estado de ánimo. Cuando el presidente de sala mostraba agitación, ¿qué podía toda persona esperar de los jueces menores?

Esto, igualmente, era parte de la tarea, y el joven y ambicioso juez coadjutor de Utica no había tenido la más tenue sospecha de ello, lo mismo que, durante todo su dedicado avance a través de los grados de su profesión, no podía haber imaginado cuan difícil sería algún día pasar por una puerta sin vacilar cuando unas fatigadas piernas y unos dolientes tobillos se movieran lentamente a cada paso.

Percibió la excesiva tensión de todos los miembros. Ninguno se sentaba tranquilamente, esperando a que empezara la audiencia. En todas partes se veían grupos de hombres que hablaban

vivamente, y había un continuo movimiento de un grupo a otro.

Joyce frunció el ceño con fastidio y saludó brevemente mientras que la mayor parte de los rostros de la sala estaban vueltos hacia él. Miró alrededor buscando a Joshua Normandy, pero el presidente de la Asociación de abogados todavía no había llegado. Vio a Kallimer situado a un lado.

mostrando su ceño y hablando sin compañía a Pedersen, que en este momento estaba muy pálido.

Joyce se acercó a ellos. Aún no había determinado qué hacer con respecto a Kallimer. El hombre era arrogante. Parecía recibir verdadero placer hablando en términos que Joyce no podía entender. Pero el hombre era inteligente y ambicioso. Su ambición lo llevaría a defender los mismos principios que defendía Joyce, y su inteligencia lo haría un superlativo presidente de sala, una vez hubiera salido Joyce.

Por eso Joyce estaba dispuesto a dejar pasar el sospechoso proceder de ayer. Quizás, al fin y al cabo, Kallimer había tenido razón pidiendo una nueva consideración del fallo.

Otra vez, Joyce era penosamente consciente de su incapacidad para llegar a ninguna firme opinión sobre los hechos de ayer. Se paró en frente de Kallimer y Pedersen con un movimiento de la cabeza, y sólo entonces se dio cuenta de cuan raro debió parecerles el gesto.

-Buenas tardes, señor juez - dijo fríamente Kallimer.

Joyce escudriñó su rostro buscando alguna indicación de su estado de ánimo, pero no había nada fuera del omnipresente ceño.

-Buenas tardes, señores magistrados - dijo finalmente -. ¿O han sido confirmados los resultados de la elección, legislador? - preguntó a Pedersen.

-Sí, señor - dijo Pedersen. Su rostro estaba tenso -. Los resultados fueron confirmados. Pero renuncié.

En el rostro de Joyce se pintó una viva expresión de asombro. Reponiéndose, Joyce trató de sonreír alegremente.

-Luego, ¿vuelve usted a la asociación?

-No... - Pedersen movió la cabeza, y dijo con áspera voz -: Simplemente estoy aquí como testigo de... de... lo de ayer. - Estaba sumamente pálido

-El señor Pedersen ha resuelto retirarse de la vida pública, señor juez Joyce - dijo Kallimer, sonriendo fríamente - Ahora considera que su primer intento para separarse de la asociación fue inadecuado.

Joyce apartó la vista de Kallimer y la fijó en Pedersen. El más joven, Joyce de repente se dio cuenta de ello, estaba aterrorizado.

-Blanding murió, usted sabe - dijo Kallimer, sin emoción -. Le tiraron un adoquín a la cabeza en la tarde de ayer. No se sabe exactamente cuáles fueron las circunstancias, pero un miembro de la guardia pública dio la noticia - Kallimer sonrió a Pedersen -. Y ahora nuestro primer coadjutor, habiendo resultado exactos sus anteriores presentimientos, hará en breve un viaje afuera; a la Confederación de los Lagos, creo.

-Tengo parientes lejanos en St. Paul - confirmó roncamente Pedersen -. Y hay una rama de Ontario de la familia, en Toronto. Pienso estar fuera por algún tiempo. Una excursión.

-La palabra clave de esa declaración sería «lejanos», ¿no, señor Pedersen? - dijo Kallimer, todavía sonriendo.

Pedersen se puso rojo de ira, pero Joyce tomó la actitud de Kallimer como una tranquilizadora señal. Al menos, la cobardía de Pedersen no era general. Por el momento, eso parecía más importante que la noticia de la muerte de Blanding.

Su falta de asombro le hizo considerarse a si mismo con pasmo. ¿Tan conturbado estaba, que el asesinato de un juez no lo horrorizaba? ¿Tan lejos había ido en su aceptación de lo increíble?

Reconocía, con una parte de su mente sosegadamente lógica, que anteayer se habría considerado a sí mismo insano por siquiera pensar que alguien estuviera atacando a la Ley. Hoy, podía pasarlo por alto. No frívolamente, pero, sin embargo, pasarlo por alto.

-¿Está seguro de su información, Kallimer? - preguntó.

Kallimer hizo una seña afirmativa, mirando a Joyce singularmente.

Dijo:

-El testigo es digno de confianza. Y presentó la pistola, además. Eso es un asombroso detalle en sí mismo. Usted se interesará.

-¿Realmente? - Joyce arqueó la cejas con fineza. Vio entrar a Joshua Normandy en la sala, y saludó con la cabeza en la dirección del presidente.

Librodot

-El examen de testigos está a punto de empezar. Será traído a discusión, por supuesto, ¿no?

Kallimer estaba francamente confuso por su actitud. La cabeza de Joyce estaba erguida, y sus hombros de repente se habían enderezado, abandonando su inconsciente hundimiento.

-Sí, por supuesto.

-Bien. ¿Ocupamos nuestros sitios? Buenas tardes, señor Pedersen. Fue un placer, tenerlo en mí tribunal - Joyce asió el brazo de Kallimer y, juntamente, se dirigieron andando despacio hacia la larga mesa colocada de frente a los sillones de los jueces menores.

Joyce sabía lo que le estaba ocurriendo, y la tranquila y juiciosa parte de su mente, a la cual al fin, se le había dado algo que entendía para trabajar en ello, daba su beneplácito.

Había estado lleno de pánico. Al mediodía, ayer, los cimientos de su lógica habían sido destruidos. La integridad de la justicia y los jueces había sido atacada, y su creencia en la universal aceptación de la Ley del Señor, había sido demostrada ser falsa. Había descubierto, en un climático instante, que había gente dispuesta a atacar premeditadamente la Ley.

Había estado fuera de su penetración. No tuvo ningún precedente para un tal crimen; ninguna base sobre la cual juzgar la situación. Algún otro, quizás, como Kallimer o el juez Normandy, podía tener la capacidad de inteligencia para encuadrar el hecho. Pero Joyce sabía que no era un hombre brillante. Era sólo un hombre honrado, y sabía lo que estaba más allá de él. En el instante en que se había parado, mirando confuso a la pistola yacente sobre los sillares de la sala del tribunal, mientras la acusada trataba de cogerla ansiosamente, había dejado de ser competente para evaluar la situación jurídica y tomar medidas para rectificarla. El pánico podía torcer completamente el discernimiento de un hombre.

Eso era lo que El Señor había estado tratando de hacerle ver. El mundo estaba cambiando y el presidente de sala no estaba aprestado para hacer frente al cambio.

Como hombre honrado; como hombre sincero en sus creencias, estaba dispuesto a abandonar sus obligaciones y dejar que las tomaran los hombres mejor adaptados.

Saludó al juez Normandy y a los otros miembros de la asociación de abogados. Luego se sentó sosegadamente, con Kallimer al lado de él, y estuvo esperando para ver lo que los hombres más inteligentes habían deducido de la situación.

Kallimer estaba sosteniendo la pistola traída de Nyack. Joyce la miraba singularmente.

Finalizaba la tarde y habían sido ya registrados muchos testimonios. Pedersen declaró que fue consciente de un airado movimiento entre la multitud, mientras Joyce sacaba su arma, pero que la pistola había sido echada por un hombre no identificado, antes que pudiera hacerse nada. Después del disparo, el hombre y un circunstante grupo de otros hombres se habían confundido con la multitud. La multitud misma había estado perpleja al principio, y en seguida se había dividido en sus reacciones. En esos primeros momentos del tumulto, no había habido señales de unánime esfuerzo.

El guardia público había testificado que, a lo que sabía, era el único sobreviviente de la patrulla destacada para mantener el orden durante el juicio. Él había cogido la pistola después que la ajusticiada la soltara, y corrido a buscar ayuda al cuartel general de la guardia. Era su impresión que las inmediatas muertes entre miembros de familias en el juicio fueron el resultado del natural alboroto entre la multitud, y no de ningún organizado plan de asesinato.

El juez Kallimer había explicado que ésta era también su impresión. Los únicos indicios de un concertado plan, declaró, se habían manifestado en la cortadura de los cables del tren allá en Nyack y el asalto a la estación de radio, donde el dirigente hombre de la comunidad había destrozado el transmisor antes que el aparato pudiera ser capturado. Se tomó nota de la lealtad del cuerpo de ingenieros de la estación.

Entonces, Kallimer dijo:

-Teniendo presente el anterior testimonio, quisiera llamar la atención de esta audiencia a la construcción y el diseño de esta arma ilícita.

Joyce se inclinó más, para examinarla mejor. Había una cantidad de particularidades en la pistola, y le interesaban.

-En primer lugar - prosiguió Kallimer -, el arma obviamente está hecha a mano. La armazón se compone de una sólida pieza de metal - acero. me ha dicho un competente ingeniero - que muestra claras señales de lima. Además, es de diseño casi primitivo. Tiene un cañón de ánima lisa, perforado desde la boca hasta la recámara, y está escopleada en la recámara para acomodar una cápsula insertada a mano y un percutor con presión de muelle. Adicionales cápsulas están guardadas en la culata cubierta con una placa de fricción Se dispara empujando el percutor hacia atrás con el pulgar, soltándolo, después de lo cual la caja de la disparada cápsula debe quitarse a mano antes que pueda

ser cargada de nuevo.

-Un arma apresurada Un arma de desesperación, juntada por alguien que disponía sólo de unas horas para trabajar en ella.

Kallimer depositó la pistola

-Un arma irremediablemente ineficaz e inadecuada. Me han informado de que el cañón ni siquiera estaba perforado en paralelo al largo eje de la armazón y que las toscas miras estaban también sesgadas, complicando aún el yerro apuntando Es interesante que el señor juez Joyce fuera herido en todo caso y no hay que extrañar en modo alguno que la acusada no pudiera disparar un segundo tiro

Joyce movió la cabeza ligeramente Era bien obvio cómo la muchacha se las habría arreglado para acertarlo. Pero luego, no era probable que Kallimer con su ligeramente disparatado punto de vista tomara al Señor en consideración.

Kallimer estaba hablando otra vez

-El punto, sin embargo, no es pertinente aquí Es la calidad de esta arma que nos interesa. Obviamente, no fue construida por nadie especialmente práctico en el oficio, y su diseño muestra una completa falta de inventiva. Es improbable que existan ningunas otras. Se sigue, pues, que la rebelión, si puedo llamarla tal por el momento, está mayormente limitada a los cercanos a. parientes de la acusada. No existe ningún real esfuerzo organizado en gran escala.

«Tenemos el testimonio del señor Pedersen y del guardia. Parece obvio que los planes de los torcedores de pistolas culminaron en la entrega del arma a la acusada. Lo que siguió fue una espontánea demostración. Esto, junto con algunos otros pertinentes datos ya mencionados en el testimonio, es la base sobre la cual hemos formulado nuestro plan de rectificación.

-Juez Normandy - Kallimer se volvió hacia el centro de la mesa.

Normandy era un hombre anciano, encanecido, cuyas espesas cejas colgaban muy bajo sobre sus ojos. Se levantó de su asiento y apoyó el peso de su cuerpo en las manos, inclinándose sobre la mesa mirando hacia los jueces menores sentados en su sillones.

Joyce lo miró singularmente. Normandy nunca había sido presidente de sala. Había ascendido a primer coadjutor bajo Kemple, el presidente de sala anterior al que Joyce había sustituido. Normandy era el mayor de los hijos de una de las primeras familias; entonces se había retirado del trabajo activo, siendo primero juez municipal superior y después presidente de la asociación de abogados. Había retenido el puesto por más tiempo del que Joyce había sido presidente de sala, y tenía a lo menos setenta años.

Joyce se preguntaba qué habían determinado hacer Normandy y Kallimer.

La voz de Normandy era bronca por la edad. El hombre arrancaba cada palabra de su garganta. -El juez Kallimer lo ha resumido muy bien. Una rebelión puramente personal contra la ley en Nyack ha bosquejado una espontánea demostración. Uno ha notado la falta de prueba que implique a ningunos cabecillas excepto los parientes de la acusada. No son más que carpinteros. Hubo alguna posterior participación de ingenieros, porque se necesitaba instrucción para percibir la importancia de cortar las comunicaciones. Pero eso no fue hasta que este trastorno emocional tuvo una oportunidad para volverse contagioso.

»Hay cierto sentimiento rebelde, sí. Pero apenas ha nacido todavía. No se extenderá a menos que lo permitamos, y no lo haremos. Mañana por la tarde, estaremos de vuelta a la normalidad.

«Gracias, señores jueces. Este examen de testigos ha finalizado, y el señor Joyce, e! señor Kallimer y yo nos quedaremos después de eso para una ulterior discusión.

Joyce observó a los jueces menores mientras salían de la sala en fila; su aire era mucho menos nervioso de lo que había sido. Normandy los había sosegado un poco.

Joyce igualmente se sentía mejor. Había tenido razón esperando que Kallimer y Normandy tuvieran una solución. Estaba dejando la Ley en manos aptas.

Normandy esperó a que la sala estuviera vacía. Luego se dirigió a Kallimer con una expresión de disgusto.

-Bien, lo creyeron. Estaría más contento si algunos de ellos no lo hubieran hecho.

-No se puede decir - Kallimer se encogió de hombros -. Si algunos de ellos comprendieron la cosa, serían bastante inteligentes para no mostrarlo.

Normandy levantó una ceja, frunció los labios y. un momento después, hizo una mueca.

-Eso es un buen detalle.

Joyce miró fríamente a los dos hombres.

-Deduzco - dijo finalmente - que la situación es más seria de lo que fue divulgado -. Sintió

una ligera repetición de su antigua inquietud, pero nada próximo al pánico.

Normandy y Kallimer se voltearon en sus asientos. Los dos miraron a Joyce especulativamente.

-Con mucho - dijo Normandy, inclinando la cabeza-. Les llevó un rato a los ingenieros darse cuenta de lo que estaba pasando; pero se hicieron cargo de la rebelión a la primera hora. La están dirigiendo al presente. Tuvimos que bombardear la estación de radio y establecer un falso transmisor con la misma longitud de onda. Parece mucho como si los ingenieros tuvieran plan listo para usarlo, pero no con esta prontitud. Fueron cogidos un poco de repente.

»No bastante de repente, sin embargo - Normandy hizo una mueca -. Esperábamos algún disturbio allá abajo, pero estábamos desprevenidos para el descubrimiento de algo semejante a eso. La guardia no puede manejarlo. Hice entrar al ejército esta mañana.

-Usted sabe - Kalümer dijo a Normandy, con un gruñido -, pedí a Joyce que repensara su fallo.

-¿Usted hizo eso? ¿Por qué? - Los ojos de Normandy se abrieron de golpe.

-No necesitábamos pruebas, al fin y al cabo. Yo podía olfatear la perturbación dentro de esa multitud. La atmósfera era muy densa. Ellos mismos no lo sabían, pero estaban fomentando un tumulto - Kallimer se encogió de hombros -. Joyce me venció, por supuesto. Fue una buena cosa, además, o no habríamos descubierto a tiempo cuan hondo había calado la perturbación.

Normandy miró a lo lejos de un modo pensativo; su cabeza apenas se movía mientras el hombre hacía una seña afirmativa para sí mismo.

-Sí - susurró en voz baja.

-¿Le choca a usted mucho esto, señor juez? -dijo, mirando vivamente a Joyce.

Joyce estaba considerando la expresión del rostro de Kallimer. Se había vuelto fríamente burlona.

-Yo... - Joyce se paró y se encogió de hombros en respuesta a la pregunta de Normandy -. Realmente no lo sé. Pero estoy seguro de que ustedes son conscientes de lo que están haciendo.

-Estoy seguro - repitió.

Sin embargo, estaba perplejo. No podía llegar a comprender lo que Kallimer había querido decir.

Normandy no apartaba la vista de Joyce; sus oscuros ojos se mantenían vigilantes.

-Siempre he sido de dos pareceres con respecto a usted - dijo, con voz precavida -. Creo que escogí juiciosamente, pero no hay certeza, con personas como usted - e hizo una mueca en su brusca manera -. Sin embargo, a veces un calculado riesgo está justificado. A veces, sólo un hombre honrado sirve.

La perplejidad de Joyce aumentaba. Conocía que Normandy estaba siendo mucho más sincero con él de lo que nunca antes había sido. Vagamente, era consciente de que la situación había forzado a Normandy a ello.

Pero si Normandy estaba siendo compelido a tomar medidas enérgicas, luego, ¿qué decían tocante a la capacidad de Sam Joyce para hacer la conveniente cosa en esta crisis?

-Hay algo que creo debiera decirle - dijo prontamente Joyce, consciente de un retorno a su anterior pánico. Tenía que exponer su actitud en esta discusión tan pronto como fuera posible, antes que Normandy y Kallimer dieran por sentado que se podía contar con él -. No... no estoy seguro de lo que ustedes piensan exactamente de mí - continuó, mientras Normandy y Kallimer lo miraban extrañamente -. Pero hay algo que debieran saber.

Se paró para escoger las palabras cuidadosamente. Tenía que convencer a estos hombres de que no estaba obrando por impulso; que había meditado esto bien. Merecían una explicación, después de haber dado por supuesto que los ayudaría. Y, también, eso era importante para él personalmente. Quizás ésta era la más importante decisión de su vid?.

-He sido presidente de sala por un tiempo relativamente largo - empezó.

Así era; siempre había sentido que El Señor tenía un buen servidor en él, y, hasta ayer, El Señor parecía haber estado de acuerdo.

»Tengo un buen historial - dijo, mirando a sus manos -. He hecho cuanto he podido.

«Ustedes conocen mi historia. Empecé hace años, en un tribunal menor, y ascendía paso a paso. Ninguno tiene la destreza con su pistola o es superior en el ritual del juicio de lo que yo era en la plenitud de mi vigor - Joyce levantó la vista hacia Normandy y Kallimer, tratando de ver si lo comprendían -. Siento que he sido un digno juez; que he servido a la Ley del Señor como Él lo deseaba Pero siempre he sabido que no era el hombre más brillante del tribunal. No he pronunciado

muchos dictámenes famosos, y no soy ningún jurista eximio. Simplemente - gesticuló de un modo indeciso - he sido un juez por largo tiempo - se detuvo momentáneamente.

»Pero esto - continuó, en voz baja -, está más allá de mis aptitudes - miró de nuevo abajo, a sus manos -. Reconozco que no tengo la capacidad para hacer propiamente mi deber en esta situación. Quisiera renunciar en favor del juez Kallimer.

Hubo un largo silencio. Joyce no levantó la vista, pero estaba considerando las necedades que había hecho y pensando durante los últimos dos días.

Levantó la vista, finalmente, y notó la extraña expresión de Normandy. El rostro de Kallimer era una confusa forma en blanco.

Normandy dobló los dedos y lanzó un suspiro por encima de ellos.

-Comprendo - dijo. Miró ocultamente a Kallimer, y Kallimer pareció cambiar algún mudo mensaje con él.

-Señor Joyce - dijo pausadamente Kallimer -, lo conozco bastante bien para tener por cierto que esto no ha sido una decisión precipitada. ¿Tiene inconveniente en decirme qué lo llevó a ella?

-De ningún modo - Joyce movió la cabeza - He juzgado que ésta es la única interpretación posible de los sucesos de ayer en la sala del tribunal. Me parece claro que el designio del Señor era procurar que yo hiciera lo que acabo de hacer.

Normandy hizo un gesto furioso y miró a Joyce de hito en hito.

-Esto es escasamente lo que yo esperaba resultara de nuestra conversación de ayer - musitó Kallimer, consternado. Miró a Joyce con contumaz asombro. Luego habló a Normandy -. Bien, señor juez, he aquí su hombre honrado.

Normandy dirigió a Kallimer una áspera mirada antes que se volviera hacia Joyce. Su voz chirrió desagradablemente.

-Todo eso es santo y muy bueno, pero usted no renuncia. No ahora, al menos, y nunca en favor de Kallimer. Usted todavía tiene un juicio para dirigir, y Kallimer va tras de mi puesto, no del suyo.

-No hasta después que *se* haya retirado usted, señor juez - interpuso Kallimer, echando su burlona sonrisa sobre Normandy -. He aclarado que no tengo intención de competir con usted. Además, soy su único heredero natural en todo caso - rió entre dientes por primera vez a expensas de Joyce -. No nacen muchos como nosotros en cada generación, ¿verdad, señor juez?

Joyce estaba sentado inmóvil, incapaz de juzgar lo que pensaba del arranque de Normandy.

-Juez Normandy... - dijo finalmente.

-¿Qué?

-Usted dice que todavía tengo un juicio...

-¡Sí!

-Pero si El Señor ha indicado que ya no me considera competente, el juicio será perjudicado.

Normandy salió de su asiento y se alejó de la mesa. Sus ojos flameaban y sus manos estaban temblando.

-¡Maldito sea su Señor! No se entrometió con su último juicio, ¿verdad?

-¿Qué?

Normandy blasfemó otra vez y se desvió.

-¡Kallimer, hable a este necio! Yo ya me he cansado - salió de la sala con fuerte taconeo.

Kallimer le estuvo prestando atención con un tenue aire de exasperación que matizaba el gozo pintado en su boca.

-Se está envejeciendo, Joyce - dijo Kallimer, suspirando -. Bien, creo que llegará el día en que yo no tendré más paciencia, tampoco. El hombre se apoya en un pedestal poco firme.

Joyce estaba lleno de confusión. Sabía que su rostro estaba pálido.

-Se ha hecho una inserción en su tabla de pleitos - dijo Kallimer, volviéndose hacia él -. Mañana, usted celebrará un especial juicio magno para los ingenieros que el ejército estará sacando de Nyack. Serán procesados como «miembros de la comunidad». Su origen no será especificado; no sirve de nada alarmar a la gente. ¿No es cierto? Y supongo que habrá una diversidad de acusaciones. Las estableceré esta noche. Pero el fallo será «Completamente culpable» en todos los casos. Usted y yo y un par de otros jueces manejaremos las ejecuciones.

Joyce se encontraba incapaz de contender con más que las últimas declaraciones. Demasiado estaba ocurriendo.

-¿Un juicio magno? Aquí, en Nueva York, usted quiere decir. Para los rebeldes de Nyack. ¡Pero eso es ilegal!

Kallimer hizo una seña afirmativa.

-También lo son el irregular proceso y el prejuzgado fallo. Pero también lo es la rebelión.

»Esta pamema de Normandy tiene un punto algo sutil. Los rebeldes serán castigados, pero el populacho no sabrá por qué. Sólo las otras organizaciones sediciosas esparcidas por todo el país se darán cuenta de lo que ha ocurrido. Ello disminuirá su entusiasmo, dándonos tiempo para extirparlas.

Joyce miró abajo al suelo para ocultar la expresión de su rostro. Kallimer no parecía estar en absoluto intranquilo quebrantando el espíritu de la Ley Normandy estaba aún más embotado que eso.

Era una aterrorizada medida en su lógica, pero sólo había una posible respuesta. Los dos de ellos estaban obrando como si el hombre hiciera la Ley y los hombres aplicaran el fallo final; como si no hubiera un Señor.

Levantó la vista hacia Kallimer, preguntándose qué estaba mostrando su rostro. Joyce sentía un repentino vacío en el estómago. Sentía como si estuviera mirando al coadjutor desde una gran altura, o desde lo alto sobre el fondo de un abismo.

-¿Qué opinó Normandy acerca de mi último juicio? - preguntó Joyce en voz baja.

-Primero de todo, Joyce, tenga presente que El Señor es omnisciente. Sabe de más delitos de lo que quizás nosotros podamos tener conocimiento. Aún cuando juzguemos una causa injustamente, es posible que nuestro fallo esté, sin embargo, justificado por algún otro delito del acusado.

Kallimer miró a Joyce con una momentánea y tenue expresión de ansiedad en el rostro, inclinándose aún más, y la anterior sensación de vacío de Joyce se transformó en una punzada de disgusto y malestar.

-Acepto eso - dijo Joyce -. Las palabras tenían un suave sabor en su boca, pero querían instar a Kallimer a proseguir.

-Tal vez - musitó Kallimer, torciendo los hombros.

Joyce apreció, con un intenso y cruel gozo, que ni por un momento asomó a la superficie, cuánto debía Kallimer aborrecer a Normandy por dejarlo con esta tarea que hacer.

-En todo caso - continuó Kallimer -, tocante a la muchacha, ayer; el hijo de Normandy había sabido algunas cosas por ella. Mucha quietud en Nyack; rumor; descontento; esa especie de cosa. Lo contó a su padre.

»No era la única fuente de que habíamos sabido eso, pero era nuestra única dirección positiva. Se resolvió que un juicio, con un particularmente contencioso miembro de la comunidad como la acusada, pudiera traer bastante de ello a la superficie para que apreciáramos su importancia.

Kallimer se detuvo y movió la cabeza.

-Ciertamente, fue así. No teníamos la más tenue idea de que la situación fuera tan tensa, o estuviera tan cerca de estallar. Por pura suerte lo descubrimos.

Joyce miró a Kallimer fijamente, esperando que .su rostro no mostrara ninguna señal de inquietud

-La muchacha no era culpable.

-No del delito de que la acusamos, no. El hijo de Normandy la denunció por órdenes de su padre - la boca de Kallimer se crispó -. Usted fue enviado a ver la causa porque podíamos predecir que nos daría el fallo que queríamos. Yo fui para observar.

-Creo que comprendo, ahora - dijo Joyce, inclinando lentamente la cabeza.

Justamente al mediodía, Samson Joyce estaba parado al pie de la alta gradería detrás del estrado de ónice de los. jueces de New York City.

-¿Listo, señor juez? - le preguntó Kallimer.

-Sí - respondió Joyce. Repuso la ceremonial arma en la labrada pistolera.

-Señor juez - Kallimer lo miró otra vez y movió la cabeza -, si no estuviéramos en público, le ofrecería la mano. Usted se quedó ahí parado y ha subido balanceándose.

-Gracias, señor juez - dijo Joyce. Su labio inferior se elevó vivamente en los esconces.

Y se dispuso a subir la gradería con sus dolientes piernas.

Emily había estado perpleja, también, mientras Joyce se disponía a dejarla esta mañana.

-Sam, no te puedo entender - había dicho inquietamente, viéndolo poner mala cara por el dolor que sentía mientras se levantaba después de ponerse las botas.

-¿Por qué? - Joyce le sonrió, no haciendo cabo del agudo dolor de sus piernas.

-Has pasado dos noches sin dormir. Conozco que algo nuevo ocurrió ayer.

Joyce se inclinó y besó a Ernily, todavía sonriendo.

-Sam, ¿qué tienes? - preguntó Emily; las lágrimas asomaron en los esconces de sus ojos -. Estás demasiado tranquilo. Y no me quieres hablar.

-Quizás te lo haré saber más tarde- dijo Joyce, encogiéndose de hombros.

La gradería parecía inhumanamente alta hoy, aun cuando la había subido muchas veces. Llegó al centro del estrado con una sensación de alivio, y se apoyó en la baranda. Mirando hacia abajo, vio a los acusados allá en su palco. Les habían dado ropa nueva, y se había hecho un esfuerzo para ocultar sus vendajes. Eran un hosco y oscuro grupo de hombres y mujeres.

Joyce miró al otro lado de la sala a los palco» de las primeras familias, atestados de hombres de las familias con sus señoras, y a los palcos de las familias menores que los rodeaban. Había la usual superabundancia de gentío, también, y una doblada fuerza de guardia pública.

Los acusados, las primeras familias, las menores y hasta parte de la guardia pública, estaban todos observando a Joyce. A pesar de que un número de jueces completarían el entero ritual del juicio, hoy, Joyce era el único que llevaba la toga.

Cuando había tocado la cuerda sensible a Emily la noche pasada, la mujer le había preguntado qué había ocurrido, levantando la vista hacia su tranquilo rostro.

-Me dirigí a la capilla después del examen de testigos - le había dicho Joyce, y ahora parecía hallarse allí otra vez.

Lowery, uno de los jueces coadjutores de Manhattan, empezó a leer las acusaciones. Fue sólo entonces que Joyce se dio cuenta de que había habido aplausos para él y sus coadjutores, y que él había automáticamente mandado a Lowery que empezara.

Joyce escuchaba el solemne sonido repetido de las palabras en la quietud de la sala.

Esto era el Juicio. Otra vez, los hombres estaban delante del Señor y, de nuevo, los jueces procuraban obrar como propios instrumentos de Su justicia.

Treinta años de juicios lo habían llevado ahí, con la toga. Durante ese tiempo. El Señor había tenido buena opinión de él.

Pero Kalliraer y Normandy habían plantado la enlodada semilla de la duda en su mente, y aun cuando Joyce los conocía por lo que eran, sin embargo, la duda estaba ahí. Si la muchacha era inocente, ¿cómo se le había dejado que ejecutara su injusta sentencia sobre ella?

Kallimer le había dado una solución para eso, pero Kallimer le había dado demasiadas soluciones ya. Fue sólo cuando estaba en la capilla, observando la vacilante llama de las velas, que Joyce comprendió dónde estaría la piedra de toque.

Si no había un Señor - la idea lo aturdía, pero se adhería a ella por vía de argumento -, luego cada partícula de su vida era falsa, y el ideal al cual sirvió era polvo.

Si había un Supremo Juez - y cuántos mediodías, durante treinta años, le habían aportado la sensación de comunión con su Juez -, luego Joyce sabía dónde hacer su recurso.

Miró al otro lado de la sala, al palco de Joshua Normandy, y consideró que Normandy no podía empezar a sospechar la magnitud de lo que estaba pasando por el juicio, hoy.

Joyce metió la mano en el interior de su vestidura y juntó los dedos alrededor de la culata de su Grenell. Era su arma. Le había servido como él había servido al Señor; eficientemente, sin objeción.

Aquí era dónde aparecía el toque; aquí donde los hombres rezaban al Señor para el último e infalible juicio.

El Señor conocía al culpable y al inocente; castigaba a uno y amparaba al otro. Joyce era sólo Su instrumento, y el proceso la oportunidad para que se hiciera manifiesto Su juicio.

-Pido que mi fallo sea justo - Joyce musitó para sí mismo -; pero si no lo es, pido que prevalezca la justicia en este juicio -. Y sacó la pistola.

Joyce se volteó prontamente, y disparó en la dirección de Kallimer. Disparó, a través de la sala, hacia Joshua Normandy. Luego, empezó a disparar al azar hacia los palcos de las primeras familias, viendo desplomarse a Normandy en su palco, oyendo caer hacia atrás, fuera del estrado, el cuerpo de Kallimer, y sabiendo, tuviera razón o no, que ocurriera lo que ocurriera ahora, El Señor no había, al menos, revocado su fallo.

Ésta era le Verdad para la cual había vivido

FIN